

Elba Nora Rodríguez

LA MUJER
ES UN SER HUMANO



TopiA
EDITORIAL

Colección Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

Este libro parte de cuestionar aseveraciones sobre la mujer que se pretenden y aceptan como “científicas” y que son en realidad paradigmas dominantes de una época. De ese modo se ha creado un sustento supuestamente científico a una determinada ideología sobre las mujeres.

El eje del trabajo de la autora es abordar cómo Freud describió e interpretó a la feminidad a partir de la ideología de su época. En dicho momento la participación de la mujer en la construcción de la sociedad y de la cultura estaba invisibilizada. En el presente, una enorme cantidad de mujeres con su accionar, parece contradecir la visión freudiana. La autora polemiza con las afirmaciones de Freud respecto a la feminidad a partir de un extenso recorrido bibliográfico, el abordaje de diferentes disciplinas, su trabajo clínico psicoanalítico con pacientes y la observación de la realidad cotidiana.

Esto la lleva a preguntarse si “la diferencia entre la visión freudiana de la feminidad y esta mujer que emerge cada vez más, ¿es sólo aparente? ¿Hay una *esencia* de lo femenino dada por la diferencia sexual anatómica con respecto al hombre y el efecto de sentido que indefectiblemente provocaría en el psiquismo humano? ¿Hay un ‘ser’ de la mujer que es universal, atemporal e inmutable? O, por el contrario, ¿deberíamos pensar que ese sentido es inducido y dependiente de la organización económica, social y cultural que lo produce y sospechar que se trata de una construcción naturalizada?”

LA MUJER ES UN SER HUMANO

ELBA NORA RODRÍGUEZ

TopiA
EDITORIAL

Colección Psicoanálisis, Sociedad y Cultura



Colección PSICOANÁLISIS, SOCIEDAD Y CULTURA

Diseño y Diagramación: Mariana Battaglia

La ilustración de tapa se realizó con la obra *Retrato de una mujer (Valerie Neuzil)*, 1912 del artista Egon Schiele

Rodríguez, Elba Nora

La mujer es un ser humano / Elba Nora Rodríguez. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Topía Editorial, 2016.

Libro digital, PDF - (Psicoanálisis, sociedad y cultura / Enrique Carpintero, ; 35)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-4025-08-1

1. Psicoanálisis. 2. Género. 3. Sociedad. I. Título.
CDD 150.195

ISBN: 978-987-4025-08-1

© Editorial Topía, Buenos Aires 2016

Editorial Topía

Juan María Gutiérrez 3809 3° "A" Capital Federal

e-mail: editorial@topia.com.ar

revista@topia.com.ar

web: www.topia.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por los editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

**LA MUJER
ES UN SER HUMANO**

ELBA NORA RODRÍGUEZ

TopiA
EDITORIAL

Colección Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

*A Bernardo Daniel Katz,
mi compañero, mi amor de toda la vida.*

Y a nuestros hijos.

INDICE

Prólogo	8
Nuestras inquietudes: <i>mujer y psicoanalista</i>	12
Sujeto-objeto	14
Formación del analista. Tiempos históricos	20
Huellas de la historia	21
Psicoanálisis y “terapéutica”	21
En los umbrales del psicoanálisis	22
Intimidades del consultorio	23
Interpretación ¿única?	25
Normalidad <i>versus</i> patología	26
Nuestro deseo	28
¿Qué es una mujer?	28
Fuentes “libres de toda sospecha”	29
El diccionario	29
El lenguaje y el tiempo histórico	34
La institución del matrimonio	38
Las lecciones imperceptibles que recibimos	43
Representaciones sociales	48
Sincronía y diacronía	51

Representación de la feminidad en tiempos freudianos. La modernidad	53
Mujeres sobresalientes	57
Los valores burgueses	59
Cambios que gravitaron fuertemente en la mujer	63
Modernidad y judaísmo	65
Las ilusiones del paradigma de la modernidad	67
Freud y el positivismo	69
La desilusión del paradigma	70
La mujer y el patriarcalismo	72
Lo mutable y lo inmutable	77
Cambios en el discurrir de la mujer	78
Freud: un perfil de la feminidad	79
Transcripción y comentarios de algunos escritos freudianos	81
Otros cuestionamientos	123
El ser y la determinación	128
Esa inefable experiencia: el deseo	138
Epílogo	142
Autores consultados	145

PRÓLOGO

Este libro necesitó de un largo recorrido, que se inició con mi nacimiento y llegó hasta hoy¹. Transité por muchísimas experiencias para llegar a las conclusiones que aquí desarrollo (aunque no olvidemos que toda conclusión es provisoria).

En primer lugar, es importante fundamentar la utilización de la primera persona del plural a lo largo de este trabajo. Se trata de un reconocimiento a la enorme cantidad de voces que reverberaron en mí y me constituyeron. Sería injusto y falso erigirme en única autora. La realidad es otra.

Desde mis primeros pasos, todo aquello que vi y oí de mi madre quedó grabado en los engramas de mi memoria. Trabajaba como maestra, amaba su trabajo y se dedicaba con pasión a sus alumnos. Al mismo tiempo, se desempeñaba como ama de casa, madre de cuatro hijos y esposa. Era evidente que las horas del día no le bastaban para cumplir con todas las tareas y los recursos económicos no alcanzaban para pagar ningún tipo de ayuda. Mi madre corría durante todo el día, todos los días, y solía quejarse del lugar de la mujer.

Repito: “se quejaba”. Ella abominaba no haber podido elegir un compañero de baile en su juventud. Aborrecía que las mujeres tuvieran que llegar vírgenes al matrimonio si no querían ser duramente apostrofadas, o que lo femenino fuera ser “de su casa” y dedicarse a los “moñitos o puntillas”. Lo decía con rabia. Se indignaba ante el hecho de que, al volver ambos del trabajo, ella debía continuar con los quehaceres, mientras mi padre veía televisión o dormía. Para mi padre, este proceder estaba totalmente naturalizado. Su lema era: “El hombre a mandar, la mujer a obedecer”. Para mi madre, no había nada que avalar en ese dicho español. Por el contrario, ella admiraba a cada mujer luchadora que había conocido: Isadora Duncan, Marie Curie, La Pasionaria y, por supuesto, Simone de Beauvoir, y también

1. Agradezco a Brenda Rubinstein por su colaboración en la lectura de los originales.

admiraba a otras mujeres que la vida había puesto frente a sus ojos.

Mi madre nació en 1911. No está de más señalar que fue duramente condenada y acusada de masculina, castradora, descalificadora del rol del padre, entre tantas otras cosas... Cuando yo era pequeña asumí que mi madre se equivocaba. Porque lo decían mi padre y mis libros de colegio. Y porque me gustaban los moñitos, las puntillas y los vestidos primorosos de mis primas.

Con el tiempo, seguí su ejemplo, leí biografías y conocí, así, la historia de esas mujeres luchadoras e inmediatamente adherí a muchas de sus posiciones. Desde niña me gusta leer. Mis padres, ambos, eran grandes lectores. Los escritores me abrían otros mundos, otras ideas, me liberaban, me despertaban esperanzas. Aposté por las ideas revolucionarias; intuí que, al pregonar la igualdad, seguramente abarcarían a la mujer. En esto me equivoqué.

Por otras razones, que no viene al caso detallar aquí, comencé a buscar un padre para adoptarlo. Primero me encontré con Freud, después con Lacan. No advertí la conexión íntima que había entre sus teorías de la sexualidad y el lugar del padre (patriarca). Aún no había pensado el lazo existente entre el autoritarismo y el trato a la mujer. Algunas notas de este sistema instituido me sonaban mal pero no tenían nombre para mí. Al progresar en mis estudios y en mi pensamiento, lo descubrí: patriarcalismo.

Como docente universitaria y de posgrado aprendí mucho. Asimismo, cursé un posgrado con la idea de disciplinarme y escribir una tesis sobre la temática de este libro, pero algunos avatares de la vida se interpusieron para que la presentara en el tiempo estipulado. Hoy creo que estos obstáculos tuvieron un sentido: debía continuar ahondando y necesitaba escribir sin ningún formato preestablecido.

Sin embargo, debo reconocer que algunos capítulos de este libro fueron escritos cuando cursaba ese posgrado. Su bibliografía, así como aquella a la que accedí cuando daba clases, enriqueció mi pensamiento. Agradezco a los titulares de cátedra, porque brindaron su caudal de conocimientos generosamente; sus programas de estudio me permitieron llegar a interesantes autores. Tuve la suerte de acercarme a producciones inteligentes, sensibles, y cada una de las veces encontré algo a rescatar. Asistí a grupos de estudios, seminarios y supervisiones: acordara o disintiera, siempre aprendí.

Todo lo vivido y observado dentro y fuera del campo del psicoanálisis, en la cotidianeidad más simple, me nutrió. La clínica fue una fuente de

aprendizaje muy poderosa, así como las sesiones con mis analistas, aun con los más confrontados por mí.

Ahora bien, como ocurre con la mayoría de las personas, avancé antes en mi pensamiento que en mis actos. Junto a mi esposo, sin ser conscientes y sin desearlo, constituimos una familia patriarcal² -ocupación psíquica³- (concepto que trabajaré más adelante). Con el tiempo descubrí que habíamos brindado a nuestros hijos, sin darnos cuenta, el modelo que yo repudiaba. La naturalización⁴ cubría con su manto lo que hacíamos. La teoría psicoanalítica lo acendrabá aún más. Eventualmente, ciertos episodios dolorosos fueron alumbrando las partes ocultas y oscuras de la familia patriarcal. Lo naturalizado, lo “natural”, comenzó a dejar de serlo. Ante esto, nuestra respuesta fue trabajarlo. Nos amamos y tenemos la capacidad de reinventarnos. Afortunadamente, nuestro matrimonio salió adelante una vez más.

En lo personal, seguí creciendo. Mis pensamientos bullían. Volvieron las palabras de mi madre pero también su sumisión en los hechos. Enojarse, quejarse, pelear, nada de eso basta. No es inocente decir que ella “se quejaba”. La queja sirve para que todo siga igual. Hay que cambiar en y los hechos. Eso sí sirve. No es fácil, es como sacarse cada una de las espinas después de caernos sobre un montículo de cardos.

Debido a mi profunda formación psicoanalítica, busqué algún modo de interlocución entre el psicoanálisis y mis posiciones en cuanto a la sexualidad y el patriarcalismo. Fue en ese momento que encontré a las Irene: Irene Meler e Irene Frydman. Me ayudaron a aclarar mis ideas, a echar luz sobre puntos que no había descubierto, a conocer autores de género, a sistematizar. Ambas, reconociéndose siempre como psicoanalistas, trabajaban el cruce entre género y psicoanálisis, especialmente el freudiano.

He leído a diversos escritores, a distintos teóricos provenientes de dife-

2. En este libro nos centraremos en el lugar del padre como máxima autoridad familiar. Este mandato social se corporizó en un acentuado autoritarismo.

3. Estamos acostumbrados a la expresión “ocupación militar”, ya sabemos que se trata de un territorio invadido. La “ocupación psíquica” no es visible. Sin embargo, a través de diversos medios invade, se apodera y domina nuestro psiquismo. La lucha es despareja, en este caso, porque el enemigo no es evidente.

4. Lo que parece intrínseco a la naturaleza, a la biología es, en realidad, producto de la cultura.

rentes disciplinas. He tenido el privilegio de gozar de variadas y valiosísimas expresiones artísticas. Todos han sido parte de mi formación, todos han dejado un sedimento en mí, todos forman un coro polifónico que se aúna en forma armónica o disonante en mi voz, o en mi escritura. No podría nombrarlos a todos porque algunos, muchos, forman parte de mi inconsciente, están allí produciendo efectos, del mismo modo que una buena interpretación psicoanalítica. Si tratara de invocar a los que tengo en la conciencia caería en olvidos irreparables. Tampoco puedo repetirlos, nadie puede repetir a nadie. Sólo se podría si existiera la objetividad, es decir, no hay reproducción posible. Desde la singularidad propia leemos, escuchamos, miramos, recordamos, interpretamos.

No importa quién lo dijo, importa lo que es dicho y hecho. Dentro de ese coro polifónico está mi voz. No pretendo originalidad; si hay alguna es la que resulta de la articulación que me es propia. Por todo lo aquí dicho, es un acto de lealtad y de homenaje escribir en primera persona del plural.

En mí está el nosotros.

NUESTRAS INQUIETUDES: MUJER Y PSICOANALISTA

La clínica realizada con pacientes adolescentes y adultos, la observación de la realidad cotidiana y nuestro propio discurrir personal nos han llevado a interrogar las afirmaciones de Sigmund Freud con respecto a la feminidad. Recordemos que nació en Moravia (Imperio Austríaco) en 1856 y murió en Londres (Inglaterra), en 1939. Fue médico neurólogo y el creador del psicoanálisis. El tiempo transcurrido no impide que siga siendo el referente indiscutido en gran parte del campo psicoanalítico y reconocido como un brillante intelectual.

Haremos un recorte para centrarnos en Occidente y tomaremos aspectos de la historia que aporten a la comprensión del tema que trataremos. La idea es circunscribirnos al entorno geográfico y al período que tiene incidencia en Freud. Cuando abarquemos más será por considerar que aquello en lo que nos detengamos estaba presente y al alcance del investigador.

Esta parcialización del espacio y el tiempo no implica creer que Oriente está por fuera de esta problemática, o que a lo largo de los siglos, desde los orígenes de la humanidad, el discurrir fuera uniforme. La variedad cultural se reveló desde siempre y es, justamente, uno de los elementos que señala que hablar de un ser determinado en la mujer es, por lo menos, incorrecto.

También somos conscientes de que bajo la nominación “Occidente” quedan unificados grupos humanos que, sin embargo, viven en edades históricas muy diferentes. A pesar de ello, creemos que esto no invalida nuestra investigación, dado que las asignaciones a lo masculino y lo femenino tienen la suficiente antigüedad como para abarcar la mayoría de dichos grupos humanos, aun y a pesar de sus peculiaridades. Dentro de este panorama de alta complejidad, el rol de la mujer ha sido y sigue siendo redefinido, lo que, a su vez, influye y redefine el lugar del hombre. Es impensable la modificación de uno sin el otro, dado que fueron fijados complementariamente.

Freud describió e interpretó a la feminidad. En el presente, una enorme cantidad de mujeres, con su accionar, parece contradecir la visión freudiana (por no mencionar que en el pasado y presente freudiano también).

Nos centraremos en una forma de organización: el patriarcalismo. En ella, la participación de la mujer en la construcción de la sociedad y de la cultura fue sistemática y constantemente invisibilizada, reprimida, nega-

da. Pero también es cierto que no por todos: mujeres lúcidas y *algunos* hombres igualmente lúcidos lucharon en contra de la hegemonía ideológica que imponía (e impone) ese orden social. En muchos casos, esta postura tomada les costó la vida.

Los primeros que hicieron oír su voz disidente estuvieron muy solos. De a poco, sus filas se fueron engrosando. Lo invisible se fue visibilizando parcialmente; nacieron los movimientos organizados, que cobraron cada vez mayor fuerza. Sin embargo, con frecuencia se camina a tientas: la vacilación se debe a que la acción ideológica cegó y penetró los rincones más recónditos del psiquismo, aun en el de los más revolucionarios.

La violencia implícita hacia la mujer no termina de percibirse. Posiblemente allí esté uno de los motivos por los que la violencia manifiesta prosigue. Lo imperceptible modela, inculca, naturaliza la discriminación presente en los más pequeños detalles. Denunciar al que golpea, condenar al que asesina, es imprescindible pero no alcanza.

En ocasiones, se esgrimen argumentos en defensa de la mujer que, involuntariamente, la reenvía al mismo lugar que se trata de derribar. Pensamos que colocar el eje en víctima y victimario no ayuda a esclarecer esta problemática tan compleja.

En nuestro trabajo tomaremos como referentes aquellos sectores -cada vez más vastos- de la población femenina que marcan las direcciones que recorren el mundo. Entre ellas están las que han descollado y también la multitud anónima que día a día se atreve a incursionar en campos que les estaban vedados.

La diferencia entre la visión freudiana de la feminidad y esta mujer que emerge cada vez más, ¿es sólo aparente? ¿Hay una *esencia* de lo femenino dada por la diferencia sexual anatómica con respecto al hombre y el efecto de sentido que indefectiblemente provocaría en el psiquismo humano? ¿Hay un “ser” de la mujer que es universal, atemporal e inmutable? O, por el contrario, ¿deberíamos pensar que ese sentido es inducido y dependiente de la organización económica, social y cultural que lo produce y sospechar que se trata de una construcción naturalizada? En caso de que sea una construcción: *¿qué papel jugó y juega la ciencia, y, en particular, el psicoanálisis, en esta problemática?*

Estas preguntas nos inquietan y nos guían. La elaboración del tema se basará en materiales que nos ayudarán a dilucidar hasta qué punto aseveraciones que se pretenden y aceptan como científicas son en realidad para-

digmas de una época, creándose así un sustento supuestamente científico a una determinada ideología.

No nos referiremos a la vida privada de Sigmund Freud, ya que la idea no es personalizar. Nos adentraremos en sus escritos; intentaremos una reflexión epistemológica (*episteme*: ciencia; *logos*, conocimiento) en el campo específico del psicoanálisis. Seguiremos así el método psicoanalítico (método terapéutico y de investigación), cuya premisa y ética fundante es que las interpretaciones deben basarse en las asociaciones que acompañan a los actos y decires de su protagonista, única forma de que posean validez.

SUJETO-OBJETO

Partamos de la relación del investigador con lo investigado. Pretendemos así dejar clara nuestra posición. ¿Hay un sujeto que observa y un objeto observado? ¿Existe la objetividad y el conocimiento cabal de la realidad?

Consultemos a Thomas S. Kuhn¹, quien postula que el científico ve a través de un determinado paradigma, el cual, sin que el científico lo advierta, determina su visión de mundo y de hombre. Una de las acepciones que Kuhn utiliza de paradigma es la de “ejemplar, ejemplo, modelo”. Observa que, a lo largo del tiempo, la caída de un paradigma es continuada por la emergencia de otro, que lo sustituye, y se instituye a su vez como ideal de perfección. Puntúa diferentes momentos (ciencia normal, crisis, revolución científica emergencia de un nuevo paradigma). El ciclo se irá repitiendo pero no caprichosamente. El nacimiento de un nuevo paradigma marca un momento revolucionario. Para este autor, los paradigmas son creencias provisionarias: los antiguos son sustituidos por otros nuevos, los cuales, durante un tiempo, proveerán modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica².

1. Thomas S. Kuhn (1922-1996). Doctor en Física, historiador y filósofo de las ciencias.

2. Cfr. Kuhn, T. *La estructura de las revoluciones científicas*, Breviarios, FCE, México, 1971.

No sólo en el campo científico acaece que las ideas se organizan, se vuelven paradigmáticas y determinantes de la visión de mundo y de hombre. Sin que seamos conscientes, quedamos atrapados en los que ellas revelan y ocultan. Miramos a través del cristal que las ideas predominantes suministran. “Creemos” en la autonomía de nuestra mirada, de nuestros actos: no nos damos cuenta de lo determinada que está. Sin embargo, las crisis, las rupturas, las modificaciones, las nuevas producciones, “los momentos revolucionarios”, delatan la presencia de un motor que apunta al cambio. La determinación no es absoluta.

Cada uno tiene una relación singular con el mundo. La discriminación y la injusticia cumplen un papel poderoso, que empuja y puja para romper los “obstáculos” ideológicos que nos ciegan y colaboran a ese orden de cosas que consideramos nefasto.

Gaston Bachelard³ denominará “obstáculo epistemológico” al punto en el que la investigación, es decir, el conocimiento, se detiene. El rumbo se recupera cuando el científico logra romper con este obstáculo, cuando “suspende” sus conocimientos anteriores, creencias, preconceptos, ideología, opiniones y prejuicios. Destruído un obstáculo, aparecerá otro a superar: el conocimiento siempre será aproximado. Este recorrido es válido para la comunidad científica en sí y, dentro de ella, para cada científico⁴.

No podemos dejar de asociar la idea de ruptura del obstáculo epistemológico, propuesta por Bachelard, al concepto de producir una *epojé*, que desarrolla Husserl⁵, aunque con diferente finalidad.

Lévi-Strauss⁶, en su trabajo *Las estructuras elementales de parentesco*, deja en evidencia uno de los “obstáculos epistemológicos” en Freud, aunque no lo denomine de esa manera. Considera que con el mito de *Tótem y tabú* Freud trata de explicar, desde un supuesto origen fáctico, la presencia del deseo de muerte del padre que se evidencia en los pacientes. Lévi-Strauss

3. Gaston Bachelard (1884-1962). Filósofo, epistemólogo, escritor. Profesor de Física, Historia y Filosofía de las Ciencias.

4. Cfr. Bachelard, G., *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI Editores, México, 1976.

5. Edmund G. A. Husserl (1859-1938). Filósofo, fundador de la Fenomenología Trascendental.

6. Claude Lévi-Strauss (1908-2009). Filósofo, y antropólogo doctorado en La Sorbona.

plantea que Freud salió a buscar el origen de una prohibición y que “...no logra explicar, por cierto, por qué el incesto es conscientemente condenado, sino cómo se lo desea inconscientemente”. Le cuestiona que “hace nacer el estado social de procedimientos que lo suponen”⁷, y prosigue señalando que “A veces Freud sugirió que algunos fenómenos básicos encontraban su explicación en la estructura permanente del espíritu humano más que en su historia:...”⁸.

Al conceptualizar la propuesta freudiana, este autor considera al psicoanálisis como una ciencia social. Cuando Freud concibe *Tótem y tabú*, esa ciencia social que es el psicoanálisis aún flotaba (vacilaba) entre la tradición de una sociología histórica, que busca en el pasado la razón, el origen de lo actual, “...y una actitud más moderna y científicamente más sólida, que espera del análisis del presente el conocimiento de su futuro y su pasado. Por otra parte, es precisamente éste el punto de vista del psicoanalista...”⁹. Para C. Lévi-Strauss, “En un caso, se va de la experiencia a los mitos y de los mitos a la estructura; en el otro, se inventa un mito para explicar los hechos: para decirlo todo, se procede como el enfermo, en vez de interpretárselo”¹⁰.

Es a esa vacilación presente en las producciones de Freud a la que llamaremos “obstáculo epistemológico”¹¹. La diferencia entre ambas posturas es esencial para nuestro quehacer cotidiano. Diferencia entre lo que es potenciar un mito o interpretarlo.

También podríamos relacionar de alguna manera el obstáculo epistemológico con lo que Freud llamó “los puntos ciegos del investigador”. Ellos son lo desconocido de sí mismo, de sus propias represiones¹².

A la luz y, al mismo tiempo, validando lo que Kuhn, Bachelard y tantos otros le plantean al científico, debemos agregar que se hace imprescindible

7. Cfr. Lévi-Strauss, C., *Las estructuras elementales de parentesco*, t. II, pág. 569.

8. Ob. cit., t. II, pág. 569.

9. Ob. cit., t. II, pág. 570.

10. Ob. cit., t. II, pág. 570.

11 Vale aclarar que hubo múltiples cuestionamientos por parte de reconocidos autores al mito de la horda que Freud propone en *Tótem y tabú*.

12. Freud, S., *Consejos médicos sobre el tratamiento psicoanalítico*, 1912, pág. 115.

poner bajo la lupa el paradigma que determina la visión de hombre y de mundo del analista.

Sabemos de las múltiples diferencias entre Freud y Jung¹³. Algunas de ellas se relacionan con cómo conciben la investigación, la formulación teórica, los alcances de lo postulado y la incidencia del y en el científico de los resultados alcanzados.

Jung le cuestiona a Freud que no acepte que parte de presupuestos (presupuestos que cada uno cree propios) que son inevitables, que están siempre y para todos. Para él, las ideas “nos hacen”; las teorías proceden de lo más subjetivo: en ese sentido, las homologa a una confesión. En ellas surge lo mejor de nosotros junto con nuestras miserias e insuficiencias. Son una expresión de “la psicología personal” que representará una verdad válida para a un grupo humano más o menos extenso. Le critica a Freud la falta de reconocimiento de sus preconceptos inconscientes e ideológicos. Si bien admite que nadie está totalmente libre de ellos, propone tratar de evitar los más groseros, sin aspirar por eso a la objetividad, ya que es imposible. En el artículo en que elabora estas críticas, también hace consideraciones con respecto al objeto, al sujeto y a la verdad¹⁴.

Como ya señaláramos, Freud reconoce la interferencia que pueden producir las represiones inconscientes del analista en una terapia. Sin embargo, y sin desearlo, de alguna manera, confirma la hipótesis de Jung cuando -y a modo de ejemplo- no puede “escuchar” las críticas sobre su teoría la feminidad. Concretamente, se le señala la posibilidad de la influencia del paradigma vigente y hegemónico. Ante ello, Freud se apura a descalificar e ironizar lo que se le dice. Otro “obstáculo epistemológico” se hace presente, entorpeciendo al científico que había en él.

Nosotros acordamos con la apreciación de que la producción científica (y no sólo ella) rebela, expone la subjetividad del científico, habla de él, exactamente y del mismo modo en que la obra de un artista rebela a su creador. En consecuencia, comprendemos que, en lo que estamos escribiendo, quedamos alcanzados por las generales de la ley.

13. Carl Gustav Jung. (1875-1961). Médico psiquiatra, fundador de la Escuela de Psicología Analítica.

14. Jung, C. G., “La contraposición entre Freud y Jung”, en *Freud y el Psicoanálisis*, Trotta, Madrid, 1999, págs. 311-317.

Cuando la idea se transforma en creencia, en verdad absoluta e idealizada, se dogmatiza; de ese modo, el pensamiento queda destruido y condenado. El derecho y la necesidad de atravesar modelos coagulados es horizonte a resguardar no sólo por las comunidades científicas sino también para todos los seres humanos.

Es notorio que los aportes que hemos ido incorporando cuestionan la tan mentada “objetividad científica”, problematizan la relación sujeto-objeto y ponen en cuestión la escisión y, con ello, la nominación. La profundidad del tema alcanza e interroga las nociones de “realidad” y de “verdad”.

Durante el primer tercio del siglo XX, la física cuántica desmitificó a las ciencias duras. Los principios de indeterminación, incertidumbre y de complementariedad jaquearon las pretensiones de predictibilidad. La influencia del investigador en el campo de observación acabó con el supuesto de objetividad exigible. Esta revolución aconteció ni más ni menos que en dicha disciplina, considerada “la ciencia” por excelencia. Así fue que el extraordinario físico Werner Heisenberg¹⁵ enunció: “Las vulgares divisiones del universo en sujeto y objeto, mundo interior, cuerpo y alma, no sirven ya más que para suscitar equívocos [...]”¹⁶. Del mismo modo, numerosos estudiosos de diversos campos, como Jean Piaget¹⁷, Paul Watzlawick¹⁸, y el construccionismo en general, se detuvieron en el análisis de la relación sujeto-objeto. El reconocimiento de la no viabilidad de la división sujeto-objeto conllevó a la reformulación de lo que se entendía por ciencia, conocimiento, realidad, objetividad y verdad.

En el caso de Freud, a pesar del abordaje que realiza en algunos de sus escritos sobre la transferencia, la contratransferencia, los efectos del

15 Werner Heisenberg (1901-1976). Físico alemán, quien recibió el premio Nobel en esta disciplina en 1932.

16 Heisenberg, W., *La imagen de la naturaleza en la física*, Orbis, Barcelona, 1985, pág. 17.

17 Jean Piaget (1896-1980). Epistemólogo, psicólogo y biólogo. Creador de la Epistemología Genética.

18. Paul Watzlawick (1921-2007). Psicólogo y filólogo. Junto a otros investigadores, formuló la teoría de la comunicación humana constructivista radical, referente de la terapia sistémica.

inconsciente y los puntos ciegos del analista -abordaje que contribuye significativamente al tema-, no podemos afirmar que abandonara la división sujeto-objeto o, menos aún, que haya expuesto algún tipo de formalización al respecto. En este sentido, la atención flotante¹⁹ y la abstinencia²⁰ son conceptos utópicos tomados en términos absolutos, pero no por ello desechables. Tenerlos en cuenta puede acotar la intromisión de la ideología o la conflictiva del analista.

En términos lacanianos²¹: que el deseo que se juegue en el analista sea el de analizar, y el de ser el objeto causa²² del deseo del analizante, funciona y se valida en tanto horizonte a alcanzar. Pone un límite, no total, a la proyección del analista, al autoritarismo, a la imposición de un modelo determinado que obstruiría el fluir deseante del analizado. Pero en este aporte también surge claramente la ilusión disyuntiva, aun cuando “el objeto a” sea ningún objeto.

19. Escucha pareja, sin que los preconceptos del analista la interfieran.

20. El analista tratará de evitar la satisfacción de las variadas demandas del paciente.

21. Jacques Lacan (1901-1981). Médico psiquiatra y psicoanalista francés.

22. Es complejo en el marco del entretejido de una teoría hacer un recorte de un concepto que se enlaza con aspectos esenciales de esta. En este caso, nos referimos al objeto “a”, “*petit a*”, objeto “a minúscula”, “objeto causa del deseo”.

Este objeto alude a la falta radical que causa el deseo. Ese objeto que es ningún objeto es experimentado como perdido cuando nunca existió.

En el *Banquete* de Platón se escenifica lo aquí dicho: cada semiesfera busca su otra mitad. También podemos acudir al mito del Paraíso perdido y con él, la eternidad. De muchas y distintas formas se busca una completud.

Es así que la falta concurre al surgimiento de un sujeto deseante (*sujeto* es una palabra a la que acudiremos a lo largo de este libro. Daremos una noción laxa, a modo de guía, del uso que haremos. En su lectura es necesario distinguir el sujeto del inconsciente, pulsátil en la emergencia del deseo, del yo especular. En esta explicitación estamos abrevando en la teoría lacaniana). De ahí que el analista debe tratar de no obturar esa falta para propiciar la emergencia del deseo del analizante.

FORMACIÓN DEL ANALISTA. TIEMPOS HISTÓRICOS

Un analista con formación cultural y análisis personal estará, *en parte*, menos expuesto a caer preso del “sentido común”, de la mera opinión, por lo general proveniente de los paradigmas imperantes y de la simple atribución de sus propios conflictos conscientes e inconscientes en el analizante, lo que no es poco.

Concluimos, entonces, que lo observado y lo que se interpreta sobre lo observado es un producido, en el que confluyen, se condensan, aspectos del investigador y del objeto de investigación. Esta aseveración cobra fundamental importancia en el análisis de las postulaciones freudianas sobre la diferencia de los sexos.

Ya nos referimos a que todo ser humano está atravesado por ciertos paradigmas, por representaciones sociales que lo hacen sucedáneo de su época. Aun el que se rebela lo hace frente a algo privativo de su tiempo histórico (nadie podría objetar la contaminación ambiental producida por la industria fabril antes de que hubiera fábricas). Los que cuestionan una creencia paradigmática hecha dogma suelen ser las mal llamadas “minorías”.

En este punto, advertimos que no compartimos la idea de que “todo tiempo pasado fue mejor” o, por el contrario, de que “lo moderno” supera indefectiblemente a “lo antiguo”. Nuestro objetivo es desentrañar hasta dónde lo sostenido por Freud sobre la sexualidad masculina y femenina, con sus correspondientes consecuencias, es una teoría científica o responde a un paradigma dominante, **aunque no único**, de su época. Y si su postura contribuyó a proveer un sustrato con el cual, desde la “ciencia”, se le dio argumentos y fundamentos a la ideología dominante, creándose así un circuito de retroalimentación.

El pensamiento de Freud ha prevalecido dentro del ambiente apodado “psi” y, con formas propias, ha impregnado el conocimiento “natural”, el “sentido común”. En la Argentina (especialmente, entre la clase media de las grandes ciudades) cobró una fuerza tal, que hasta la actualidad abre un interrogante acerca de los motivos de tal pregnancia. El psicoanálisis en nuestro país se ha difundido y también vulgarizado. Sin embargo su hegemonía se ha debilitado. Es a nosotros, los psicoanalistas, a quienes nos cabe preguntarnos si lo dejaremos perimir. La única forma de que

siga vivo y fructífero es revisando sus postulados y corrigiendo sus errores, para continuar avanzando.

HUELLAS DE LA HISTORIA

De lo que venimos exponiendo se desprende que es esencial conocer el período histórico en el que vivió un autor. Es necesario para analizar y comprender su obra. Freud no es una excepción. Razón por la cual enumeraremos algunas de las conmociones que marcaron al mundo, que dejaron huellas profundas en la humanidad y, en tanto parte de ella, en Freud. Por su relevancia, la Revolución Industrial, la Revolución Francesa, la Gran Guerra, la Segunda Guerra Mundial y los gigantescos avances científico-técnicos. Estos hitos trajeron múltiples consecuencias: en lo económico, lo político, lo social y lo cultural variaron substancialmente, tema que retomaremos más adelante.

PSICOANÁLISIS Y “TERAPÉUTICA”

Ya señalamos que el psicoanálisis freudiano se propone como método de investigación pero, al mismo tiempo, terapéutico.

El que acude a una consulta va a buscar alivio para su sufrimiento: muy pocos van a investigar-se, a hacer la “experiencia” del inconsciente. Estos dos objetivos se agregan en los analistas. Decimos que “se agregan”, porque de no surgir motivos personales que trasciendan el interés científico, el análisis no se sostiene.

En los tratamientos, el efecto terapéutico depende de un correcto diagnóstico del problema. Si se yerra en este campo, se produce la posibilidad de aumentar los padecimientos del afectado.

Si se confirmara que la teoría de Freud sobre la feminidad surgió de paradigmas que lo habitaban, erigidos en obstáculos epistemológicos irrompibles para él, podríamos demostrar que su concepción aplicada en

los análisis lleva a agravar los estados de las “pacientes” mujeres. Pero no solamente de estas: también el de los hombres, dado que este autor enlaza masculinidad y feminidad punto a punto y en forma complementaria. Si el patrón cultural en el que se constituyó el consultante lo encorseta y lo hace padecer, una terapia que lo replica sólo puede potenciar el sufrimiento.

Tenemos la pretensión de recorrer, en el campo del psicoanálisis, el intrincado camino que intenta desbrozar los asertos científicos de los preconceptos ideológicos (epistemología). Nos centraremos en un aspecto en particular, aunque sabemos que merece el mismo esfuerzo el conjunto de la teoría. Consideramos de gran importancia que los científicos contribuyamos a que la ciencia y la técnica no se constituyan en un dogma omnisciente.

Si bien se ha planteado, en el interior del psicoanálisis, el debate acerca de si se trata de una ciencia tradicional, una ciencia conjetural un arte o una conjunción de arte y ciencia, no nos adentraremos en estos puntos. Queremos ocuparnos específicamente de lo que desarrolla el psicoanálisis en torno al tema de la feminidad.

Somos conscientes de que avanzaremos hasta donde un “obstáculo epistemológico”, para nosotros invisible y, por lo tanto, “irrompible”, se nos imponga. Como ya explicitamos, los únicos “rompe obstáculos” que conocemos son el análisis personal y la búsqueda de nutrientes que amplíen nuestra mirada. Hacia allí intentaremos ir.

EN LOS UMBRALES DEL PSICOANÁLISIS

En sus comienzos, Sigmund Freud empleó en el tratamiento de los síntomas histéricos la hipnosis y la técnica catártica, utilizados por Josef Breuer¹. Trabajando en conjunto, Breuer y Freud afirmaron que en la histeria las magnitudes de excitación psíquica tomaban vías facilitadas para convertirse en síntomas orgánicos. Para Freud, esta experiencia tuvo un doble interés, ya que además de ser una técnica terapéutica era un método de investigación.

1 Josef Breuer (1842-1925). Médico fisiólogo y psicólogo.

Éstos fueron los umbrales del psicoanálisis. Finalmente, Freud adopta la cura por la palabra. Establece el método psicoanalítico, que incluye la asociación libre del paciente (se le pide que verbalice, sin censura, todas sus ocurrencias) y la abstinencia y la atención flotante por parte del analista.

Remarcamos este comienzo para despejar toda duda: el psicoanálisis, desde sus orígenes, se constituyó en una forma de abordaje para la cura y en un método de investigación. Como ya dijéramos, tratamos de mantener estas dos funciones, y para ello la práctica clínica cumple un importante papel.

INTIMIDADES DEL CONSULTORIO

Nosotros, al igual que el fundador del psicoanálisis, hemos “escuchado” de muchas pacientes el deseo de haber nacido varón, el sentimiento de inferioridad por no serlo, la envidia que las posee, la necesidad imperiosa de un hombre a su lado o de un hijo para que su vida cobre sentido o, peor aún, para ser “alguien”. También escuchamos a las mujeres que desprecian profundamente a sus congéneres. Las critican y llenan de epítetos con los mismos argumentos que el “sentido común” sustenta como verdad comprobada.

Citemos algunos decires: “la bruja”, “la patrona”, “la chismosa”, “la envidiosa”, “la incapaz profesionalmente”, “la que le llena la cabeza”, “la que lo lleva de las narices”, etc. No faltan aquellas que no soportan que otra mujer ocupe un lugar destacado. El rencor las lleva a buscar argumentos que, supuestamente, justificarían su odio (cabe destacar que tanto en el consultorio de ayer como en el de hoy, había y hay, al igual que en muchos otros lugares, mujeres que, en cambio, tenían y tienen otro decir. Vivían y viven en pos de su deseo.)

Dejándonos conducir por las asociaciones de algunas mujeres nos encontramos con variables múltiples detrás de “sus quejas” y “envidias” al hombre. Aparecen temáticas tales como los privilegios que “ellos” tienen y a “ellas” se les niega, o la franca desilusión que significó para sus padres su nacimiento. En ciertos casos, los que no pudieron aceptar la realidad

las ignoraron, las negaron, hicieron como si fueran un muchachito, o las maltrataron. En otros casos, sus hermanos varones fueron los “preferidos”, los “privilegiados”, los que gozaron de las licencias de las que ellas carecieron.

Repetidamente surge la imposibilidad concreta de un espacio propio. No les queda tiempo disponible. Dada su condición de madres, cargan con las tareas domésticas y la crianza de los hijos. En muchos casos, las condiciones económicas las obligan y empujan a emplearse. Sienten que en sus compañeros no encuentran una pareja: que “ellos” no se hacen cargo ni les reconocen sus esfuerzos, y “ellas” no pueden auto-reconocerse. La demanda continua las exaspera; no es raro que sus progenitores, a la vez, agreguen las suyas. Sienten que cuidan a los demás pero que nadie las cuida. La angustia se hace enorme porque comprenden que no saben vivir de otra manera, que si tuvieran la oportunidad de disponer de tiempo o medios para sus proyectos personales, no sabrían qué hacer: fueron “programadas” para ser cuidadoras del otro.

Los hombres, a su vez, “se quejan” y “envidian” el mundo “protegido” de sus mujeres, su despreocupación con respecto a la manutención de la casa (frecuentemente, las mujeres ganan menos como consecuencia de la discriminación de género).

La divergencia que tenemos con Freud no pasa por la fenomenología observable ni por lo que se escucha, sino por la interpretación.

Mujeres psicoanalistas coetáneas al autor le expresaron su disenso y propusieron otras lecturas, así como también algunos hombres; entre otros ejemplos, se encuentran Karen Horney¹ y Ernest Jones². A todos, Freud contestó evasivamente. Perdió así la oportunidad de poner a trabajar, de interrogar nuevamente, a la teoría y a la clínica.

Proponemos pensar este fenómeno desde otro ángulo. Introduciremos los términos “opresión” y “oprimidos” conjugados con el de “opresor”. Pensaremos la relación entre ellos y el valor que posee en lo que llamaremos “ocupación psíquica”.

1 Karen Horney (1885-1952). Psicoanalista alemana. Fue una de las fundadoras de la Psicología Humanista.

2 Ernest Jones (1879-1958). Neurólogo, psicoanalista y biógrafo de Freud.

Primo Levi, en su trabajo *Los hundidos y los salvados*³, escribió: “Era la consecuencia lógica de un sistema: un régimen inhumano difunde y extiende su inhumanidad en todas direcciones, y especialmente hacia abajo; a menos que haya resistencias o temperamentos excepcionales, corrompe tanto a las víctimas como a sus victimarios”. El autor se refería al régimen nazi -aunque no necesariamente-; si bien no podemos ignorar el contexto ni equiparar protagonistas, pensamos que esta afirmación es aplicable a todas las situaciones que derivan de la dupla opresor-oprimido.

Estamos, nos complazca o no, permanentemente incluidos en un sistema: según la lógica que lo sustente serán los efectos en sus integrantes. Las disconformidades, quizás las más tradicionales, en la relación hombre-mujer-mundo han variado a lo largo del tiempo y cobran nuevas formas. Factores sociales, culturales y económicos han incidido en ello. Sin embargo, estamos lejos del equilibrio. Por momentos, los resquebrajamiento de los roles preestablecidos amenazan con derivar en una guerra entre los sexos.

INTERPRETACIÓN ¿ÚNICA?

¿La desinteligencias, las insatisfacciones, son inherentes a la constitución anatómica de los genitales externos y su supuesta rígida e indefectible valoración psíquica? ¿La naturaleza biológica encarcela en funciones, capacidades y restricciones que están sobredeterminadas por un único e ineluctable imaginario de la diferencia hombre-mujer?

Para responder estos interrogantes cobra fundamental importancia desentrañar si la *interpretación* que hace Freud de los decires de sus pacientes es de carácter científico o es derivada de las representaciones sociales predominantes en su época (las cuales compartía). Si se comprobara que se trata de la segunda opción, habría que revisar toda la psicopatología que nos brinda el psicoanálisis.

³ Levi, P., *Trilogía de Auschwitz. Los hundidos y los salvados*, Grupo Editorial 62, S.L.U., El Aleph Editores, Barcelona, 2005, pág. 567.

NORMALIDAD *VERSUS* PATOLOGÍA

Cuando se habla de psicopatología hay una norma tomada como referente: lo que se ajusta a ella es lo normal. Freud ha deducido aspectos de la estructura psíquica observando la patología, ya que la considera un lente amplificador que permite observar lo que en estados normales pasa desapercibido (por ejemplo, la relación entre objeto y pulsión; y entre melancolía y narcisismo).

La historia demuestra que la norma en una población es un efecto de la cultura, de los paradigmas hegemónicos. La adaptación al medio (concepto tomado de la biología: homeostasis, equilibrio) subyace en esta visión.

La psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis -particularmente, el psicoanálisis freudiano- han tomado como modelo al sujeto “normal”, que es aquel que no se desvía significativamente de la media estadística y que, al menos en lo aparente, es la mayoría de la población de una determinada cultura. Recordemos que, en relación con la sexualidad, las consideradas “desviaciones” respecto del objeto, del fin, Freud la llamó perversiones.

Ahora bien, el que no cae en la media estadística, el diferente, ¿es patológico? ¿Cuál es el desvío estándar permitido antes de ser demonizado o antes de ser considerado enfermo? En el campo de lo psíquico, ¿toda adaptación es beneficiosa para el sujeto? ¿El desvío de la norma no podría ser una oportunidad para el cambio?

Es observable que lo “admisible y adaptado” en una cultura no lo es en otra, y que, a su vez, cada una de ellas cambia en el devenir histórico. Asimismo, en una misma cultura hay distintas subculturas. La idea de una cultura universal e invariable es sólo un espejismo.

Tradicionalmente, el sujeto egosintónico (no aparece conflictuado a nivel yoico) ha sido considerado “sano”. Sin embargo, el síntoma, el sufrimiento, la angustia, el conflicto nos proveen de una alarma; son indicio de una pugna, de que hay algo disruptivo, y son, a la vez, una forma de ataque y defensa, fallidos, contra la *noxa*.

¿Dónde ubicamos la *noxa*? ¿En el sistema social? ¿En el psiquismo? Si la pensamos sólo como efecto de lo social, lo exógeno será el único factor gravitante. Si la consideramos como un factor interno, como lo producido por un sistema cerrado, será definida por lo endógeno. En cambio, si concebimos la relación del sujeto con el mundo sociocultural como si

fuera una banda de Moebius¹, observaremos que no hay un exterior ni un interior. Según la conceptualización que hagamos, nuestra praxis quedará determinada.

En nuestra opinión, cuando Freud analiza la problemática de la feminidad y la vincula con la constitución orgánica de la mujer, abraza la segunda posición. A pesar de que ha hecho referencia a la influencia de la educación, en definitiva, la desestima. Termina por colocar a la mujer en una posición monódica con respecto al medio sociocultural: es la anatomía la que marca su destino. Es en el tema de la feminidad y la masculinidad en el que cae en una visión endogénica². El intento de normativizar (normalizar) al paciente lleva al fracaso del trabajo terapéutico y a un incremento de su padecer. No se trata de encajar a alguien en un modelo, sino de escucharlo. Si el objetivo de una terapia es que una mujer se conduzca siguiendo los parámetros de una feminidad “normal”, ¿qué costo tiene esto en su vida? ¿Qué implicaciones posee en su proyecto? No olvidemos que el analista es colocado en el lugar del saber, de la verdad, lo que le confiere un enorme poder. No es ocioso, entonces, poner bajo la lupa nuestro accionar y sus consecuencias. Se trata de una difícil tarea, ya que la contemporaneidad, la co-territorialidad y, en muchos casos, la copertenencia social o religiosa del analista y del analizante provocan que, inexorablemente, compartan las representaciones y padezcan por cosas similares.

Nuestra intervención necesita del cuidado de no reduplicar lo que daña, de no homogeneizar. Analista y analizante conforman una singularidad. Adjudicar lo que sucede en los consultorios a razones idénticas en todos los casos supone ignorar la singularidad y adjudicar una atribución al que habla.

Repitamos una vez más: el análisis del analista, su formación histórica y su amplitud (flexibilidad) para captar las diferentes representaciones vigentes y simultáneas del mundo socio-cultural en el que vive pueden contribuir a acotar el margen de error. En conclusión, patología, enfermedad, normalidad, salud, son todos conceptos a ser revisados.

1. Recordemos que la banda de Moebius es una figura topográfica, en la que, partiendo de una de sus caras, se pasa de manera imperceptible a la otra.

2. Es justo señalar que Freud ha tomado, en otros aspectos de sus teorizaciones, a la cultura como factor esencial (formación del superyó).

NUESTRO DESEO

Es nuestro propósito aportar, a través de este trabajo, una mayor comprensión de la feminidad y, por extensión, de la masculinidad. Aspiramos a que esta contribución no se limite al campo teórico que aborda nuestra disciplina, sino que también se manifieste en la labor clínica, lo que, en nuestra opinión, redundará positiva y efectivamente en los tratamientos analíticos. En definitiva, nuestro objetivo es contribuir a que el análisis de una mujer (y también el de un hombre) tenga un efecto liberador y, por ende, saludable.

Por último, deseamos proveer, con lo que aquí exponemos, un ejemplo más, entre los muchos que nos brinda el campo científico, en donde la ciencia fue reemplazada por la creencia. Reconocer estos ejemplos permite des-idealizar a la ciencia como la portadora de verdades absolutas, acotando los riesgos a los que conduce esa mistificación. Buscaremos, entonces, en nuestro propio campo, sus contradicciones internas.

En la actualidad han surgido nuevos paradigmas que tienen en cuenta la complejidad, la diversidad, la pluralidad, la aceptación de las diferencias. Muchos intelectuales se han volcado hacia ellos con grandes expectativas. Se supone que proporcionarán un destino mejor para la humanidad. ¿Acaso se trata de ilusión desmesurada? A pesar de ello, el horizonte fijado apunta a modificaciones trascendentales. Lo que no es poco.

¿QUÉ ES UNA MUJER?

Esta pregunta surge una y otra vez, aunque formulada de diferentes formas, tales como: ¿qué quiere una mujer? ¿Alguien entiende a una mujer? Las respuestas varían, pero confluyen en su contenido. Desde la incógnita: “Son un misterio”; desde la poética: “Son un continente oscuro”; desde la certeza: “Son locas”. Hay quienes homologan la mujer a la madre y utilizan adjetivos superlativos para definirla. En el extremo contrario, otros la definen como dominadora, caprichosa, devastadora, insaciable, demandante de imposibles. Brujas o santas.

Sublimes o terroríficas, las mujeres parecen dueñas de la vida y de la muerte. Ambas postulaciones padecen de una idealización extrema, ya sea de signo positivo o negativo.

¿Quién o quiénes se preguntan qué es una mujer? ¿Quién o quiénes se preguntan qué quiere una mujer? El espectro es amplio: va desde el hombre común, alcanza a la filosofía, a la literatura a través de la poesía y, obviamente, al psicoanálisis. ¿Cuántas voces femeninas se escuchan sobre el tema? Pocas, aunque cada vez más. Históricamente fueron acalladas, ignoradas.

La formulación de la pregunta deja a la mujer por fuera de los “otros humanos”, constituyéndolos en un conjunto.

FUENTES “LIBRES DE TODA SOSPECHA”

Haremos un aparente rodeo, aunque la pregunta rectora seguirá siendo siempre la misma: ¿qué se dijo o se dice sobre la mujer?

Buscaremos posibles respuestas en materiales posteriores y extra-territoriales respecto de Freud. Los utilizaremos a fines de observar el modo imperceptible en el que se van construyendo y varían las representaciones sociales con sus correspondientes paradigmas. Tomaremos fuentes que, en su mayoría y por lo general, consideramos libres de toda de parcialidad.

EL DICCIONARIO

Consultaremos el diccionario, por su valor canónico, suprapersonal.

Solemos pensar que “las palabras”, signos, (Saussure) guardan el mismo significado desde su surgimiento y para siempre suponemos que sus contenidos son objetivos y neutrales. Constataremos esta concepción apriorística.

Veamos, pues, los diccionarios de la lengua castellana de Espasa- Calpe, de 1985, y de la Real Academia Española, de 1947.

En la edición de 1985 encontramos las palabras *femineidad*, *feminidad* y *femenino*. Los significados aluden al “ser propio de las mujeres”, a la posibilidad de ser fecundadas, dado que poseen los órganos apropiados para ello. Figurativamente, se les adjudica endeblez y debilidad. Además, se puntualiza que el símbolo que representa a la mujer es el espejo de Venus¹.

En el diccionario de 1947 las acepciones son similares, excepto que la palabra *feminidad*, que refiere al símbolo femenino en la edición de 1985, no aparece².

Busquemos ahora el significado de *mujer* en el diccionario de 1985. En él se las califica como aquellas de “digo y hago”, las de mala vida, las de su casa, las fatales, las públicas, las del marido. En cada tipo se explicitan sus características.

En la edición de 1947 la definición coincide, pero abunda, además, en aplicaciones de la palabra en los dichos populares que expresan la visión que por ese entonces se tenía de la mujer. Revisando lo que allí se dice nos enteramos que: a la mujer brava hay que esperarla, con disimulo, para hallar la ocasión de castigarla o reprenderla. Que toda mujer es inestable como el viento. Que a ellas debe bastarle el marido o Dios, según si es casada o casta. Que las locas merecen ese calificativo por inmoderadas en la diversión. Que toda mujer es poco apta para guardar secretos. Que aquellas que hablan mucho lo hacen con ligereza y son las que trabajan poco. Que estarán bien o mal según cómo las tenga el marido, porque dependen de él económicamente. Que la buena es la que hace prosperar el hogar, la recatada, la de su casa, la madre de familia, la que se ocupa de las tareas domésticas. Que debe ser aseada y arreglada, pero de manera moderada: si lo hace como corresponde, tendrá dos ventajas: tapar su fealdad si es fea; retener al marido si es casada. Que “ellas” embriagan como el vino y que el hombre debe ser cauto para no ser engañado y terminar escogiendo a la mujer equivocada. Que su porte dependerá del marido-amor que la cuida: “En el porte de los inferiores se conoce el gobierno del superior”³. Las caracterizaciones de este tipo continúan.

1. *Diccionario Básico Espasa*, volumen III, Espasa-Calpe, Madrid, 6ta. edición, 1985.

2. Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*, Espasa-Calpe, Madrid, 17ma. edición, 1947.

3. Cfr. op. cit., pág. 873.

De lo expuesto se evidencia el recelo hacia las mujeres, la concepción de que hay que disciplinarlas para que se comporten “adecuadamente”: que se ajusten a las decisiones del amo y se consagren a la atención de la familia.

En síntesis, hay una mujer aceptable y otra repudiable, según cumpla o no determinadas normas.

Ahora haremos una breve pasada por *masculino*, *masculinidad*, *hombre* y *varón*.

En ambos diccionarios, de inmediato se evidencia que las dos primeras palabras remiten al poseedor de órganos para fecundar, a sus características: lo enérgico y lo viril.

En cuanto a la palabra *hombre*, en el diccionario de 1985 encontramos que la acepción comprende a todo el género humano. En lo específico, refiere a la criatura racional del sexo masculino, desarrolla este concepto desde una mirada antropológica e histórica, y desde profusas y variadas aplicaciones. A modo de ejemplo, se definen términos como: gran hombre, pobre hombre, hombre de armas, de armas tomar, de bien, de ciencia, de dinero, de edad, espiritual, de estado, de mundo, de palabra... Se define al hombre en relación con lo que posee, con lo que los adjetivos, de carácter positivo en la sociedad, significan. Por su parte, la palabra *varón* no agrega nada distinto.

En el diccionario de 1947 encontramos las mismas definiciones de *hombre* y se incluyen más refranes y dichos provenientes de la cultura oral. Tampoco aquí la palabra *varón* agrega nada al tema.

Del conjunto de los términos se desprende que el hombre debe ser osado, desenfadado, trabajador, para lograr lo que se proponga. Tiene asignado el deber de conseguir el sustento fuera de la casa, mientras que la mujer será la que cuidará de la hacienda. Algunos dichos aluden a los que actúan por conveniencia, a los que desean vengarse de los poderosos (connotados como un disvalor). Otros se ocupan del valor de la honra.

En nuestra lectura de los significados de estas palabras interpretamos que, en el caso de la masculinidad, el eje está puesto en las cualidades necesarias para desenvolverse en el espacio público, tales como racionalidad, valentía, independencia, capacidad de competir, de luchar por el poder, de salir al mundo y de ganar el sustento...⁴

4. Op. cit., págs. 692-693.

En cuanto a la mujer, todo apunta a lo que la retiene en el ámbito privado: la de su casa, la madre, la dependiente, la modosa, la recatada, la que debe ser o parecer bonita para el marido⁵. Sus atributos “naturales” están representados por el espejo de Venus, que simboliza y representa el narcisismo de la bella. Asimismo, se la define por la supuesta debilidad que le es consubstancial y por sus órganos, posibles de ser fecundados.

Respecto de la relación con el hombre, queda explícito que la mujer es “inferior”. Se trata, claramente, de un tipo de discriminación que coloca a la mujer en un grado de humanidad menor que la del hombre. Esta visión responde a una posición racista que deja por fuera de lo humano, por lo menos, a la mitad de la humanidad⁶.

El racismo, en términos generales, se pseudofundamenta en la supuesta inferioridad de un determinado grupo, *inferioridad sustentada, en general, desde la biología*. Una premisa, un axioma cultural es presentado como un efecto de la naturaleza. La discriminación hacia la mujer propone como argumento que la morfología de sus genitales es causa de la supuesta inferioridad física e intelectual femenina. La realidad es que se las trata como si así fuera, tal y como vimos, aparece en los diccionarios.

Desde lo religioso, ejemplifiquemos con Eva devenida de una costilla de Adán: el lugar de complemento del hombre es una constante.

Nuestro recorrido por la masculinidad y la femineidad nos demuestra la correlatividad con las que ambos conceptos se presentan. En ambos casos, se desprende de lo dicho las dotes o carencias de cada parte.

La actividad (el que fecunda), la fortaleza, el valor y, en especial, la racionalidad fueron características altamente estimadas en la sociedad moderna. Señalan un sujeto que las porta; denotan, ante todo, que ahí hay un sujeto. La pasividad (ser fecundada), la debilidad y la dependencia envían al lugar de objeto y subordinación a la mujer. La mujer queda, de esta forma, despojada de toda subjetividad.

Éstos son los significados que incorporamos pasivamente cuando aprendemos nuestra lengua y que se constituyen en pilares de nuestra estructura psíquica. Obviamente, este análisis nos demuestra que *los significados de las*

5. Op. cit., pág. 873.

6. Por supuesto, existen otras múltiples discriminaciones de tipo racial, religioso, social y sexual, que padecen enormes cantidades de hombres y de mujeres. Si las sumáramos, advertiríamos que la población discriminada es seguramente la mayoría.

palabras transmiten y portan ideología. No son neutros y están cargados de un altísimo grado de violencia. Transmiten mandatos explícita o implícitamente.

El hombre y la mujer son definidos por oposición y, como ya señaláramos, complementariedad. Dentro de esta lógica binaria se imponen la disyunción y las jerarquías. Para que alguien sea fuerte y racional otro debe ser débil e irracional.

Del diccionario de 1947 al de 1985 se advierte, por omisión de dichos, una cierta flexibilización de los mandatos y las caracterizaciones estancos que pesaban sobre ambos sexos. Hipotetizamos que esta supresión guardó relación con el movimiento social y cultural que comenzó a modificar (y aún continúa haciéndolo) las representaciones más tradicionales de varón y mujer.

Hallamos la confirmación de este postulado cuando registramos que, en la vigésimo segunda edición del *Diccionario de la Real Academia Española*, de 2001, a pesar de subsistir algunas de las acepciones presentes en 1947, se omite todo lo referido a la jerarquización mujer *versus* hombre y se incluyen nuevos significados. Esta edición reconoce dichos tales como “ser toda una mujer” o “ser mucha mujer”, que remiten a diversas cualidades como valor, firmeza, integridad, madurez y responsabilidad, lo que indica, ante todo, una subjetividad allí presente. Incluso asume que existen mujeres que se dedican a la literatura o a las ciencias humanas.

Si bien las modificaciones no son todo lo amplias que desearíamos, evidencian que lo atribuido a especificidades biológicas no son tales, ya que la biología permaneció inalterada. Además, estos cambios son un indicio de que se comenzó a concebir y aceptar a la mujer como agente activo de su vida, con una ética propia y no obligada por la vigilancia del padre, del marido o del hijo varón.

En definitiva, se manifiesta un movimiento de las concepciones culturales. Aunque lento, es progresivo y aún sin arraigar en el conjunto del cuerpo social.

Si bien los diccionarios tomados no coinciden histórica y geográficamente con el contexto freudiano, marcan la tendencia que ya estaba presente en los períodos productivos de Freud. La globalización de la ideología es desde siempre. El mundo se interconectó de muy diversas formas, es cierto que con velocidades diferentes.

EL LENGUAJE Y EL TIEMPO HISTÓRICO

Hemos incorporado las acepciones de determinadas palabras que se dan en los diccionarios. Tratamos de comprobar así el preconcepto que afirma que el código de la lengua es supra-personal, canónico. Sin embargo, al hacerlo se nos ha revelado que carece de neutralidad.

En los ejemplos dados, hemos notado las variaciones de una época a otra. Los deslizamientos de sentido, que se expresan esencialmente en el habla, nos indican las modificaciones de una sociedad a lo largo del tiempo y, con ellas, el cambio en las representaciones sociales, en este caso, las de hombre y de mujer.

Ferdinand de Saussure¹, en su obra *Curso de lingüística general*, nos dice: “En cada instante el lenguaje implica a la vez un sistema establecido y una evolución; en cada momento es una institución actual y un producto del pasado... El lenguaje tiene un lado individual y un lado social...”² Saussure aclara que habla y lengua son interdependientes pero distintas entre sí. Mientras la lengua es la suma de lo acuñado en los cerebros, el habla es la suma de todo lo que la gente dice. Cada hablante utiliza la lengua para comunicarse y, en su conjunto, es el habla el que hace evolucionar a la lengua³. En definitiva, la modificación del lenguaje es tributaria de las modificaciones sociales.

A menudo nos olvidamos que la lengua es una convención, un producto social que permite ejercer la facultad del lenguaje a los individuos. Es, también, un sistema de valores. En ella cada término tiene un valor en oposición a todos los otros: gracias a ello existe la significación⁴. Por lo dicho, el valor de un término se puede modificar si otro término lo hace⁵.

1. Ferdinand de Saussure (1857-1913). Lingüista suizo, cuyas ideas sirvieron de base al desarrollo de la lingüística moderna del siglo XX.

2. Saussure, F. *Curso de lingüística general*. Losada, Buenos Aires, 23ra. edición, 1984, pág. 50.

3. Cfr. op. cit., págs. 64 y 65.

4. Cfr. op. cit., pág. 199.

5. Cfr. op. cit., pág. 203.

La lengua se nos aparece eterna e inmutable. Sin embargo, los signos y los símbolos que la constituyen son vehículos de ideas, las cuales van variando y encuentran en ellos su representación. A la vez, estos representantes forman parte de las representaciones sociales.

En la averiguación del significado de la palabra *femineidad* nos vimos obligados a recurrir al significado de otras: feminidad, mujer, masculino, varón, hombre. Ello fue así porque el valor se establece por la oposición diferencial entre los términos. Esta oposición no es de carácter binario, no es un término *versus* otro, sino de un término *versus* el conjunto de los otros. Según como nos posicionemos en relación a lo que aquí aludimos, entraremos en una lógica binaria o una lógica de la diversidad. Notamos que, dentro del psicoanálisis, algunos de los signos parecerían definirse, no por oposición con todos los demás sino por oposición con otro: fálico *versus* castrado. Este arrasamiento de los otros que se le oponen... ¿dónde se origina?

Una vez más afirmamos: el lenguaje que elegimos no es neutro. Nos expresa. Las consecuencias que se producen a partir de allí son de extrema gravitación, tanto en la teoría como en la visión del mundo que propone el lenguaje en sí.

Entonces, tenemos que la lengua se caracteriza por ser un sistema de signos inmerso en el tiempo y que es una institución social. A su vez, los signos son símbolos, dada la capacidad simbólica del ser humano.

Lacan, psicoanalista francés, formula que el inconsciente está estructurado como un lenguaje⁶. Subraya la implicación del sujeto del incons-

6. Esta formulación de Lacan adquirió mucha fuerza en un período de su quehacer teórico y difiere de la concepción freudiana. Freud, en un período, enuncia un Sistema Inconsciente. Las formas de funcionamiento de sus contenidos (representantes de las pulsiones) son el *desplazamiento* (una representación, por vía asociativa, recibe la carga energética de otra) y la *condensación* (una representación recibe la carga de otras varias, en cuyo entrecruzamiento se encuentra).

La llamada "representación de cosa" propia del inconsciente estará conformada por el aspecto sonoro de la palabra, también por aspectos fragmentarios del objeto y su entorno. Ellos son: los visuales (nodales), los auditivos, los kinestésicos, los olfativos (los más arcaicos), los táctiles, los gustativos, los cenestésicos, los neurovegetativos, los propiceptivos, los interoceptivos y los esquemas motrices. Se conjugan, entonces, aspectos del sujeto con lo que impresiona en él del objeto y de lo que lo circunda. En

ciente en su decir, y modifica la propuesta de Saussure, respecto de la significación. Desandaré la unión de significado con significante en el signo y pondrá el acento en el efecto de sentido dado por la relación entre los significantes. Los psicoanalistas lacanianos hicieron especial hincapié en develar los deslizamientos los intersticios de y entre los significantes, allí donde se produce la emergencia del sujeto del inconsciente Posteriormente, esta escucha (que fue tomada y puesta en práctica a ultranza) será tamizada por nuevas teorizaciones del propio Lacan.

También este mismo autor propone tres registros de lo psíquico: lo simbólico⁷, lo imaginario⁸ y lo real⁹. Los toma en su teorización sobre la

este autor, los conceptos de *represión* y *reprimidos* son centrales. Estamos hablando de su primera formalización.

Lacan, en cambio, hablará de la relación entre *significantes*; en sus intersticios “repta el deseo”. Interpreta que el desplazamiento es equiparable a la *metonimia* y la condensación a la *metáfora*. Lo que reforzaría su tesis, ya que si el inconsciente tiene las mismas leyes que el lenguaje, queda en evidencia que sus estructuras son homólogas. Dirá, en consecuencia, que el “significante es lo que representa al sujeto frente a otro significante”.

7. Uno de los tres registros lacanianos. Durante mucho tiempo se lo pensó como la materia casi excluyente del psicoanálisis. Dado que lo simbólico se relaciona estructuralmente con el lenguaje que es isomórfico con el inconsciente del que se ocupa el psicoanálisis que abraza las conceptualizaciones de Lacan.

La estructura simbólica es previa al sujeto. Digámoslo así: el primer baño de un bebé es en el lenguaje y queda sometido a sus leyes. En ese sentido, la ley del padre es *supra* personal. El padre encarnado queda bajo el imperio del padre de la ley, del padre simbólico, bajo el *Nombre del padre*. Ese padre que no es alguien. Es desde el lenguaje que surge la diferencia entre yo y el otro.

8. El ser humano nace prematuro, esa es la razón que le impide coordinar sus movimientos o tener la información sensoperceptiva que le permita integrar sensaciones, movimientos. Es decir que está imposibilitado para tener una representación unificada de su cuerpo. Sin embargo, tiene una anticipación cuando percibe en el espejo su cuerpo unificado. Él es el del espejo, se constituye en el otro y, en esa imagen especular -“Yo soy otro”-, se aliena. No hay dos sino uno. Con el anudamiento de los tres registros, el que no haya uno sin el otro clarificó que cada uno tiene funciones diferentes y necesarias.

9. Lo real es lo que no cesa de no inscribirse. Lo simbólico lo circunda pero no lo aprehende. Real y realidad no son lo mismo.

castración y apunta que es desde la imaginarización del falo¹⁰ que se lo homologa a la “falta” de pene. Desde lo simbólico, en cambio, la incompletud es adscripta a una falta universal. Simbolizándose así algo que en lo real nunca existió, nunca faltó. A pesar de esta lectura nombra a la mujer como “no toda”.

Asimismo, Lacan habla de la Ley del Padre, de la función (que se encarnará en alguien o algo) que deberá cumplir interdictando a la madre la reintegración de su producto y al hijo, prohibiéndole una mujer: su madre.

Reiteramos: quedó demostrado que las palabras y, con ello, su elección no son neutras. Portan un significado en el que la ideología impera. Cuando Lacan aborda la temática de la sexuación, no modifica la nominación “fálico” o “castrado”. La mujer es nombrada como no toda. Si recurrimos nuevamente al *Diccionario de la Real Academia Española*, veremos que falo remite a pene y castración, a capar (extirpación o inutilización de los genitales). Vinculando este significado a la imaginarización señalada por Lacan, ¿estamos frente a un fenómeno inmutable? ¿O responde a las representaciones que se constituyen también desde el lenguaje aunque no solamente? Sería oportuno en este punto recordar la banda de Moebius y ser cuidadosos cuando utilizamos ciertas palabras ya que contribuimos a reforzar el imaginario existente.

Lo mismo podemos afirmar sobre la proyección que alcanza el hecho de relacionar la ley con la función paterna, o postular que la madre necesita la tercerización del padre para no fagocitar al hijo. Tanto la ley como la función de tercerización, suponen la presencia en la madre de la disposición a reintegrar su producto. Estamos frente a un planteo patriarcal.

Asimismo, el deseo de la madre permitirá o no la intervención tercera.

Más allá de las salvedades teóricas que se hagan de estas aseveraciones, ¿a qué imaginarización de hombre, de mujer, de padre, de madre alimentan? Aunque se establezca claramente que “función” no remite a una determinada encarnadura, la terminología, quiérase o no, la enlaza a figuras que conforman las representaciones imaginarias.

Nosotros pensamos que la teoría lacaniana, en este punto, no logra separarse del pensamiento binario, de la jerarquización, de la concep-

10. Cuando afirmamos que remite a pene no desconocemos que desde la Antigüedad este órgano ha tenido variadas connotaciones simbólicas.

ción patriarcal: en suma, del pensamiento moderno. Entendemos que, las teorías freudiana y lacaniana necesitan re-pensarse en sus fundamentos: el simple maquillaje se torna insostenible y la clínica del psicoanálisis reclama una reelaboración¹¹.

LA INSTITUCIÓN DEL MATRIMONIO

Las instituciones son acordes con los principios y fines que se propone una determinada sociedad. El matrimonio es una de ellas. Históricamente, al igual que el lenguaje, ha variado. Nosotros tomaremos su forma actual prototípica de la modernidad.

Haremos una revisión de libretas de matrimonio de diversos períodos históricos en la Argentina. Creemos que los ejes rectores son propios de la época que estamos estudiando y que por ello son extensibles geográfica y temporalmente. Nuestra finalidad es ver qué se trasunta en ellas en cuanto al tema que nos ocupa y determinar si se producen mutaciones. Recordemos que la idea siempre es observar el modo imperceptible en el que se van construyendo y variando las representaciones sociales.

Lo primero que encontramos es que reflejan el espíritu prevaleciente en la sociedad moderna occidental judeo-cristiana en la que nos estamos enfocando (aunque esto no quiere decir, como ya lo mencionáramos, que la problemática desplegada sea privativa de aquélla).

11. Tanto Freud como Lacan tienen contribuciones teóricas de enorme valor e importancia. Rebatir una parte importante de lo que sostuvieron no es invalidar el conjunto. Sólo por ejemplificar, la pulsión en uno y el objeto "a" en el otro iluminan nuestra praxis en forma decisiva.

En Freud, el inconsciente y la pulsión son conceptos ejes de su teoría. Más allá de las importantes diferenciaciones que hará de las pulsiones, realiza una distinción nodal entre el instinto animal y las pulsiones. Estas son una exigencia proveniente de lo somático que se representa en lo psíquico. Es una presión, tensión, excitación que exige la realización de un trabajo para que cese y que, a diferencia del instinto, no va a tener un objeto específico de satisfacción o fin fijo. Esto es grávido en consecuencias: Freud va a enlazar el nacimiento de la cultura con la perentoriedad de las pulsiones.

Por lo general, se tiene la idea de que el matrimonio es una institución existente desde siempre, invariable, con idénticos fines. La realidad es otra. Los motivos que lo originaron se fueron transformando progresivamente en otros¹. Revisaremos las leyes y los consejos que figuran en distintas libretas; tomaremos para esto ejemplos de los años 1906, 1937, 1947, 1972 y 2002. En la libreta de matrimonio de 1906, dentro de sus disposiciones generales figura que el testigo debe ser de sexo masculino y mayor de edad. También se puntualiza que la mujer que enviude no podrá casarse antes de los diez meses, y que la contravención a esa disposición la llevaría a la pérdida de todos los beneficios dejados por el marido fallecido. Si se casara y tuviera hijos menores de edad bajo su potestad, deberá pedir al juez que le nombre tutor. Si no lo hiciera, ambos contrayentes responderán con todos sus bienes por los perjuicios que resultasen a los hijos. Es evidente que los diez meses que se le pautan se relacionan con un posible embarazo².

En 1937 ya no se exige que el testigo sea varón. Las demás disposiciones continúan vigentes³.

Tanto explícita como implícitamente, la discriminación es obvia. Para los hombres que se encontraban en las mismas circunstancias, no se dictaba prescripción ni proscripción alguna. Otro tanto ocurría con las leyes de la herencia, que se entrelazan con el sometimiento de la mujer, sustentado en su descalificación y en la dependencia económica avalada por la legislación imperante y los mandatos enunciados o tácitos.

Otro ejemplo ilustrativo de la época es el *Libro de la Familia Cristiana* de 1937, entregado a quienes se casaban por la Iglesia Católica. A continuación, detallamos algunas de sus disposiciones: “A nadie ha de amar ni estimar más la mujer que a su marido, ni el marido más que a su mujer. La mujer obedezca y obsequie a su marido, el marido, por tener paz, muchas veces pierda de su derecho y autoridad, y así en todas las cosas que no contradicen la ley cristiana, se procuren agradar”.

“El marido es el jefe de familia: debe trabajar para mantenerla, administrar con diligencia los bienes comunes y los de la esposa: cuidar que todos

1. Esto último merecería una serie de consideraciones. Evitaremos tal desarrollo, a los fines de no dispersarnos y centrarnos en nuestro objetivo.

2. Cfr. Registro Civil de la Capital, Familia, Buenos Aires, República Argentina, 1906.

3. Cfr. Registro Civil de la Capital, Familia, Buenos Aires, República Argentina, 1937.

los de casa cumplan sus deberes, y si es necesario, corregirlos con caridad y prudencia; debe tener siempre a su esposa mucho respeto, pues es su compañera y no su sierva”.

“La mujer debe respetar y obedecer al marido como superior, ayudarlo en el gobierno de la familia, cuidar de las cosas de la casa y hacer los trabajos domésticos necesarios para la vida”.

Y respecto de los deberes de los padres para con sus hijos, figura: “Instruirlos o hacerlos instruir según el puesto que deban ocupar en la sociedad”⁴.

A lo largo de estas citas, aparece sin velar la posición del hombre con respecto a la esposa y a sus hijos. Superior, jefe, autoridad, administrador incluso de los bienes de la esposa. En consecuencia, la esposa se transforma no sólo en un rehén económico, sino que se la considera una especie de niña caprichosa ante la que, en ocasiones, conviene ceder. Más adelante nos ocuparemos de la interrelación existente entre lo económico y las formas de organización social. Notaremos que cada modo se legitima a través de representaciones socioculturales.

Recordemos también que de la Biblia emergen Adán, Lilith⁵ y Eva, formas y materias de la creación. De la mujer surge la acción y las consecuencias para ambos. Según el relato, “la mujer” quedó condenada al castigo, a la violencia, a la condena por sus actos; pero María, “la madre”, fue destinada a la veneración. El *Libro de la Familia Cristiana* es fiel a esta tradición; lamentablemente, no es el único seguidor de estas “enseñanzas”.

En las libretas de 1937 y 1947, expedidas por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, se explicita que la leche de madre es el alimento obligado del recién nacido. En la de 1947 hay una sección dedicada a la esterilidad, que dice: “La mujer casada sana debe quedar embarazada en el primer año de matrimonio... Las mujeres que no tienen hijos, no deben esperar años, como a menudo se observa, para decidirse a consultar la causa de su esterilidad... Los partos son más fáciles cuanto más joven sea la mujer. Cuanto antes tenga su primer hijo, tanto mejor”. En otro apartado de estas

4. Diócesis de Buenos Aires, *Libro de la Familia Cristiana*. República Argentina, 1937.

5. Figura legendaria del folclore judío, de origen mesopotámico, bella, seductora, transgresora y demoníaca. En la interpretación rabínica (Génesis 1,27) surge como la primera y rebelde esposa de Adán. Abandona el Edén y a Adán. Se dedica a una vida licenciosa, perversa. En Génesis 2, 22-25 se relata la creación de Eva.

libretas, denominado “Enfermedades sociales”, se hacen puntualizaciones sobre los abortos provocados, afirmándose: “Provocar el aborto es inmoral y criminal... La madre que destruye al hijo de sus entrañas es descalificada en la sociedad...”. Luego se enumeran los castigos. Más adelante, se refuta a los que piensan que interrumpir el embarazo no es criminal; se los clasifica de desvergonzados. “La mujer que desprecie voluntariamente el concepto de madre, siempre venerable, es indigna de las consideraciones de las gentes”. Estas exposiciones finalizan detallando las muertes por aborto; se declara que cualquier intento por parte de la mujer le producirá un estado de envenenamiento que la delatará: no hay razón, ni la pobreza ni el deshonor, que justifiquen la criminalidad. A aquellas en las que prima la moralidad y humanidad, los hospitales le darán amparo en recompensa⁶.

Recordemos que, ya en 1779, el biólogo italiano Spallanzani había demostrado la *necesariedad* del semen masculino para que se produjera la fertilización. Sin embargo, obsérvese de las citas anteriores que la esterilidad es atribuida en forma exclusiva a la mujer: de ninguna manera era concebible aceptar la esterilidad masculina. Queda claro que para la mujer no cuenta el deseo, sino el “deber”. La mujer “debe ser madre”, “debe amamentar”, así será venerada. La que aborte quedará exiliada de la humanidad y morirá envenenada. La violación de la posesión de su propio cuerpo se muestra sin tapujo alguno. Ya vimos que en la Biblia llovían amenazas, culpas y castigos, efectivizados ante cualquier insumisión, real o supuesta, a los mandatos.

Los contenidos de 1947 continúan en gran parte vigentes hasta hoy en la Argentina. La ilegalidad del aborto y la posible muerte de la mujer emparentada con él son un reaseguro contra esa práctica.

La responsabilidad en cuanto al advenimiento de un hijo es solamente de la mujer. Sin embargo y paradójicamente, se la despoja de todo derecho sobre el hijo. Más allá del tema del aborto, recordemos las prohibiciones, en caso de enviudar, para volver a casarse.

En las libretas de 1966 y 1972, también expedidas por Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, los consejos para la crianza se mantienen sin variaciones. Encontramos agregados y omisiones. Entre los primeros aparecen los derechos y obligaciones de los cónyuges, tales como fidelidad y morar en la misma casa. El hombre debe proveer de los recursos necesarios;

6. Cfr. Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires, Familia, República Argentina, 1947.

la mujer, seguirlo a donde fije residencia. Si se niega, se la castigará con la suspensión del pasaje de alimentos.

Entre las omisiones, la esterilidad y el aborto no son mencionados. Es de suponer que la imposibilidad de seguir tapando el sol con la mano es lo que lleva a que en 1972 se eliminen las exposiciones sobre la esterilidad⁷.

En la libreta de 2002, expedida por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, los deberes de los esposos son mutuos: fidelidad, asistencia y alimentos. Ambos están obligados a morar juntos y el lugar de residencia se fijará de común acuerdo. Se transcribe la ley N° 73, aprobada por la Legislatura de la Ciudad, que garantiza la libertad, la dignidad y la igualdad ante la ley de trato, de oportunidades, de derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales, tanto de hombres como de mujeres.

Entre otros puntos, figura la promoción de la maternidad y la paternidad responsables. Los consejos para la crianza se mantienen y se agrega un capítulo con los derechos de los niños, niñas y adolescentes⁸.

Vemos que en el diccionario y en las libretas de matrimonio de 1937 y 1947 hay contenidos que en las posteriores no. El espejismo de uniformidad a través de los tiempos vuelve a romperse. Sólo la apariencia externa de las libretas se conserva casi inalterada.

Sabemos también que aunque en las libretas de 1972 y de 2002 no se mencione el tema del aborto, éste tema no ha sufrido cambios en lo esencial hasta el presente.

Sin embargo, en la libreta de 2002 hay modificaciones substanciales que se podrían resumir con la palabra “igualdad”. Igualdad de hombres y mujeres en derechos y obligaciones ante la ley. Además, se agrega el articulado que incluye a los niños, niñas y adolescentes como sujetos de derecho⁹.

Recientemente se ha aprobado el matrimonio igualitario que da por tierra muchos de los preceptos aquí comentados. El recorrido que hemos hecho marca un pasaje que va desde la representación que identifica a la

7. Cfr. Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires, Familia, República Argentina, 1972.

8. Cfr. Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires, Familia, República Argentina, 2002.

9. Vale destacar que en todos los ejemplos de libreta figuran presentes otros temas tales como la filiación y la adopción. No desarrollaremos estos tópicos en función de concentrarnos en nuestro objetivo.

mujer con la madre, a una diferenciación entre ambas; desde una visión de la mujer dependiente del hombre a una donde se la reconoce como sujeto de derecho y en un plano de igualdad con aquél (ley N° 73). En cuanto a los hijos, se produce, tanto en lo escrito como en los hechos, una flexibilización a favor de ellos. Ahora poseen derechos y el padre ya no predetermina su ocupación futura.

Sabemos que la modificación de las leyes no significa un cambio instantáneo y automático en los integrantes de una sociedad. Lo instituido se resiste a la expulsión, a la vez que hay grandes grupos que motorizan el cambio.

Insistimos: cuando se mencionan instituciones como el matrimonio o la familia, se suele ignorar la transformación que han tenido a lo largo de la historia. Es frecuente pensarlas como idénticas a sí mismas y presentes desde siempre. Por lo general, se desconoce que tuvieron un origen a partir de determinadas necesidades, las cuales les dieron sus basamentos y las sostienen. Las formas de organización socioeconómicas se van modificando, lo que produce efectos cualitativos en el entramado de lo instituido.

LAS LECCIONES IMPERCEPTIBLES QUE RECIBIMOS

Tomemos ahora un manual escolar, uno cualquiera, al azar, antiguo (pero no tan antiguo como podríamos suponer). En nuestro caso, utilizaremos un manual de 1965¹, dirigido a niños y niñas de alrededor de nueve años. Lo primero que notamos es que se trata de un condensado de ideología, que se filtra en las imágenes, hasta en el enunciado del más inocente problema de aritmética, en las poesías, las fábulas, y en todas y cada una de las disciplinas.

En el manual que utilizamos como ejemplo, se afirma que los indios eran salvajes y que daban mucho trabajo al conquistador, que no dejaron

1 Cfr. *Manual Estrada III grado*, Ángel Estrada y Cía., 1ra. edición, Buenos Aires, 1965.

huellas debido a que carecían de habilidades y poseían apenas una “rústica industria”. Se enseña una deuda de gratitud con España, “nuestra Madre Patria”, y con los “sacrificados” conquistadores que pasaron privaciones, que invirtieron “tiempo, trabajo y paciencia” para “convencer” a los indios de los beneficios de la civilización². Indiscutiblemente, esta ideología fue eficaz para convencer, dado que logró transformar a los pueblos originarios en una “minoría”. Nos convencimos de que los indígenas y los gauchos, atacaban a los buenos e inocentes de puro desalmados que eran. Tergiversaciones realizadas en la historia que nos cuentan.

Hasta hace muy poco se festejaba el Día de la Raza, con el consenso de la gran mayoría de los argentinos y de los “blancos de Latinoamérica”. Teníamos, y aún hoy subsiste, la convicción de que descendemos de los barcos. Negamos así que el otro afluente del que descendemos proviene de los que habitaban estas tierras cuando llegó el conquistador.

En otros tópicos, el manual dicta las pautas del pensamiento y la conducta a seguir. De esta manera, marca el deber de obediencia para con Dios, la familia, las autoridades. Asimismo, “debemos” querer a nuestros padres, a nuestros hermanos. Y así prosigue con una larga lista. Los ejes directrices son el orden, el ahorro, el respeto, el trabajo. Las instituciones jerarquizadas son la Iglesia y el heroico Ejército. No existen áreas en las que no haya algún tipo de inducción del modo de valorarlas. En este manual se inculcaba que la ganadería proveía la riqueza; que los patrones eran cuidadosos con las condiciones laborales de sus subordinados, que los trabajadores partían de sus casas luego de suculentos desayunos y retornaban contentos por la satisfacción de un día productivo, que las autoridades e inspectores se ocupaban de que los trabajadores tuvieran condiciones de trabajo agradables: ambientes limpios, ventilados, buenos sueldos, licencias, etc.

El tema de la familia y sus roles obviamente no quedaba descuidado. ¿Qué se nos decía al respecto? Su mensaje era clarísimo en letra e imagen. En este libro predominan las figuras de hombres “valientes” guerreando, lanzados a la lucha política y al mundo laboral. En menor escala aparecen mujeres. Ellas hacen la cama, alimentan a los hijos. Las que se encuentran insertas en el mundo público figuran como obreras que tejen o lavanderas

2 Op. cit., pág. 56.

que lavan en el río. Alguna se encuentra en una concentración popular; muchas otras, claramente pertenecientes a otro estrato social, engalanadas, enojadas, hermosas en las fiestas de salón. En una de las primeras páginas de manual hay una imagen que sintetiza los roles³: el padre sentado en la cabecera, la madre a la derecha, los hijos a la izquierda. Transcribimos parte del texto: “el padre trabaja para darnos alimentos y vestidos y se ocupa de darnos educación... La madre nos cuida y pone orden en la casa”. No es un detalle menor que tanto imagen como texto sean contemporáneos a la utilización de las pastillas anticonceptivas, al voto femenino, al ingreso de importantes sectores de mujeres a la universidad y al campo laboral. La década de 1960 fueron los tiempos de la discusión sobre el amor libre.

Lo subrayamos porque es una evidencia muy clara de que en una misma época conviven o chocan mundos diferentes e incluso opuestos. Existían, aún existen, los que luchan por la liberación, por un lugar diferente para la mujer, y los que pregonan su relegamiento al ámbito privado, a cuidar pero no a educar a los hijos, a que en la mesa y en la cotidianidad la mujer ocupe un lugar simétrico con los niños.

El lugar subalterno reservado para las mujeres también se patentizó en los *contratos de trabajo*. En 1923, el Consejo Nacional de Educación presentaba a las aspirantes a maestras un contrato por ocho meses⁴. En contacto con los niños, las docentes debían ser poleas de transmisión a través de ellas mismas, de sus cuerpos, de su vestimenta, de su conducta. No bastaba con repetir los textos, la aspirante debía tomar el compromiso de no casarse, de no andar en compañía de hombres, de permanecer en su casa desde las 20 a las 6 horas, de no viajar en coche con ningún hombre a menos que sea su padre o su hermano, de no teñirse, pintarse, fumar, ni usar ropas de colores brillantes que estuvieran a más de cinco centímetros de los tobillos, de usar por lo menos dos enaguas. No podía pasearse por heladerías del centro ni podía ausentarse de la ciudad sin autorización del presidente del Consejo de Delegados. Además, debía entrar más temprano para tener el aula caliente cuando los niños llegaran y hacer la limpieza del establecimiento, y se agregaban detalles de cómo hacerlo y

3 Op. cit., pág. 5.

4 *Revista del Consejo Nacional de la Mujer*, año 4, número 12, Buenos Aires, marzo de 1999.

con qué frecuencia. La mujer devenida maestra: nuevamente subsumida, denigrada y reprimida⁵.

Para quienes sientan curiosidad encontrarán en las enseñanzas de la falange española para las mujeres un compendio de lo que hasta aquí venimos resaltando. Este compendio incluye también una serie de indicaciones para ser “una buena esposa”.

Lo triste es que lo que allí se dice no fue ni es privativo del franquismo. Allí se afirma que la mujer no posee talento alguno, que sus cualidades son el servilismo y la sumisión por propio deseo. Su destino es ser esposa y madre, pertenecer a un amo, su cónyuge. Esta caracterización encuentra su explicación en que Dios creó al hombre (vale nota que Dios, en este pensamiento, posee un sexo: el masculino) y sólo después pensó en un complemento para él. Por ello le dio la mujer.

Como ya viéramos, estas concepciones están presentes en el diccionario, en las libretas de matrimonio civil y religioso, en los materiales de estudio. Aunque los fundamentos puedan variar, hay amplios sectores que aún sostienen las mismas posturas, siglo a siglo.

De hecho, en la actualidad, la mayor parte de las *publicidades* definen a la mujer como un objeto de belleza, una niña tonta y caprichosa que dilapida el dinero en ropa, peluquería, masajes y maquillaje que no mide las consecuencias de sus actos y que quiere interferir en la relación del hombre con los otros, con sus pares. Otras publicidades se dirigen al ama de casa que alcanza la plenitud de la felicidad y la brillantez gracias a que descubrió un nuevo jabón de lavar la ropa. En otros casos, se trata de la mujer *sexy*, provocativa, cuyo mayor mérito es alguna parte de su anatomía. Todas estas construcciones muestran dos ideas en la mujer: “el” (amor, sexo) o los hijos (familia).

En el *cine* hollywoodense, sobre todo en el del la década de 1950, se manifiesta esta ideología sin ningún tipo de tapujos. La mujer puede ser “la de su casa” o la “prostituida”. Madre abnegada, mujer dependiente del hombre, o mujer “fatal”, simple objeto sexual.

Entremos ahora en una juguetería, miremos: juguetes para cocinar, para barrer, para maquillarse, disfraces (vestidos de princesas, de hadas),

⁵ Consultar el libro *La sección femenina*, extractos del *Manual Formación Político Social para Bachillerato, Comercio y Magisterio*.

libros de cuento, útiles escolares. Observemos el mensaje dirigido a los niños y niñas. Sin duda, notaremos la avalancha de imágenes de jóvenes bellas e indefensas que dependen de la llegada de un príncipe salvador de capa y espada. Este hombre atractivo y valiente las transformará en su princesa. Gracias a él, ellas viven, son felices y mimadas. A los niños se les ofrece autos, pelotas, armas y disfraces de monstruos, de hombres poseedores de súper poderes (Superman, el hombre araña). Munidos de estas herramientas, salvarán a las bellas y si es necesario irán a la guerra por ellas.

Ahora salgamos y miremos la oferta en los kioscos, la gráfica en las revistas. Escuchémonos a nosotras mismas, observemos nuestras enseñanzas a los hijos varones, a las hijas mujeres. Aun con nuestras quejas o “rebeldías” en relación con las tareas de la casa decimos “Él no me ayuda, no colabora”. Esta simple frase asigna un agente a cargo y un auxiliar. La pareja (par) se pierde. La pareja occidental así planteada es, en sus fundamentos, asimétrica, desapareja.

Y todo lo aquí señalado... está sucediendo en pleno 2014.

La ideología es como el agua se cuela por todos los intersticios. Este paneo -diccionarios, libretas, material de estudio, publicidad-, que no pretende ser exhaustivo, en realidad es ínfimo en proporción con la presencia invisibilizada de la discriminación; demuestra que los contenidos expresados en las más diversas fuentes de un mismo período son convergentes. Por otro lado, vemos que estos contenidos divergen con los que pertenecen a diferentes períodos..., pero no siempre substancialmente.

Este discurrir de las representaciones sociales se corresponde en lo cultural con el devenir económico y social; es decir, histórico. Es por ello que enfocaremos nuestra lente hacia el contexto en el que Sigmund Freud desarrolló su teoría.

En la sociedad occidental, a la vez que acontece lo ya señalado, se está produciendo una fuerte transformación, que incluye, entre otras, la modificación del lugar de la mujer, el cual, a su vez, arrastra y reformula el lugar del hombre. Estos movimientos son acompañados por el reconocimiento de la diversidad sexual y por otras formas de familia distintas de la nuclear.

REPRESENTACIONES SOCIALES

Cuando pensamos en las representaciones sociales tendemos a una abstracción y a una generalización que desconocen los cambios (la lógica identitaria, en términos de Castoriadis). Se supone que de esta manera habría una identidad de la representación de la mujer o del hombre, a través de los siglos y en todo Occidente. Evidentemente no es así, ni siquiera en las representaciones que pertenecen a una misma época. Factores tales como la religión, la educación, la cultura, los valores y la inserción económica, social y política actúan produciendo una multiplicidad de representaciones sociales. A esto se suma que cada individuo agrega a la representación aspectos ligados con la tramitación de su historia personal. La singularidad resultante es la brújula que orienta nuestro quehacer. Homogeneizar a nuestros analizantes amparados en teorías de cualquier índole es mala praxis.

El ser humano es naturaleza y es cultura. Cultura e historia personal, en las que la naturaleza forma parte. Se constituye así un continuo inseparable, una banda de Moebius. En esta figura, como ya señaláramos, no hay un adentro ni un afuera, sólo una unidad indisociable. El concepto de representación social abarca lo diverso y de ahí su complejidad¹.

Si hacemos un estudio diacrónico de las representaciones sociales, se evidencia el relevo de unas por otras, el surgimiento de lo nuevo. ¿Qué es lo que da lugar a este movimiento? Serge Moscovici² escribe en su libro *Psicología de las minorías activas*: “La importancia actual de las minorías estriba precisamente en su papel de factores, y a menudo agentes, innovadores”³.

En la sociedad actual, abundan los que defienden el acceso a derechos de los que no debería quedar excluido nadie, las llamadas “minorías”, siempre estigmatizadas por una supuesta mayoría constituida por “algunos hombres blancos” con poderosos intereses en juego. Indudablemente, la sumatoria de las llamadas “minorías” demuestra que son una aplastante

1. De esta noción se ha ocupado Edgard Morín, filósofo y sociólogo francés. Morín, E. *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa, Barcelona, 2004.

2. Serge Moscovici, psicólogo social, nacido en Rumania en 1925, graduado en París, Francia.

3. Cfr. Moscovici, S., *Psicología de las minorías activas*. Ediciones Morata, Madrid, 1981, pág. 260.

mayoría. Nuevamente, la palabra como arma ideológica. La carga intencional al utilizar ciertas palabras -en esta oportunidad, *minorías*- es inducir a creer que se trata de pequeños grupos ilegítimos por su supuesta condición de minoría.

Si hacemos un corte sincrónico de las representaciones, nos asalta el espejismo de la homogeneidad: ésta es una apariencia que la observación más minuciosa desbarata. Es preciso reconocer que dentro de una misma sociedad se produce la ilusión de unificación, aunque ésta no recubra completamente los fenómenos. La noción de identidad y permanencia se hace necesaria para trabajar, para pensar, para la vida cotidiana.

Cuando alguien habla de mujer o de hombre existe la convicción de que hay una significación compartida con el otro. De otra manera quedaría impedida toda comunicación o relación con el semejante. En este sentido, el lenguaje juega un papel fundamental. De hecho, hay significaciones consensuadas que permiten el funcionamiento de una sociedad.

Observemos que las representaciones que emergen del diccionario, del contenido de las libretas de matrimonio o de cualquiera de los ejemplos dados son sistemas de referencia que indican la conducta a seguir y cómo hemos de catalogar a los que se ajusten a sus pautas o a los que se separen de ellas.

Ahora bien, a pesar de las significaciones consensuadas y debido a las *resonancias diferentes* en cada persona, se producen continuamente los llamados “malos entendidos” (señalados por Lacan). El lenguaje es nuestra posibilidad y nuestra cárcel.

El tema de las representaciones está trabajado por Moscovici en su libro *Psicología Social*⁴. Tomaremos de allí algunas nociones que sustentan lo que venimos afirmando.

La representación social, expresa Denise Jodelet⁵, no es duplicado de lo real ni de lo ideal, sino que se produce una elaboración social y psicológica de lo real. Se establece un conocimiento ingenuo compartido. Una relación entre los individuos pertenecientes a un mismo grupo social en sí mismo heteróclito.

4. Cfr. Moscovici, S. *Psicología Social*. Paidós Ibérica, Barcelona, 1986.

5. Denise Jodelet (nacida en 1965, en la ciudad de México), doctora en Psicología Social, de formación psicológica y filosófica.

¿Qué relación guarda la representación con el conocimiento científico? Moscovici señala: “Antiguamente, la ciencia se basaba en el sentido común y hacía que éste resultase menos común; pero actualmente el sentido común es la ciencia hecha común”⁶. La interacción ciencia y representación no es sencilla. Los axiomas de una ciencia, ¿a qué tipo de conocimiento pertenecen? Pensamos que hay que situarlos en su campo específico y trabajarlos desde allí. Es lo que haremos con la teorización de la femineidad que elabora Freud.

El científico, como todo ser humano, está inmerso en el mundo de las representaciones y en ellas interviene lo imaginario, aunque no solamente. Moscovici, citado por Jodelet, al referirse a la estructura de la representación, afirma: “aparece desdoblada, tiene dos caras tan poco dissociables como el anverso y el reverso de una hoja de papel: la cara figurativa y la cara simbólica. Decimos que: representación = figura / sentido, lo que significa que la representación hace que a toda figura corresponda un sentido y a todo sentido corresponda una figura”⁷. El sentido induce la interpretación.

¿Es posible para un científico desarraigarse de las representaciones para la observación de los fenómenos y su interpretación? El concepto de objetividad ha sido y es cuestionado. Los métodos de control científico acotan las desviaciones imaginarias pero no las anulan. El tema es complejo porque los resguardos a tomar no deben significar un límite para lo creativo, necesario en toda investigación

Antes de concluir, provisoriamente, con el tema de la representación, retomemos la cita de Moscovici, que recuerda Robert M. Farr⁸: “Contrariamente a lo que se creía en el siglo pasado, lejos de ser el antídoto de las representaciones y las ideologías, la ciencia es, en realidad, su fuente”⁹. Los descubrimientos de la ciencia tienen consecuencias poderosas para la humanidad. A ello se suma que sus divulgadores (muchas veces de escasa o nula formación) en ocasiones hablan desde la inconsistencia o desde cierta

6. Cfr., op. cit., pág. 506.

7. Cfr. op. cit., pág. 476.

8. Robert M. Farr. Psicólogo e investigador, estudioso de la historia y el desarrollo de la Psicología Social.

9 Cfr. op. cit., pág. 505.

intencionalidad, gravitando en la formación del sentido común. Retengamos: la ciencia fuente de representaciones y de ideología.

Moscovici estudia cómo penetra una ciencia en la sociedad y analiza cómo un conocimiento científico se transforma en representación. En ese sentido, debemos detenernos a reflexionar sobre la manera en la que, en nombre de la ciencia y muchas veces inadvertidamente, se filtra ideología, fortaleciendo representaciones que favorecen determinados intereses.

A modo de ejemplo: el hombre manipula las tierras en la agricultura, tala los árboles, extrae minerales de las profundidades de la Tierra. La dinámica se repite una y otra vez. Los ecologistas levantan su voz debido a los efectos destructivos sobre la vida en y del planeta. Los interesados en explotar esas actividades apelan a investigaciones científicas que demostrarían la ausencia de cualquier tipo de nocividad. A esas supuestas comprobaciones se oponen investigaciones, también científicas, que demuestran lo contrario. El lego queda excluido de la polémica, no tiene elementos para terciar; creyendo que tiene su propio punto de vista, queda expuesto a cualquier tipo de manipulación. Entre tanto, las noxas hacen su tarea.

SINCRONÍA Y DIACRONÍA

Ya hemos señalado que las representaciones sufren profundas modificaciones con el devenir histórico. Sin embargo, producen la ilusión de ser estáticas, únicas e inmutables. El pensador griego Castoriadis¹ se ocupa de este tema en su libro *La institución imaginaria de la sociedad*². Allí resalta la dimensión identitaria, aparentemente atemporal y extra-social, de la institución sociedad, y la opone a la temporal y social. Esta última emerge y se produce de y en un magma imaginario de significaciones sociales que surge del conjunto de los imaginarios radicales. Recordemos que para este autor el imaginario radical del hombre es lo que lo distingue de cualquier

1. Cornelius Castoriadis (1922-1997). Se formó en Derecho, Economía, Filosofía y Psicoanálisis.

2. Castoriadis, C. *La Institución imaginaria de la sociedad*. vol. II, Tusquets Editores, Buenos Aires, 2003.

otro animal. En la representación, entonces, están ambas dimensiones. En una sucinta aproximación a lo desarrollado por el autor explicitamos el imaginario radical como la capacidad continua de la *psique* humana de creación en un *fluir* constante de representaciones, afectos, deseos, formando un magma. Esta posición se conecta indisociablemente con el imaginario social-magma de significaciones imaginarias. Estas representaciones difieren de las representaciones sociales.

Castoriadis piensa la sociedad en relación con el proceso histórico en la que está imbuida y critica a aquellos que recurren al método de extrapolar conceptos para interpretarla³. Señala esta problemática en la afirmación hecha en el libro *Las estructuras elementales de parentesco*, en el cual Levi Strauss manifiesta: “Este peligro lo evitan las formas más complejas de exogamia, como el principio de intercambio generalizado... Entonces sucede con las mujeres lo que sucede con la moneda de intercambio... El surgimiento del pensamiento simbólico debía exigir que las mujeres, así como las palabras, fuesen cosas intercambiables”⁴. Castoriadis señala que el antropólogo traslada la noción de valor de intercambio, entendible dentro de un contexto de una economía capitalista, a un período muy anterior a él. Y que, por añadidura, lo extiende y lo aplica a las mujeres, las palabras y las cosas, generando así grandes confusiones. Agreguemos: una vez más, la mujer es concebida como cosa.

El estudio diacrónico, histórico, de las representaciones sociales se hace necesario para contextualizarlas en un proceso dado. Como resultado, se evidencia el relevo de unas por otras, el surgimiento de lo nuevo y los posibles determinantes que producen este movimiento. Para el individuo no es sencillo comprender las variaciones, dado que la vida de un ser humano, en términos históricos, abarca sólo un instante y los cambios sociales se producen en períodos extensos.

Ya hemos mencionado el espejismo de homogeneidad en las representaciones y que una observación más minuciosa lo desbarata, es decir, pone en evidencia diferentes representaciones que coexisten en el mismo espacio y tiempo. Respecto de nuestro tema en particular, la mujer, la femineidad: ¿hay una sola representación social que represente a todas las mujeres, es

3. Op. cit., pág. 290.

4. Lévi-Strauss, C. *Las estructuras elementales de parentesco*, op. cit., págs. 556 y 574.

decir, a la occidental y a la oriental, a las de diferentes etnias, a las de diferentes posiciones sociales, a las de diferentes períodos históricos, a las de un mismo período histórico pero de variadas pertenencias? Seguramente no. Sin embargo, repetimos, dentro de una misma sociedad se produce la ilusión de la no diferencia. No desconocemos que hay nudos imperantes que constituyen un denominador común para los contemporáneos de una misma sociedad, pero esto no recubre completamente el fenómeno.

Nos hemos detenido en algunos rasgos que caracterizan la representación social de la mujer en la modernidad. Como venimos adelantándolo, seguiremos deteniéndonos en algunos otros ejemplos contemporáneos a Freud.

Trataremos de averiguar si el concepto que se tiene, en la llamada “modernidad”, de este, al menos, cincuenta por ciento de la humanidad, permaneció idéntico desde el origen de esta era. Hemos hallado algunos indicios que adelantan la respuesta. Sin embargo, no deseamos apresurarnos, por lo que profundizaremos nuestras investigaciones. Y, en caso de que la representación se haya modificado, trataremos de acercarnos a alguna de sus posibles causas, quizás las más determinantes (aunque, seguramente, no las únicas).

Hasta aquí hemos recorrido desde distintos lugares la fundamentación de nuestra inquietud epistemológica. Ella encuentra su valor esencial en la praxis y sus consecuencias, así como en la responsabilidad social de las investigaciones que encaramos y de las que debemos hacernos cargo al anunciarlas y enunciarlas. Ahora iremos en busca de la justificación de la respuesta a la pregunta en el tema que nos ocupa (claro está, somos conscientes de que, de alguna manera, hemos preanunciado esta respuesta).

REPRESENTACIÓN DE LA FEMINIDAD EN TIEMPOS FREUDIANOS. LA MODERNIDAD

Dado que Freud era austríaco, acercaremos nuestra mirada a Europa. Para ello acudiremos a la Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea, que reúne sus obras: *La era de la revolución, 1789-1848*; *La era*

*del capital, 1848-1875; La era del imperio, 1875-1914 e Historia del siglo XX*¹. Tomaremos de allí los datos históricos y nos centraremos en los que evidencian la visión de la mujer y de la familia burguesa, visión que, como ya postulamos, coincide con la que Sigmund Freud presenta en su teoría.

Volvemos a remarcar que todo hombre es hijo de su época, aun el que se rebela a ella, aun el innovador. ¿Pero dónde empieza y termina su época? Los límites son difusos. Por otro lado, pensamos que en el hombre más revolucionario y subversivo puede confluír un viraje de 180 grados con aspectos absolutamente retrógrados.

Al nacer, se recibe la impronta de los padres con su pasado, con el presente que les ha tocado vivir y las proyecciones hacia el futuro que hubieran hecho tanto en el plano individual como en el social; los padres, a su vez, condensan lo recibido a través de sus progenitores (abuelos del recién nacido). Cada ser de los que participan en la cadena reúne los tres tiempos por los que transitan -siempre nos referimos al tiempo individual y al social- y la suma del de sus antecesores. Los paradigmas de sus mayores serán los que primero impresionarán la mente infantil incidiendo en la conformación de su subjetividad. En la paulatina salida al mundo recibirá influencias socio-históricas de la actualidad que vive. Cada uno de nosotros es un eslabón más de un complejísimo entramado, que se traslada y transforma parcialmente a lo largo de las distintas generaciones.

En general la gente alude a “su época” refiriéndose a su juventud, nosotros afirmamos que la delimitación de una época depende del grado de permeabilidad, de apertura psíquica al presente y el futuro. ¿Cuál fue la época de Freud? Sin duda, habitó y fue habitado por, llamémosla así, *la era de la modernidad*. En ella hubo sucesos que transformaron el mundo. Ya mencionamos algunos de los más significativos.

Retomando: la Revolución Industrial, que nació en Inglaterra, transformó la economía mundial entre 1780 y 1790. El desarrollo de la producción industrial produjo una “...ilimitada, constante y rápida multiplicación de hombres, bienes y servicios...el despegue *take-off* hacia el crecimiento auto-

1. Hobsbawm, E. J. *La era de la revolución, 1789-1848* (t. I); *La era del capital, 1848-1875* (t. II); *La era del imperio, 1875-1914* (t. III); e *Historia del siglo XX* (t. IV), Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea, Crítica, Buenos Aires, 1998. La numeración en tomos se relaciona con la colección particular que utiliza la autora.

sostenido...”². El motor de la economía inglesa estaba dado por la industria algodonera, subsidiaria de una fuerte política colonizadora. La culminación de este proceso se da en 1840, con la creación de la industria pesada y el ferrocarril.

Por otro lado, la Revolución Francesa transformó al mundo política e ideológicamente. Primero, alcanza al mundo europeo, luego se expande fuera de esos límites.

Según Hobsbawm, el período que va de 1789 a 1848 sienta las bases de la economía capitalista y de las formas políticas y sociales que a ella le convienen. Se fundan los Estados nacionales. Los valores que los rigen, al menos en sus enunciados, son los de libertad, igualdad y fraternidad. La libertad, entendida como libertad individual, va a ser el norte de esta nueva forma de organización política, social y económica.

La promesa que la sustenta es la igualdad de oportunidades para todos. En este proceso, se produce un vuelco del campesinado a las ciudades y aparecen en escena la burguesía y el proletariado. El progreso era el norte para el individuo. Supuestamente, bastaba con el esfuerzo personal para ascender socialmente. La expectativa generalizada fue que el mundo avanzaría a través de la ciencia y de la técnica, regidas por la racionalidad.

Hasta aquí una visión rápida y panorámica del mundo de los padres de Freud, del mundo al que arriba Freud en 1856. Este mundo, aparentemente “igualitario”, dejaba de lado a muchos de sus componentes, entre ellos a las mujeres y a los niños como sujetos de derecho. El llamado “sufragio universal” excluía a las mujeres; es más, al excluirlas de “lo universal”, las tornaba inexistentes. La mujer -en especial, la burguesa³-, quedaba fuera del proceso político y económico (no olvidemos que una de las prescripciones era que la mujer no manejara dinero). Los jefes del hogar, sus maridos, eran los capitalistas que detentaban el poder, y las mujeres dependían de su protección. Recordemos los contenidos, ya vistos, del diccionario, de las libretas de casamiento, los manuales... El perfil de la mujer burguesa nos interesa en particular, ya que se trata de la clase a la que pertenecían Freud y sus pacientes.

Al mismo tiempo, vale mencionar que una gran cantidad de mujeres trabajaba fuera del hogar. Empujadas por la necesidad, entraban y perma-

2. Cfr. ob. cit., t. I, pág. 35.

3. Hablamos en particular de la mujer burguesa, ya que aquellas que accedían al trabajo se encontraban, en cierta forma, obligadas a politizarse.

necían en el circuito económico. A pesar de que aportaban su ganancia, en sus hogares se repetía el modelo de las familias burguesas, con el frecuente agregado de la violencia física, sobre todo en los estratos más empobrecidos y carentes de educación. Respecto de la retribución en sus empleos, primaba la desigualdad con respecto a los hombres, al igual que hoy. Muchas trabajadoras se lanzaron al campo de la lucha política en busca de la equidad. La respuesta que obtuvieron fue la intimidación a través de la cárcel, la tortura e, inclusive, las ejecuciones.

Hay una fecha, 8 de marzo, erigida en el Día Internacional de la Mujer, que conmemora lo sucedido en 1908: las trabajadoras de la textil *Cotton Textile Factory*, de Nueva York, en lucha, fueron encerradas en la fábrica que ocupaban y quemadas vivas. Simbólicamente se extendió a la mujer en general⁴. Volvamos ahora a la mujer burguesa. Ella quedaba encerrada en el “confort” del mundo privado y en el catálogo del “deber ser” explícito e implícito. Debía ser devota, negada al sexo, poco inteligente o, en su defecto, mostrarse poco inteligente, para posibilitar el lucimiento de los maridos. Debía conocer los manuales de etiqueta, garantizar que el personal doméstico (en su mayoría, mujeres) cumpliera con lo que se le asignaba a cambio de reducidos salarios y encargarse del manejo del hogar y de los niños.

La familia se constituía como una unidad jerárquica. Los matrimonios eran llevados a cabo por conveniencia. Al marido no se le exigía la fidelidad, pero sí a la mujer. Esta forma de organización encuentra su explicación en las leyes por herencia paterna, como lo explica Friedrich Engels en su trabajo *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*.

A la madre de familia respetable (negada al sexo) se le contraponía la amante, objeto de pasión. En el surgimiento de la sociedad burguesa, en relación con la conformación de los matrimonios, se tendía a reprimir el amor y la pasión. Ambos eran peligrosos para la constitución de uniones promisorias en lo económico y, por lo tanto, inconvenientes para la consolidación de las fortunas y el ascenso social⁵. La familia era la unidad social básica, también en términos económicos.

Las prostitutas eran “las adecuadas” para las descargas sexuales de los hombres. Una parte de las mujeres del campesinado pauperizado que migró

4. Lo mismo ocurre con el Día Internacional del Trabajador, el 1° de Mayo, instaurado para conmemorar los sucesos acaecidos en 1886.

5. Cfr. Foucault, M. y otros. *Sexualidades occidentales*, Paidós Studio, Buenos Aires, 1987.

a las ciudades en busca de la supervivencia, caían en este oficio llevadas por el hambre o bien se empleaban como domésticas. En este último caso, en numerosas ocasiones quedaban embarazadas de sus patronos, por lo que eran escarnecidas por sus patronas y echadas a la calle.

En la actualidad, existen leyes contra el acoso sexual. Sin embargo, aún son pocas las mujeres que recurren a ellas, entre otros motivos, porque la sospecha, de manera implícita o explícita, recae sobre las denunciadas. Al igual que cuando son objeto de violencia, de violación. El sufrimiento se ve agravado ante el hecho de no ser escuchadas, estigmatizadas y, nuevamente, maltratadas.

MUJERES SOBRESALIENTES

Desde tiempos inmemoriales, no pocas mujeres se orientaron hacia el arte, la ciencia, la invención, la política e incluso el combate. Muchas de ellas, la gran mayoría, quedaron en el anonimato o sus aportes fueron ignorados o plagiados, otras fueron perseguidas, condenadas y asesinadas. Lamentablemente, gran parte de esta historia permanece desconocida para nosotros.

A posteriori algunas fueron reconocidas y recibieron diversas distinciones, como el Premio Nobel. Es imposible mencionar a todas ellas; sólo recordaremos a algunas a modo de testimonio de lo que aquí sostenemos. Según gran parte de la historia oficial, las mujeres brillaban por su ausencia en estos rubros. Sin embargo la obra de muchas de ellas marcó una huella en la humanidad. Las elegimos, entonces, por dos motivos: por un lado, como homenaje y por otro, debido a que por la cercanía geográfica o temporal, estuvieron al alcance del conocimiento de Freud.

Comenzaremos la enumeración con el arco temporal que va del año 1789 al año 1848: Mme. de Stäel, George Sand, las pintoras Mme. Vigée-Lebrum y Angélica Kauffman, en Francia; Betina von Arnim, Annette von Droste-Huelshoff, en Alemania... Fanny Burney, Mrs. Radcliffe, Jane Austen, Mrs. Gaskell y las hermanas Brontë pertenecen total o parcialmente a esta época, lo mismo que la poetisa Elizabeth Barrett Browning¹.

1. Cfr. Hobsbawm, E. J. *La era de la revolución, 1789-1848* (t. I), op. cit., pág. 266.

Entrando ya en el siglo XX, encontramos a la reina Victoria (1819-1901), Florence Nightingale (1820- 1910), Louise May Alcott (1832-1888), Lou Andreas Salomé (1867-1931), Beatrix Potter (1866-1943), María Montessori (1870-1952), Marie Curie (1867-1934), Rosa de Luxemburgo (1871-1919), Isadora Duncan (1877-1927), Emily Davidson (1782-1913), Edith Cavell (1865-1915), Dolores Ibarruri (1895-1989), Emily Dickinson (1830-1886), Agatha Christie (1890-1996), Marlene Dietrich (1901-1992), Virginia Woolf (1882-1941), Melanie Klein (1882-1960), Irene Juliot Curie (1897-1956), Karen Horney (1885-1952), Edith Piaf (1915-1963), Rosalind Franklin (1920- 1958)².

Remarquemos que las mencionadas y muchas otras que sobresalían del conjunto fueron anteriores o contemporáneas a Freud.

En Latinoamérica, en Estados Unidos, en Europa toda, hubo mujeres músicas, compositoras, cineastas, actrices, cantantes, literatas..., en fin, dedicadas a las distintas ramas del arte. También hubo quienes transitaron por el campo científico: físicas, químicas, biólogas, médicas, astrónomas, investigadoras, descubridoras, inventoras. Incluso la política, en sus diversas formas, tampoco pudo obviarlas. No es ningún secreto que quienes sobresalen del conjunto son la punta visible de un movimiento muy amplio.

A pesar de las condiciones adversas en las que se desenvolvía (y aún hoy se desenvuelve) la mujer, muchas vieron coronados su tesón, valor y talento con premios respetados y reconocidos.

Cuando se abrió el camino de la educación formal para la mujer, muchísimas se volcaron con entusiasmo a las aulas. En muchos lugares de Europa, se alfabetizaron antes que el hombre y fueron un fuerte estímulo para que sus hijos lo hicieran. Según Hobsbawm, esto podría ser la resultante del empleo de las campesinas en las casas de clase media y media baja; seguramente observaron las perspectivas disímiles entre sus hijos y de los “niños de la casa”; y aprendieron a proveerse y dotar a su progenie de instrumentos para un futuro más promisorio. En la Argentina, este ideal se puede graficar con un dicho popular en los albores del siglo XX: “M’hijo, el doctor”³. Ningún esfuerzo era excesivo en el seno de estas familias con tal de lograr la educación de los hijos.

2. Cfr. AA.VV., *La mujer en el tiempo*. Océano, México, 2008.

3. *M’hijo, el doctor* es una afamada obra teatral, escrita por Florencio Sánchez en 1903.

LOS VALORES BURGUESES

Citaremos ahora algunos párrafos de *La era del capital, 1848-1875*, de Hobsbawm, ya que nos parecen iluminadores de los valores burgueses imperantes en los que se formó Freud¹.

“Sabéis que pertenecemos a un siglo en que el hombre sólo se valora por lo que es. Todos los días algún patrón, sin la suficiente energía o seriedad, es obligado a descender los escalones de una jerarquía social que le parecía permanentemente suya, y toma su puesto cualquier dependiente inteligente y animoso» (Mme. Motte-Bossut a su hijo, 1856)”². Notemos que estas palabras que cita el historiador fueron escritas el año del nacimiento de Freud.

Así se aleccionaba a los hijos varones para que cumplieran el rol que se destinaba para ellos. En esta sociedad jerárquica, el lugar a ocupar dependía, supuestamente, del esfuerzo y la inteligencia personal.

En alusión a la autoridad, al rol paterno y a las jerarquías intrafamiliares, encontramos: “Allí, con firme juicio gobierna con acierto el padre, marido y señor. Colmándolo de prosperidad como guardián, guía o juez”³.

En relación con la mujer, Hobsbawm recupera las palabras del filósofo británico Martin Tupper (1810-1889), quien expresa: “el ángel bueno del hogar, la madre, esposa y señora... Cuyo oficio, según el gran Ruskin, consistía en: I. Complacer a su gente. II. Alimentarla con ricos manjares. III. Vestirla. IV. Mantenerla en orden. V. Enseñarla”⁴.

1. Como ya expresáramos anteriormente, invitamos a no perder de vista que tales valores no eran los únicos que campeaban en esa época.

2. Cfr. Hobsbawm, E. J. *La era del capital, 1848-1875* (t. II), op. cit., pág. 239, quien cita la recuperación de Trénard, L., en “Un Industrial roubaisien du XIX siècle”, *Revue du Nord*, 50 (1968), pág. 38.

3. Op. cit., t. II, pág. 246, cita de Tupper, Martin, *Proverbial Philosophy*, 1876, “Of Home”, pág. 361.

4. Op. cit., t. II, págs. 246 y 362. Hobsbawm recupera las palabras del sociólogo británico John Ruskin (1819-1900) en su carta “Fors Clarigera”, citadas, a su vez, por Cook, E. T. y Wedderburn, A. (eds.), *Collected Works*, vol. 27, Londres-Nueva York, 1903-1912, carta 34.

“...Como dice Charles Kingsley: «Sé buena, dulce sierva, y deja que él sea inteligente»”⁵; “...su inferioridad con respecto al hombre debía ser demostrable: ¿tiene acaso juicio? Este es un gran valor, pero hay que cuidar que no exceda el tuyo. Pues la mujer debe estar sometida y el verdadero dominio es el de la inteligencia”⁶.

El hogar debía ser el reposo del guerrero; a él llegaba a descansar el hombre luego de su dura lucha en el mundo externo, competitivo y feroz. El mundo del trabajo se describía con metáforas relacionadas con la guerra. Por el contrario, el del hogar era descrito con metáforas alusivas a la paz. En síntesis, la función de la esposa y de los hijos pasaba por complacer al padre y marido, que retornaba del exterior hostil.

El éxito, el poder económico y social del hombre que presidía la casa, se simbolizaba mediante diversos indicios tales como: la esposa ataviada con la ropa en boga, el aspecto de la casa, la posesión de un piano, la cantidad de personal doméstico. La sociedad burguesa reforzó la sociedad patriarcal⁷.

Ante este estado de cosas, se produce “los comienzos de un movimiento sistemático feminista”⁸. En *La era del imperio*, el historiador remarca la mejora de la situación de las mujeres, en especial de las nacidas en 1860⁹. En el capítulo VIII de este volumen justifica el estudio de la historia de la mitad de la humanidad a través de un grupo limitado como es el de la clase media. Explica que la emancipación de la mujer fue iniciada y desarrollada, sobre todo, por las mujeres de clase media y, en menor número, por las pertenecientes a los estratos más elevados.

5. Op. cit., t. II, pág. 247. Hobsbawm retoma las palabras de Charles Kingsley (1819-1875), novelista británico.

6. Op. cit., t. II, pág. 247, tomado por el historiador de Tupper, M., op. cit., “Of Marriage”, pág. 118.

7. Op. cit., t. II, pág. 248.

8. Op. cit., t. II, pág. 249.

9. Hobsbawm, E. J. *La era del imperio, 1875-1914* (t. III), op. cit., pág. 201.

Hobsbawm señala este importante cambio: “...Fue un fenómeno modesto, aunque este período dio a luz un número de mujeres reducido pero sin precedentes que eran activas y que se distinguieron de forma extraordinaria en determinados campos reservados hasta entonces a los hombres:... La acción de pioneras, Curie, Luxemburgo, Web, no pasó inadvertida a hombres de la talla de Henrik Ibsen o Bernard Shaw”¹⁰.

En 1907, en las Actas de la Vienna Psychoanalytical Society, se escribía: “en opinión de Freud, es cierto que la mujer nada consigue estudiando y que en conjunto la suerte de la mujer no mejorará de esa forma. Además, la mujer no puede igualar los logros del hombre en la sublimación de la sexualidad”¹¹. El proceso de industrialización separó las funciones familiares del trabajo. La economía doméstica, familiar, se fue perdiendo, con lo que la mujer quedó excluida de la economía pública reconocida y se le agregó una nueva dependencia con respecto al hombre. Se instaló un modelo de división sexual-económico. Si la mujer trabajaba, sus ingresos eran secundarios con respecto al principal, que debía ser provisto por el jefe de familia y alcanzar para el sustento de todos. En el seno de la clase media, estos valores conllevaron a que se evitara el trabajo de la esposa en el ámbito exterior, ya que significaba el desmérito del marido, que parecía incapaz de darles “un buen pasar a los suyos”, y una caída del estatus. La alternativa de la mujer se relacionaba, entonces, con los “buenos casamientos”.

Hacia fines del siglo XIX, muchas señoras casadas aportaban económicamente al hogar. El dinero lo obtenían, principalmente, a través de quehaceres que no eran considerados distintos de los domésticos. En cuanto a su lugar en la industria, se desempeñaban en el sector textil y la manufactura de alimentos. El trabajo doméstico, en el hogar, no era

10. Cfr. op. cit., t. III, pág. 203. Cabe destacar, en relación con la cita, que en 1879 Henrik Ibsen escribe *Casa de muñecas*, donde se sugiere un fuerte cuestionamiento a las normas matrimoniales del siglo XIX.

11. Op. cit., t. III, pág. 201, citando a Numberg, H. y Federn, E. (eds.), *Minutes of the Vienna Psychoanalytical Society*, I: 1906-1908, Nueva York, 1962, págs. 199-200.

considerado trabajo. La exclusión de las mujeres de lo entendido como “laboral” masculinizó el mundo de los negocios.

La mujer relegada al ámbito privado era considerada apta sólo para eso: allí era la reina, la jefa de hijos y de “empleadas”, en caso de que las hubiera, hasta que llegaba el hombre de la casa. La política les era negada. El argumento para relegarlas de lo laboral era que la naturaleza las había conformado para madres y esposas. En resumen, a lo largo de este recorrido comprobamos que las evidencias que nos brindan las libretas de matrimonio, los diccionarios, los manuales escolares, las instrucciones franquistas a las mujeres..., son la expresión de lo que se pontificaba sin ambages ni pudor alguno desde el surgimiento del patriarcalismo y que predicaban los voceros de la burguesía en épocas freudianas. Ahora bien, vale aclarar que en cada momento histórico el patriarcalismo adquiere rasgos distintos y que, obviamente, su origen no data del siglo XIX.

El darwinismo social¹² sirvió para legitimar el dominio de clase debido a una -supuesta- superioridad causada por la selección natural a través de los genes. Este argumento se utilizó para justificar la desigualdad en tanto había miembros en la sociedad más evolucionados (más aptos) que el resto, pertenecientes a un estadio superior. En consecuencia, los demás debían someterse y aceptar su propia inferioridad. En este orden de cosas, la mujer y el obrero debían reconocer esta “verdad”, y mostrarse satisfechos e, incluso, agradecidos con el superior¹³.

La ciencia y la ideología no cesan de interrelacionarse a lo largo de la historia. Hobsbawm no deja de señalar que la relación hombre-mujer simboliza fuertemente el punto de vista del mundo burgués¹⁴. Y que la *ciencia* era el fundamento al que se acudía para sustentar una determinada *ideología*¹⁵.

12. Charles Darwin (1809-1882), naturalista inglés, quien postuló la *Teoría de la evolución y la selección natural*.

13. Hobsbawm, E. J. *La era del capital, 1848-1875* (t. II), op. cit., pág. 256.

14. Op. cit., t. II, pág. 256.

15. Op. cit., t. II, pág. 254.

CAMBIOS QUE GRAVITARON FUERTEMENTE EN LA MUJER

En el mundo desarrollado a partir de las últimas décadas del siglo XIX, disminuyó la natalidad, lo que trajo aparejado importantes consecuencias¹. Hay claros indicios de que los medios para lograrlo fueron, sobre todo, el *coito interruptus* o la abstinencia sexual, cuestión que Freud menciona cuando habla de las neurosis contemporáneas. La motivación de estas prácticas era alcanzar un mejor nivel de vida y brindarles un mayor nivel educativo a los hijos.

Los avances tecnológicos y los avatares económicos también incidieron en el panorama de la mujer: aparecieron puestos de trabajo que fueron ocupados por ellas en el ámbito de la enseñanza, en oficinas y tiendas².

Dentro de la clase media, la posición social de la mujer comenzó a cambiar notablemente. El proceso de liberalización se relacionó, entre otras cosas, con el hecho de que muchas jóvenes accedieron a estudios que las capacitaban para insertarse laboralmente. A su vez, la dinámica del capitalismo acentuó las campañas publicitarias dirigidas a ellas (ponían -y ponen, hasta el presente-el acento en adminículos para la belleza o las tareas domésticas).

Consignemos un dato de nuestro interés: en Austria, lugar de origen de Freud, para 1914 las estudiantes universitarias alcanzaban la cifra de 2700. Habían comenzado a ser aceptadas en las universidades a partir de 1897 (en otros países, el ingreso de las mujeres en el ámbito universitario se había dado ya en la década de 1860)³.

Luego de la Primera Guerra, de acuerdo con las nuevas necesidades y producto de los cambios en la forma de vida, se modificaron diversos aspectos, como la vestimenta; el deporte, los clubes y los centros de vacaciones abrieron sus puertas para ellas.

1. Cfr. op. cit., vol. III, cap. VIII.

2. Cfr. op. cit., t. III, pág. 211.

3. Cfr. op. cit., t. III, pág. 214.

Hacia 1914, las costumbres relacionadas con la mujer y sus vínculos con el otro sexo se habían modificado parcialmente. La sensualidad y sexualidad de la mujer comenzaba a ser reconocida. Hobsbawm observa: “La Viena de fin de siglo, ese notable laboratorio de psicología moderna, aporta el reconocimiento más sofisticado e ilimitado de la sexualidad femenina. Los retratos de Klimt de mujeres vienesas, por no mencionar los de las mujeres en general, son imágenes de personas con poderosos intereses eróticos propios más que simplemente imágenes de los sueños sexuales de los hombres. Sería muy extraño que no reflejaran una parte de la realidad sexual de las clases media y alta del imperio de los Habsburgo”⁴.

La participación en los movimientos feministas, y los de emancipación en general se incrementó, así como en los partidos socialistas y obreros. A mediados de 1920, en el Partido Socialdemócrata austríaco casi el 30% de sus afiliados eran mujeres⁵. A pesar de lo apuntado, Hobsbawm marca contradicciones internas a los movimientos como la que se produjo entre las feministas que bregaban por el derecho al voto y otras medidas emancipadoras y los partidos obreros y socialistas, que las apoyaban teóricamente, en la práctica, la situación hombre-mujer seguía siendo la tradicional aun entre los revolucionarios. Dentro de algunos sectores de izquierda como entre los liberales, se produjo una resistencia a la igualdad de la mujer.⁶

4. Op. cit., t. III, pág. 217.

5. Cfr. op. cit., t. III, pág. 221.

6. Para quienes deseen tener una ampliación de lo aquí puntuado, recomendamos leer el capítulo VIII de *La era del imperio*, op. cit.

MODERNIDAD Y JUDAÍSMO¹

Deseamos aclarar que no compartimos la idea de un determinismo a ultranza y que tampoco pensamos que es posible un pensamiento absolutamente autónomo. Lo revolucionario es un giro de 180 grados a partir de un punto dado del suceder histórico. Por ende, establecer a qué mundo arriba Freud nos bridará indicios consistentes para el análisis de su obra.

La Revolución Francesa y la Revolución Industrial inglesa ya habían acontecido cuando Freud nació. Sus lineamientos fueron seguidos, clara y tempranamente, por las familias judías, especialmente las de Europa oriental y central².

Con el surgimiento de la industria capitalista y de la sociedad burguesa-liberal, se impone la creencia de la prosperidad individual. Una nueva religión asoma al mundo: la razón. Ésta aparece omnipotente, salvadora, garante del orden y el progreso. Será la guía de la ciencia y de la técnica. La economía, la producción y el comercio le deben mucho a sus avances.

El pensamiento ilustrado del siglo XVIII se irguió contra los valores religiosos de la Edad Media. En este sentido, Hobsbawm diferencia la ideología de la Ilustración -que pretende libres a todos los seres humanos- y la de la clase media, sustentadora de un orden burgués y capitalista.

Para 1830 se habían producido grandes cambios económicos, políticos, sociales, ideológicos y artísticos. El poder burgués triunfa sobre el poder aristocrático en toda Europa occidental. La clase dirigente es constituida por banqueros, industriales y altos funcionarios civiles. Los nuevos ricos, que acumularon (y se consolidaron) como clase: en los comienzos, fueron imitadores de la aristocracia en sus formas, pero, a la vez, pragmáticos, empiristas, utilitaristas, sin educación, puritanos, ahorrativos e hipócritas. Confiaban en el liberalismo y en el emprendimiento privado. En cuanto a sus mujeres, ya nos extendimos suficientemente.

Tomemos una cita que representa la realidad imperante: “La época en que la baronesa de Rothschild llevaba joyas por valor de millón y medio de francos al baile de máscaras del duque de Orleans (1842) era la misma en

1. Al igual que en los apartados anteriores, también en este tema nos guiaremos según lo desarrollado por Hobsbawm.

2. Cfr. op. cit., t. I, pág. 194.

que John Bright describía a las mujeres de Rochdale: «Dos mil mujeres y muchachas pasaban por las calles cantando himnos; era un espectáculo singular e impresionante, casi sublime. Terriblemente hambrientas, devoraban una hogaza con avidez indescriptible. Si el pan hubiera estado cubierto de fango, lo habrían devorado igual»³.

Es pertinente agregar que simultáneamente se produce una movilidad social basada en el trabajo (el comercio) o el estudio (las profesiones liberales). Es el momento de las grandes verdades, de los grandes relatos. La filosofía, las artes, la organización social, quedan atravesadas por este discurso. Los estados nacionales laicos, la familia nuclear y el patriarcado constituyen la base de este edificio. La educación, el reaseguro de estos valores.

¿Por qué nos detenemos en las características de este momento? Porque muchos de los ideales aquí enunciados fueron abrazados por el creador del psicoanálisis.

Freud nació en una familia judía. Una parte del judaísmo va a ver en la sociedad moderna y en los valores imperantes en el liberalismo una posibilidad de integración, de asimilación cultural, de igualdad⁴. La familia de Freud fue un fiel exponente de este grupo. Él mismo lo fue. En su obra *La interpretación de los sueños* menciona su deseo de ser nombrado profesor universitario, cargo altamente valorado por el burgués liberal, y su temor a ser rechazado por razones confesionales⁵.

El historiador Hobsbawm nos permite comprender este fenómeno: “Ningún grupo de la población acogió con mayor efusión la apertura de las carreras al talento de cualquier clase que fuese, que aquellas minorías que en otros tiempos estuvieron al margen de ellas no sólo por su nacimiento sino por sufrir una discriminación oficial y colectiva. El entusiasmo con que los protestantes franceses se lanzaron a la vida pública durante y después de la Revolución, fue superado tan sólo por la volcánica erupción de talento entre los judíos occidentales. Antes de la emancipación que preparó el racionalismo del siglo XVIII y trajo la Revolución Francesa, sólo había dos caminos de ascensión para los judíos: el comercio o las finanzas y la interpretación de la ley sagrada; y ambos los confinaban en sus cerradas

3. Op. cit., t. I, pág. 211, citando a McCord, N., *The Anti-CornLaw League*, 1958, pág. 127.

4. Op. cit., t. I, págs. 200-202.

5. Cfr. Freud, S. *La interpretación de los sueños*, 1900, págs.158-159.

comunidades -los guetos-, de las que sólo un puñado de «judíos cortesanos» u otros hombres ricos emergían a medias, evitando -incluso en Inglaterra y Holanda- presentarse demasiado a la peligrosa y antipopular luz de la celebridad. Tal aparición no era impopular sólo entre los brutales y ebrios no creyentes que, en conjunto, se oponían a aceptar la emancipación de los judíos. Siglos de opresión social habían encerrado al gueto en sí mismo, rechazando cualquier paso fuera de sus rígidas ortodoxias como apostasía y traición. Los precursores de la liberalización de los judíos en Alemania y Austria en el siglo XVIII, sobre todo Moses Mendelssohn (1729-1786), fueron calificados de desertores y ateos por sus correligionarios”⁶.

“Los Rothschild, reyes del judaísmo internacional, no sólo fueron ricos (...). Ahora podía vérselos ocupar también una posición proporcionada a su riqueza e incluso aspirar a la nobleza que los príncipes europeos empezaron a concederles en 1816. (En 1823 serían promovidos barones hereditarios por los Habsburgo.)”⁷.

El deseo de asimilarse, de integrarse a la sociedad en que se vive es absolutamente válido. Cualquier “minoría” puede dar fe de ello. Se constata, lamentablemente, de manera casi universal, que así como la nueva burguesía ansiaba parecerse a la aristocracia, las clases menos encumbradas deseaban y desean parecerse a las más encumbradas, y las mal llamadas “minorías”, a las igualmente mal llamadas “mayorías”. Esta dinámica cobra tal fuerza que, la mayoría de las veces, tanto las clases menos encumbradas como las “minorías” son cooptadas por valores ajenos, manipuladas y utilizadas en contra de sus propios intereses. Más adelante, volveremos sobre este tema a propósito de la mujer.

LAS ILUSIONES DEL PARADIGMA DE LA MODERNIDAD

En la actualidad, hay un abanico de posiciones en cuanto a la persistencia de los grandes relatos de la modernidad. Abarcan un amplio espectro, que va desde su desaparición hasta su vigencia, a escalas hipertróficas.

6. Hobsbawm, E. J. *La era de la revolución* (t. I), op. cit., pág. 200.

7. Op. cit., t. I, pág. 201.

Desde hace un tiempo se escuchan palabras que intentan ponerle un rótulo a los cambios observables en la cultura occidental: posmodernidad, modernidad exacerbada. Lo cierto es que no se duda de que se está produciendo el resquebrajamiento o la ruptura, según algunos estudiosos del tema, o la hipertrofia, según otros, de muchos de los paradigmas imperantes en la modernidad.

Recordemos algunos de esos paradigmas, focalizándonos esencialmente en los de carácter científico.

La Época Moderna tuvo su comienzo en el Renacimiento. Se caracterizó por la reacción a los principios escolásticos propios de la Edad Media. El hombre pasó a ser el sujeto del conocimiento y la razón ocupó un lugar rector. Las ciencias, las artes, la filosofía, vieron sacudidos sus basamentos tradicionales.

En este contexto, Auguste Comte¹ elaboró su filosofía: el positivismo, como el estadio en el que las ciencias, con sus leyes y relaciones constantes, dominan el campo del saber. En este estadio, la humanidad alcanza la adultez. Según él, la teología y la metafísica fueron la infancia de la humanidad.

El hombre moderno adoró la razón. Pensó que, guiado por ella, avanzaría continuamente. Se creyó el completo dueño de sus actos, ignoró lo irracional (para la psicología de aquel entonces, lo psíquico, la conciencia y el conocimiento coincidían) y supuso que con los avances científicos y técnicos llegaría al orden y al progreso. Los hombres modernos pensaron que concretarían al fin el sueño de libertad, igualdad y fraternidad para la humanidad.

Si bien estos paradigmas parecían orientados a corregir la desigualdad, en los hechos lo que impulsó la burguesía fue el binarismo. Dividía el mundo en razas superiores y razas inferiores; en estratos sociales altos y bajos; en instruidos e ignorantes; en civilización y barbarie; en naturaleza y cultura. El binarismo requiere de la disyunción, la jerarquía, la oposición complementaria. No hay lugar para la conjunción, la diversidad, en el pensamiento binario, un polo necesita, indefectiblemente, del otro.

1. Auguste Comte (1798-1853). Pensador francés, considerado el padre del positivismo.

FREUD Y EL POSITIVISMO

Freud y Jung investigaron sobre la religión y la creencia. La divergencia que surgió entre ambos autores respondió a visiones diferentes del hombre y del mundo.

En el trabajo de Jung “La contraposición entre Freud y Jung” (publicado en 1929), este autor le critica a Freud su incapacidad para entender la vivencia religiosa. Para Freud, intentar explicar o aclarar la función religiosa carecía de sentido de realidad. Jung, en cambio ubicó a la ciencia como una de las funciones del alma o, lo que es lo mismo, le da un valor relativo; y no así a la función religiosa.

En *El porvenir de una ilusión*, de 1927, Freud manifestó que la ilusión deriva de los deseos humanos. Sostuvo que las doctrinas religiosas se asientan en el sentimiento de desamparo que padece el hombre frente a la potencia de la naturaleza, las privaciones que le inflige la cultura que lo alberga, la inclemencia de la muerte. Desvalido, busca amparo en la fe. Propuso intentar una educación laica para probar si el hombre puede superar mejor el infantilismo que lo empuja a abrazar una religión (lo que nos reenvía a la teoría de Comte). Freud admitió que es difícil no perseguir una ilusión y que sus propias esperanzas pueden ser ilusorias. Destronó en su propuesta a la religión y entronizó a la razón y a la ciencia; se arriesgó a postular que la fe en ellas no es de carácter religioso, dado que sus éxitos la justifican.

Explicitó la esperanza de que, en un futuro distante, la humanidad, bajo el influjo del intelecto, alcance la adultez y domine sus pasiones. Esta aspiración también está en línea con la concepción de Comte sobre el estadio positivista y la adultez de la humanidad. De hecho, en muchos momentos de su obra deja asentado el anhelo de que su ciencia se ajuste en un futuro a las leyes del positivismo¹.

1. Sin embargo, a pesar de estas afirmaciones, a lo largo de su recorrido rompe numerosas veces con la visión positivista. Lo hace cuando, en 1900, teoriza el inconsciente y le da el estatuto de sistema; cuando demuestra que psíquico, consciente y conocimiento no son equivalentes; cuando señala que el yo no es el dueño de su propia casa; cuando escribe sobre la fuerza incoercible del deseo, la acción muda y permanente de las pulsiones y las determinaciones inconscientes. Como vemos, Freud, como cualquier otro autor, no está exento de contradicciones. Los seres humanos, entre ellos los investigadores buscan certidumbres y, paradójicamente, suelen caer bajo la seducción de aquellas que contribuyeron a derrotar. Lo que no invalida su contribución a la ciencia.

La certidumbre la otorga alguien o a algo visualizado por encima de todo poder terrenal y que provee de creencias, de ilusiones. Lacan afirmó: “Dios es inconsciente.

Dios puede llamarse de muchas formas; cada uno tiene que descubrir qué nombre le ha puesto al suyo”.

LA DESILUSIÓN DEL PARADIGMA

Las expectativas en los paradigmas de la modernidad se vieron defraudadas.

Las grandes crisis económicas hundieron en terribles hambrunas a la mayor parte de la humanidad. Las desigualdades persistieron: “...la brecha entre ricos y pobres era cada vez más ancha y más visible”¹. Al fragor del crecimiento industrial, se multiplicaron las ganancias de algunos y los padecimientos para otros, los trabajadores².

Las grandes migraciones del campo a la ciudad, de un territorio a otro de Europa, o de Europa a otros continentes -en especial, a América-, el crecimiento urbano anárquico, las pestes, las calamidades en las cosechas, el crecimiento demográfico, el desarrollo industrial con sus variadas consecuencias, las luchas políticas e ideológicas, eran el magma en que se desarrollaban los efectos de la Revoluciones Industrial y Francesa. Se recrudecieron las revueltas entre los sectores sociales más afectados, que buscaban establecer una mínima dignidad para su vida. Con la redistribución de la población, en especial el campesinado que intentaba subsistir en la ciudad y, al hacerlo, se desarraigaba de sus valores esenciales, la tierra y sus tradiciones. En la actualidad este fenómeno persiste y lo indeseable del desarraigo, en diferentes aspectos, se produce con los migrantes externos e internos. Por su parte, la industria ofrecía pésimas condiciones laborales y salarios mínimos. Los sectores urbanos y los devenidos urbanos

1. Hobsbawm, E. J. Op. cit, t. I, pág. 211.

2. Se buscaron maximizar los beneficios mediante la reducción de los salarios; por las mismas razones, se emplearon mujeres y niños, en tanto más dóciles y más baratos.

más desposeídos se volcaron al alcohol y a la prostitución³. (Vale aclarar que los cambios que se van produciendo en el mundo no son sincrónicos ni uniformes. Varían tanto los tiempos en los que se producen como las condiciones de las parten.)

La Primera Guerra Mundial le costó la vida a veinte millones de personas. La Segunda Guerra, a cincuenta millones. Las esperanzas de la modernidad se vieron doblegadas. Las creencias que alimentaban el entusiasmo y la fe en el futuro comenzaron a derrumbarse. Quedó en total evidencia que la ciencia y la técnica podían ser tanto benéficas como destructivas, según quienes las manejaran. Podían mejorar la calidad y las expectativas de vida, pero también crear una bomba que acabara con la vida y el futuro de miles de personas en escasos minutos.

Las naciones se habían transformado en peligrosas unas para otras. Los desastres ecológicos se rebelaron como una amenaza concreta para el globo terráqueo y sus moradores. La educación no garantizaba nada de lo esperado.

Las ilusiones y los paradigmas que las alimentaban comenzaron a decaer. Los hombres y mujeres que los habían sostenido sintieron el peso del desaliento.

Este suceder histórico fue el marco de la vida y la producción científica freudiana. Resumimos de ese recorrido lo que consideramos más importante y relacionado con el autor y la problemática tratada en este trabajo. Incluimos algunos hechos que precedieron a Freud, dado que gravitaban aún en sus tiempos más productivos y, por ende, con capacidad de incidencia en su quehacer. Desarrollamos este trayecto con la convicción de que nos será necesario para la comparación que haremos de las representaciones sociales respecto de las afirmaciones del autor.

Freud murió exiliado en Inglaterra en 1939, en los albores de la Segunda Guerra. Adelantamos que, hasta sus últimos escritos, que datan de 1938, su postura teórica en relación con la masculinidad y la femineidad permaneció incólume. Aparentemente, nada de lo acaecido lo interpeló o lo hizo vacilar.

3. No perdamos de vista lo afirmado anteriormente. Subrayamos que convivían estos efectos de las migraciones con el crecimiento de diversos movimientos de emancipación y el de fuerzas políticas tales como el Socialismo y el Anarquismo.

LA MUJER Y EL PATRIARCALISMO

Ya en tiempos de Freud, la etnografía había demostrado que la familia hoy denominada “nuclear” no se había dado en todos los períodos de la historia.

Friedrich Engels¹, en su trabajo *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*², realizó un recorrido histórico a partir de las contribuciones de distintos autores en relación con la familia, el patriarcalismo y el rol de la mujer. Entre ellos, retoma la obra *Historia del matrimonio humano*, del antropólogo, sociólogo y filósofo finlandés Westermarck, que había sido editada en 1891³. Engels analizó el tema desde la óptica marxista; estudió de qué modo el aumento de la producción, que derivó en el enriquecimiento del hombre, llevó a la modificación de la sociedad, la familia y la relación entre los sexos.

Leyendo a este autor, podemos concluir que el hombre, con su inteligencia, logró mejorar sus condiciones de vida. Pero, paradójicamente, cuando consiguió un excedente, un plus que iba más allá de lo que necesitaba para vivir, lo utilizó como poder sobre los más pobres. El enriquecimiento pareció (y parece) despertar una voracidad insaciable en él.

Este pensador planteó que el Estado surgió para defender a los más poderosos y sus bienes. En suma, para defender la propiedad privada bajo una apariencia de ecuanimidad en una sociedad de clases.

En el prefacio a la primera edición de su obra, en 1884, afirma que el régimen familiar está sometido a las relaciones de propiedad⁴. La historia del matrimonio en Occidente es bastante ilustrativa al respecto.

Para Engels, en la sociedad industrial, la familia es una réplica de la lucha de clases: a la mujer le corresponde el papel del proletariado y al hombre, el del burgués. En el prefacio a la cuarta edición, en 1891, observa

1. Friedrich Engels. (1820-1895). Nacido en Prusia y contemporáneo a Marx, fue uno de los más destacados pensadores socialistas.

2. Engels, F. *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Nuestra América Editorial, Buenos Aires, 2004.

3 El trabajo de Edward Westermarck (1862-1939) *Historia del matrimonio humano*, de 1891, había alcanzado su quinta edición en 1921 y poseía traducciones al japonés, sueco, francés, alemán, italiano y español. Freud también se refiere a este autor, en el t. XIII de *Tótem y tabú* (obras completas), op. cit., págs.64-65, 67 y 125.

4 Cfr. Engels, F. *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, op. cit., pág. 2.

que hasta 1860 parecía que la familia siempre había sido patriarcal pero que, sin embargo, no había sido así. A lo largo de la historia, hubo otras formas diferentes y conocidas a las que no se le sabía dar un orden: poligamia, poliandria, descendencia matrilineal.

Engels recurrió a autores, como acude a Johann Jakob Bachofen⁵ y Lewis Henry Morgan⁶. Éste último había comprobado que el sistema indo-americano estaba aún vigente en Asia, en muchas tribus de África y en Australia: en su obra *La sociedad antigua*, de 1877, afirmaba que a la sociedad basada en el derecho paterno le precedió otra basada en el derecho materno⁷.

Los estudiosos que trabajaron estos temas se apoyaron en constataciones realizadas en poblaciones concretas, no en meras especulaciones. Sin embargo, surgieron, en su mismo campo, corrientes que se opusieron a sus aseveraciones. Dentro del psicoanálisis, los que sostienen que la organización patriarcal se da a partir del invariante constituido por la diferencia sexual anatómica y sus consecuencias psíquicas, no conciben posible otra forma de organización.

Engels rechazó la idea de una horda, como la que se daba entre los monos antropomorfos. Desde su óptica, la supervivencia le había exigido al hombre la unión en grupos extensos, el matrimonio por grupos; el incesto, los celos carecían de sentido, eran inexistentes⁸.

Fue diferenciando tipos de familias a lo largo de la historia. La economía doméstica del comunismo primitivo requería la escisión de las comunidades cuando alcanzaban cierto número. Dentro de estas comunidades había reglas, se formaban instituciones sociales y religiosas. La forma de las familias implicaba comunidad de maridos y mujeres. Obviamente, la paternidad era incierta, y no así la maternidad; por lo tanto, la descendencia se definía por línea materna y los parentescos se definían en relación con ella.

5 Johann Jakob Bachofen (1815-1887). Sociólogo, filólogo y antropólogo suizo. Su obra *El derecho materno* (1861) también es citada por Freud, en el t. XIII de *Tótem y tabú* (obras completas), op. cit., pág. 146.

6 Lewis Henry Morgan (1818-1881). Antropólogo y etnólogo estadounidense. Sus estudios sobre los iroqueses, de 1871, permitieron abordar y comprender la historia antigua de Grecia, Roma y Alemania. Freud también alude a él en *Tótem y tabú*, op. cit., págs. 16 y 124.

7 Citado por Engels, F., op. cit., pág. 13.

8 Cfr. op. cit., págs. 30 a 32.

En la organización matriarcal, la madre era la que arreglaba matrimonios; ella y sus parientes recibían los regalos del prometido. En este tipo de familia, la mujer predominaba en la casa⁹.

Engels sostiene que durante el matriarcado, la mujer era libre y valorada: constituía una gran fuerza dentro de los clanes y la economía doméstica. El clan era la estructura donde se veía el predominio en general de las mujeres; los maridos eran tomados de otras *gens*¹⁰. Las mujeres gobernaban la casa; las provisiones eran comunes, pero el marido que no aportaba quedaba excluido. En el matriarcado o en los matrimonios por grupos, eran las madres quienes se ocupaban de sus hijos y éstos sólo las reconocían a ellas¹¹.

Con la aparición de la domesticación y la cría del ganado, la riqueza se reprodujo rápidamente, surgieron nuevas fuerzas sociales y a la par las relaciones sociales variaron sustancialmente. Comenzó el pasaje de la propiedad comunitaria a la privada. A la cría de ganado se le agregó la elaboración de metales, el tejido y la agricultura, todo lo cual contribuyó a la producción de un excedente sobre los gastos de mantenimiento. Fueron emergiendo nuevas fuerzas de trabajo, comenzó la explotación del hombre por el hombre en sus más variadas formas¹².

Los excedentes, la división del trabajo condujeron al enriquecimiento del hombre y al empobrecimiento de la mujer. En el matrimonio sindiásmico¹³, el hombre procuraba los instrumentos de trabajo y la alimenta-

9. En la actualidad, se conocen algunas sociedades pequeñas que mantienen el matriarcado. Por otro lado, existen vestigios de veneración a la mujer, presentes en ciertas sociedades campesinas: se trata de la adoración a la Diosa Tierra, dadora de la vida y a la que hay que devolverle los muertos, es decir, a aquellos que pasan a otro modo de estar (en el seno de estas comunidades y debido a este entendimiento de la muerte y de la Diosa, durante el Día de los Muertos se realizan banquetes en los cementerios, en los que participan todos, tanto vivos como “muertos”). A pesar de los avances del catolicismo, la veneración de la Tierra persiste en numerosos lugares.

10. Se refiere a un conjunto de personas que se reconocían con un antepasado común -quedando así emparentados-, con costumbres, obligaciones, derechos, creencias, dioses en común.

11. Cfr. op. cit., pág. 43.

12. Cfr. op. cit., págs. 47-48.

13. Unión prolongada entre un hombre y una mujer. Él tenía permitida la poligamia y la infidelidad, ella no, el adulterio era castigado.

ción, era propietario de ellos por derecho, mientras que la mujer poseía los enseres domésticos. La sociedad sindiásmica se basaba en la unión de un hombre -con derecho a la poligamia- poco ejercida por causas económicas, con una mujer que debía permanecer fiel. Esto permitió el reconocimiento de la maternidad y de una paternidad más cierta. Este estado de cosa asestó un golpe mortal al matrimonio sindiásmico. Si se mantenían las leyes de la herencia matrilineal, los hijos heredaban pobreza. Las nuevas formas de vida condujeron al patriarcado.

La herencia, casi nula, había seguido hasta allí la línea materna. Ahora bien, en el matrimonio sindiásmico, la mujer debía ser fiel, mientras que el hombre sí tenía derecho a la poligamia. Con la aparición de un padre más identificable y de bienes más codiciables que le pertenecían, quedaba claro que los hijos recibirían el “don” de la pobreza si se mantenía la organización matriarcal.

A partir de estos cambios, los descendientes de un miembro femenino pasaban a la *gens* de su padre. Así se instauró la filiación masculina y la herencia paterna¹⁴. Citemos textualmente a Engels: “*El derrocamiento del derecho materno fue la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo*. El hombre empuñó también las riendas de la casa; la mujer fue degradada, subyugada, convertida en esclava de los apetitos del hombre, en un simple instrumento para la crianza de los hijos. Esta posición inferior de las mujeres que se manifiesta sobre todo entre los griegos de los tiempos heroicos, y más aún en los de los tiempos clásicos, ha sido gradualmente retocada, disimulada y en ciertos sitios hasta revestida de formas más suaves, pero no, ni mucho menos, abolida”¹⁵.

Engels postuló que el efecto inmediato del poder exclusivo de los hombres fue la constitución del patriarcado, cuya característica esencial fue la organización de individuos libres y no libres en una familia sometida al poder paterno. *Fámulos*, en latín, significa esclavo doméstico y *familia* es la totalidad de esclavos de un mismo hombre. En Roma el que ejercía la patria potestad tenía derechos de disponer de la vida y la muerte de los miembros de su familia. La fidelidad de la mujer se transformó en cuestión de vida o muerte para ella¹⁶; este deber exigido a la mujer cumplió la función de

14. Cfr. op. cit., pág. 50.

15. Op. cit., pág. 51.

16. Op. cit., págs. 51-52.

obtener una paternidad segura, o sea, que los hijos sean legítimos herederos¹⁷.

Marx y Engels plantean, en *La ideología alemana* (1846), que la primera división del trabajo que se hizo en la historia fue entre el hombre y la mujer para la procreación de los hijos. Engels agrega que éste es el primer antagonismo y la primera opresión de clases.

Con la aparición del trabajo asalariado surgió la prostitución de mujeres libres. Con la monogamia surge una nueva institución: el adulterio. Los matrimonios, especialmente entre los más ricos, eran arreglados por los padres, de acuerdo con conveniencias económicas y sociales. Si el amor se presentaba, quedaba por fuera del matrimonio.

Con el avance de la burguesía la idea del matrimonio concertado con entera libertad de los contrayentes ganó el escenario. El matrimonio sin amor se tornó inmoral. Sin embargo, entre las clases más poderosas estos principios eran sostenidos en su forma, pero no así en su espíritu.

Para Engels, la desigualdad legal de la mujer fue fruto de su opresión económica. Cuando el hogar era una industria social necesaria, dado que proporcionaba los víveres comunitarios, la mujer gozaba de todos los derechos, participaba y tenía poder de voz y voto en los asuntos que atañían a la comunidad. Cuando el cuidado del hogar perdió su carácter social y se tornó un asunto privado, la mujer quedó transformada en criada.

A la vez observó que, con el desarrollo de la industria, se volvió incompatible para ellas trabajar y cuidar de su hogar. Opinó que para que esta situación se modifique, la economía doméstica debería transformarse en un asunto social, así como también el cuidado y la educación de los hijos. Desde su óptica, en el lejano pasado, la mujer gozó de consideraciones que no ha vuelto a tener. Mientras que en la sociedad organizada por *gens* poseyó derechos, como participar de la vida social y del voto, con el “progreso” de la “civilización” los perdió.

En el mundo occidental, recién a partir de 1914 fue recuperando la posibilidad de votar¹⁸.

17. La unilateralidad de la monogamia se patentizó en el Código napoleónico. Según éste, la única restricción para el hombre era que la concubina no fuera alojada en el domicilio conyugal.

18. Hablamos de recuperar porque, según Engels, cuando la economía doméstica cumplía un importante rol social, tenía voz y voto.

LO MUTABLE Y LO INMUTABLE

Tanto la historia como el presente se encargan de demostrar que ha habido cambios esenciales. Las investigaciones de Engels y Hobsbawm son contundentes al respecto. Muchos podrán impugnar la visión y el pensamiento de estos autores acerca del pasado; pero los evidentes cambios actuales son imposibles de negar. El patriarcado, la familia, las formas de organización, los roles del hombre y la mujer, no son idénticos a lo que fueron.

Observemos que si lo estatuido se debiera a causas naturales (morfología biológica) y a una indefectible forma de representación, no se registraría variación alguna.

Hasta aquí desarrollamos la idea de que la feminidad y la masculinidad son representaciones sociales que asignan atributos y formas de ser según el sexo al que se pertenece. Desde el comienzo de la vida y a través del lenguaje (aunque no solamente), se le atribuye un modo de ser masculino o femenino al recién nacido, según su morfología anatómica. Es lo que hoy se conoce como asignaciones de género. A medida que la sociedad cambia las representaciones también, lo que deja expuesto la inexistencia de lo idéntico. Por ende, lo supuestamente determinado por la genética en realidad es causado por la “cultura”, en su sentido más amplio. Es decir que lo inmutable es la morfología anatómica y lo mutable, las representaciones a través del tiempo.

Deseamos dejar explícita la siguiente afirmación: la biologización y la naturalización del tema son de carácter racista. El racismo termina justificando las desigualdades de derechos amparándose en supuestas condiciones biológicas que inferiorizan, de hecho, al diverso, al diferente (en este caso, a la mujer), a la vez que encubre los verdaderos determinantes. *El racismo se ha servido de la ciencia como instrumento para justificar cierto estado de cosas. No necesariamente con la anuencia del científico.* Pero la experiencia nos insta a ocuparnos del tema y a asumir un compromiso ético con nosotros y con nuestros congéneres.

En nuestro campo, no deberíamos olvidar que al categorizar, clasificar y caracterizar a los hombres y a las mujeres generalizamos y universaliza-

mos. Es cierto que con fines ordenadores, instrumentales, pero de ninguna manera puede recubrir la singularidad de cada sujeto. Interpelar a las categorizaciones es imprescindible, ya que suelen perseguir determinados objetivos que carecen de toda inocencia.

CAMBIOS EN EL DISCURRIR DE LA MUJER

Como ya se historió, las mujeres fueron creciendo en el espacio público y su presencia se tornó in-disimulable. El campo del psicoanálisis no fue la excepción. Los avances tecnológicos, con sus artefactos para el hogar, los colegios, las guarderías y otros tantos factores, facilitaron esta inserción. Las necesidades económicas la precipitaron. Las dos guerras mundiales también aceleraron la incorporación de la mujer al trabajo.

Poco después de 1914, se logró que el voto femenino fuera aprobado en numerosas naciones (entre ellas, en Austria)¹.

En este punto queremos detenernos para hacerles un homenaje a las primeras feministas que lograron constituirse en grupos organizados. Ellas fueron indispensables en tanto disidentes, lograron despertar y poner de relieve el conflicto; a pesar de las hostilidades de que fueron objeto consiguieron ser escuchadas, gracias a su consistencia y firmeza². Con los desarrollos en los estudios de género, comenzó a vislumbrarse que los modelos a los que se esforzaban por responder los pseudo-protagonistas, aprisionaban tanto a los hombres como a las mujeres, pero con un doble sometimiento para éstas.

No obstante, no son pocos los que, hasta el presente, sostienen que la mujer tuvo, tiene y tendrá el lugar que tradicionalmente se le ha asignado. Algunos fundamentan su posición en la conformación de su aparato reproductor, que le permite anidar una vida durante nueve meses: así la mujer es, a partir de su útero, sinónimo de maternidad. De la analogía mujer, madre, útero se deriva que su función es contener, cuidar. La capacidad de albergar un hijo en su interior produciría que sea más sensible e intuitiva. Moldeada

1. Cfr. Hobsbawm, E. J., t. III, pág. 227.

2. Cfr. Moscovici, S., *Psicología de las minorías activas*, op. cit.

por el instinto de proteger al cachorro, al débil, la racionalidad les queda excluida, y hasta sería necesario para dejar que su “instinto” domine.

Volviendo a Freud, recordemos que en su teoría sostiene que la constitución morfológica externa de la mujer (por comparación con la del hombre) es codificada por el psiquismo como castrada. Este “descubrimiento” haría que la mujer se perciba como inferior; lo que traería consecuencias tales como: una menor racionalidad, una menor inmersión en la cultura y un menor compromiso con la ley. El hombre, a su vez, interpretaría los genitales femeninos como mutilados, despertando en él un sentimiento de horror duradero.

Como puntualizáramos anteriormente, Lacan ha planteado la interpretación de la diferencia sexual como un efecto imaginario que recubre lo real. La articulación de estos dos registros con el simbólico echaría luz sobre una falta constituyente universal. Sin embargo, reiteramos lo dicho, nos parece que en relación a la diferencia sexual, permanece dentro de las concepciones freudianas. El psicoanalista francés mantiene designaciones tales como “falo” y “castración” (no falo); aunque les da un nuevo giro, no deja de configurarse “un retorno a Freud”, tal como él mismo lo aseveró. Nuevamente: las palabras no son neutras, sino que están cargadas de ideología.

Acerquemos, ahora, nuestra lente a los escritos freudianos.

FREUD: UN PERFIL DE LA FEMINIDAD

Trabajar el tema de la feminidad en los escritos de Freud no es tarea sencilla, ya que éste lo va retomando a lo largo de su obra. Sin embargo, podemos afirmar que, en lo substancial, su posición nunca varió. A lo sumo reconoció que sabía menos acerca de lo que llamó “el continente negro” que de la otra parte de la humanidad. A pesar del desconocimiento admitido y de las discusiones con las feministas y con colegas tanto varones como mujeres, mantuvo sus convicciones sin variaciones y con firmeza. Si comparamos, por ejemplo, su carta a Fliess de 1897 y “La feminidad”, uno de sus últimos escritos, de 1932, podremos comprobarlo.

Tomaremos como eje la diferencia sexual anatómica entre hombre y mujer y sus consecuencias. Haremos una breve introducción para el lector no especializado con el fin de proveerle un marco de referencia del pensamiento freudiano.

Para el creador del psicoanálisis, la conformación externa y las diferencias entre los sexos son centrales en la constitución psíquica. Las secuelas que deja la diferente conformación son duraderas y abarcan no sólo la vida sexual sino también la relación consigo mismo, con los del propio y del otro sexo, con los hijos, con la ley, con la formación del carácter, con las pulsiones, con la psicopatología y con las perspectivas de desarrollo intelectual, entre otras. Desde esa óptica, postula el complejo de Edipo, sus vicisitudes y su resolución.

Al formular la teoría del Edipo, distingue una etapa pre-edípica en el caso de la niña, durante la cual ésta siente a su padre como rival. Con el advenimiento de la que denomina etapa fálica, la pequeña se percibe castrada, disminuida por no tener lo que el varón sí. Consecuentemente, caerá presa de la envidia del pene. El complejo de castración se adueña del escenario. La niña se alejará, llena de hostilidad, de su madre: en lo más profundo, la hace responsable de su carencia. Es entonces que entra en el complejo de Edipo. Se dirigirá al padre en la búsqueda de ser resarcida por la afrenta sufrida. Buscará ocupar el lugar de su madre y tener un hijo con él. El hijo adquirirá por equivalencia el valor del pene anhelado.

El Edipo en la mujer tiene tres posibles desenlaces. Uno de ellos es la feminidad que supone el cambio de zona (clítoris a vagina) y de objeto (madre a padre). La salida hacia la exogamia se verá forzada por el temor a la pérdida del amor del objeto. Para Freud, esta salida no es total en la mayoría de los casos. Durante este proceso se constituye una nueva instancia psíquica, el superyó, que será más laxo, más débil, en el caso de la mujer, ya que no está apremiada por el temor a la posible efectuación de la castración, como sí lo está el niño (en él, la angustia de castración determina la salida del Edipo). En la niña, la castración ya ha sido consumada.

Luego de esta breve síntesis sobre la teorización de la feminidad, nos parece necesario documentar las posiciones que aquí discutimos y comentarlas. Para ello citaremos algunos extractos que consideramos representa-

tivos de la caracterización que Freud hace de la mujer, más exactamente, de la feminidad. Tomaremos sólo algunos textos, pero queremos señalar que existen muchos otros del mismo tenor. También incluiremos conceptos que aclaran la concepción del autor sobre la sexualidad, la bisexualidad y la universal disposición perversa polimorfa.

TRANSCRIPCIÓN Y COMENTARIOS DE ALGUNOS ESCRITOS FREUDIANOS

En función de una clara diferenciación entre los textos citados y nuestros comentarios, estos últimos se encontrarán en *itálica*.

1) “Carta 75 a Fliess” (1897)

“(…) Ahora bien, la diferencia rectora entre ambos sexos se instaura hacia la pubertad, cuando una repugnancia *sexual* que *no* es neurótica se apodera de la muchacha, y la libido del varón. Y es que hacia esta época se sepulta en la mujer (en todo o en parte) otra zona sexual que en el varón subsiste. Me refiero a la zona genital masculina, la región del clítoris, en la que durante la infancia aparece concentrada la sensibilidad sexual de la niña también. De ahí que hacia esta época a la mujer la inunde la vergüenza, hasta que de manera espontánea o reflectoria es despertada la nueva zona, la vaginal. De ahí tal vez la anestesia de las señoras, el papel de la masturbación en las niñas destinadas a la histeria y el cese de la masturbación cuando de ella deviene una histeria”¹.

Observemos que, en 1897, Freud da por sentado que la zona clitorideana es masculina.

2) *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901)

En este escrito investiga las motivaciones inconscientes de nuestros actos y decires. Tomará, entre muchos otros, algunos que los vincula especialmente con la mujer.

1. Freud, S., *Fragmentos de la correspondencia con Fliess- (1950 [1892-99])*, t. I, Carta 75, 14 de noviembre de 1897.

“Las mujeres, con su discernimiento más fino de los procesos anímicos inconscientes, en general se inclinan más a tomar a afrenta que no se las reconozca, y por eso no se las salude en la calle...”².

“(...) A las más íntimas y menos aclaradas mociones se debe a que las mujeres, en especial, muestren un particular desagrado a pagar los honorarios al médico. Lo usual es que olviden su portamonedas y no paguen, por ende, en la hora de la consulta; luego, habitualmente olvidan remitir los honorarios desde su casa, y de ese modo consiguen que uno las haya tratado gratis -por sus lindos ojos”. Pagan, por así decir, con su mirada”³.

La clínica actual no convalida en absoluto esta afirmación.

“(...) del atentado sexual cometido contra una mujer, en el que el ataque del varón no puede ser rechazado con toda la fuerza muscular de esta porque es solicitado, propiciándolo, por una parte de las mociones inconscientes de la atacada. Se suele decir que una situación así *paraliza* las fuerzas de la mujer; sólo es preciso agregar las razones de esa paralización. (...) Sobre eso dice Sancho: Si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esa bolsa lo mostrarais, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran falta”⁴.

La mujer es siempre la culpable, (creencia que aún hoy se mantiene), culpable de ser violada y de todo conflicto en el que ella tenga participación.

Es notable el modo en que esta visión coincide con lo que las diversas religiones patriarcales han alentado y alientan.

El problema del atentado sexual es leído desde una supuesta responsabilidad de la víctima. Es así que en los consultorios escuchamos a mujeres violadas que no pueden perdonarse porque priorizaron su vida. Avergonzadas, humilladas, ocultan lo sucedido. Las denuncias son evitadas porque derivan en un nuevo escarnio inútil.

3) Tres ensayos de teoría sexual (1905). Primer ensayo: “Las aberraciones sexuales”

En el primer ensayo, Freud se refiere a las transgresiones anatómicas y discute sobre la estimación del objeto sexual.

2. Op. cit., t. VI, pág. 154, nota 39.

3. Op. cit., t. VI, pág. 156, nota 43.

4. Op. cit., t. VI, pág. 178, nota 32.

“La importancia de este factor de la sobrestimación sexual puede estudiarse mejor en el hombre, cuya vida amorosa es la única que se ha hecho asequible a la investigación, mientras que la de la mujer permanece envuelta en una oscuridad todavía impenetrable, en parte a causa de la atrofia cultural, pero en parte también por la reserva y la insinceridad convencionales de las mujeres”⁵.

Nuevas aseveraciones freudianas: estafadoras (en tanto usan servicios que no pagan), culpables e insinceras, debido a los efectos en su psiquismo del muñón masculino que portan en su cuerpo.

En 1920, agregaré en una nota al texto citado: “En casos típicos, falta en la mujer una sobrestimación sexual del hombre, pero rara vez se la echa de menos respecto al hijo dado a luz por ella”⁶.

Sobrestimación sexual del hijo, en tanto equivalente al pene.

4) Tres ensayos de teoría sexual (1905). Segundo ensayo: “La sexualidad infantil”

Freud define la sexualidad: “La acción de mamar con fruición cautiva por entero la atención y lleva al adormecimiento o incluso a una reacción motriz en una suerte de orgasmo. No es raro que el mamar con fruición se combine con el frotamiento de ciertos lugares sensibles del cuerpo, el pecho, los genitales externos. Por esta vía, muchos niños pasan del chupeteo a la masturbación.

El propio Lindner ha reconocido la naturaleza sexual de esta acción y la ha destacado sin reparos. En la crianza, el chupeteo es equiparado a menudo a las otras «malas costumbres» sexuales del niño. Muchos pediatras y neurólogos han objetado con energía esta concepción; pero en parte su objeción descansa, sin duda alguna, en la confusión de «sexual» con «genital»⁷.

Investigando la disposición perversa polimorfa, acota: “Es instructivo que bajo la influencia de la seducción el niño pueda convertirse en un perverso polimorfo, siendo descaminado a practicar todas las trasgresiones posibles.

5. Op. cit., t. VII, pág. 137.

6. Op. cit., t. VII, pág. 137, nota 17.

7. Op. cit., t. VII, págs. 163 y 164.

Esto demuestra que en su disposición trae consigo la aptitud para ello; tales trasgresiones tropiezan con escasas resistencias porque, según sea la edad del niño, no se han erigido todavía o están en formación los diques anímicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco y la moral. En esto el niño no se comporta diversamente de la mujer ordinaria, no cultivada, en quien se conserva idéntica disposición perversa polimorfa. En condiciones corrientes, ella puede permanecer normal en el aspecto sexual; guiada por un hábil seductor, encontrará gusto en todas las perversiones y las retendrá en su práctica sexual. Esa misma disposición polimorfa, y por tanto infantil, es la que explota la prostituta en su oficio; y en el inmenso número de las mujeres prostitutas y de aquellas a quienes es preciso atribuir la aptitud para la prostitución, aunque escaparon de ejercerla, es imposible no reconocer algo común a todos los seres humanos, algo que tiene sus orígenes en la uniforme disposición a todas las perversiones”⁸.

Mujer ordinaria, no cultivada, mujeres prostitutas o con aptitud para ello. Claramente, Freud asimila la perversión a las “malas costumbres”, a las transgresiones, a las normas; pierde de vista que a éstas las crea el hombre (dicho genéricamente) y son variables y variadas. Lo único “uniforme” es lo que denomina “disposición perversa polimorfa”, a la que le da, como es notorio, un carácter negativo.

Preguntemos: si esa es la disposición, ¿qué hace que lo único válido sea la definición hombre-mujer? Evidentemente, en el humano hay una multiplicidad de orientaciones sexuales que exceden totalmente a la división penevagina. Las formas de sexualidad existente en el bios están presentes, todas, en la humanidad.

De este fragmento pareciera desprenderse que la mujer distinguida o culta queda a salvo (excepto que tenga aptitudes para la prostitución, las cuales, “como ya sabemos”, abundan). Las otras, ¿las del pueblo?, quedan asimiladas y entregadas a esas prácticas cuando el seductor las inicia hábilmente. Pareciera que en ellas no se construyen los diques psíquicos contra los “excesos sexuales”. Excesos. ¿Cuál será la unidad de medición? Obviamente no ignoramos que existen aberraciones como la necrofilia.

Una pequeña digresión: no olvidemos que Freud coloca a la homosexualidad en el campo de las perversiones. Es cierto que es contradictorio en este punto; es cierto que dota de universalidad a la disposición a la perversión. Es cierto

8. Op. cit., t. VII, págs. 173 y 174.

que reconoce los rendimientos elevados dentro de la población homosexual; es cierto que reconoce el factor cultural cuando menciona a los griegos; es cierto que deshecha todo factor degenerativo. Pero en la denominación y clasificación, los homosexuales quedan incluidos en el campo de la perversión. Lastre inconmensurable para esta población. Otra "minoría" lapidada, junto a un amplio espectro que no tiene cabida en el binarismo tradicional.

No queremos dejar de subrayar que la iniciación sexual temprana de un varón realizada por una mujer mayor por lo general es naturalizada. No son pocas las veces que el protagonista la relata como su primera conquista viril: las consecuencias demuestran que no hubo ninguna hazaña.

5) Tres ensayos de teoría sexual (1905). Tercer ensayo: "Las metamorfosis de la pubertad"

“Como se sabe, sólo con la pubertad se establece la separación tajante entre el carácter masculino y el femenino, una oposición que después influye de manera más decisiva que cualquier otra sobre la trama vital de los seres humanos. Es cierto que ya en la niñez son reconocibles disposiciones masculinas y femeninas; el desarrollo de las inhibiciones de la sexualidad (vergüenza, asco, compasión) se cumple en la niña pequeña antes y con menores resistencias que en el varón; en general, parece mayor en ella la inclinación a la represión sexual; toda vez que se insinúan claramente pulsiones parciales de la sexualidad, adoptan de preferencia la forma pasiva. Pero la activación autoerótica de las zonas erógenas es la misma en ambos sexos, y esta similitud suprime en la niñez la posibilidad de una diferencia entre los sexos como la que se establece después de la pubertad. Con respecto a las manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbatorias, podría formularse esta tesis: la sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino. Más aún: si supiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de «masculino» y «femenino», podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer”⁹.

Freud sostiene aquí que en la niña se elevan más tempranamente y con menor resistencia los diques psíquicos. ¿Cómo incluir entonces a las que no

9. Op. cit., t. VII, pág. 200.

se defienden del ataque sexual, a las ordinarias, a las no cultivadas, a las que poseen aptitudes para la prostitución (según el autor, no pocas)?

La inhibición sexual, la represión, la pasividad, ¿son atributos dados por la naturaleza?

El autoerotismo, la masturbación, la libido, en tanto conllevan actividad, son colocadas por el autor del lado de la masculinidad. ¿Qué solidez posee la fundamentación de adscribir la actividad a lo masculino?

Son evidentes las grávidas consecuencias que aparece esta afirmación. En todos los campos, dentro del psicoanálisis, toda mujer activa o que descollara en cualquier campo que no fuera el que se le tenía asignado a la feminidad pasaba a ser, por lo menos, parcialmente masculina (así se lo dirá Freud a sus colegas); más tarde, serán “fálicas”, padecientes de una profunda envidia al pene, y buscarán su venganza en la castración del hombre.

En el original del párrafo anteriormente citado, aparece una nota (1915) a pie de página, en la que el autor reconoce que, para la ciencia, masculino y femenino no son conceptos unívocos. Se pueden usar en el sentido de actividad y pasividad, en términos biológicos o sociológicos. El primer sentido es, a su parecer, esencial “y el que casi siempre se aplica en psicoanálisis”¹⁰.

¿Es posible pensar lo activo o lo pasivo des-contextuado de lo sociológico?

Freud observa que ambos sexos portan en su constitución anatómica rudimentos de sexo opuesto:

“Desde que me he familiarizado con el punto de vista de la bisexualidad, considero que ella es el factor decisivo en este aspecto, y que sin tenerla en cuenta difícilmente se llegará a comprender las manifestaciones sexuales del hombre y la mujer como nos las ofrece la observación de los hechos”.

“Si se quiere comprender el proceso por el cual la niña se hace mujer, es menester perseguir los ulteriores destinos de esta excitabilidad del clítoris. La pubertad, que en el varón trae aparejado aquel gran empuje de la libido, se caracteriza para la muchacha por una nueva oleada de represión, que afecta justamente a la sexualidad del clítoris. Es un sector de vida sexual masculina el que así cae bajo la represión. El refuerzo de las inhibiciones sexuales, creado por esta represión que sobreviene a la mujer en la pubertad, proporciona después un estímulo a la libido del hombre, que se ve forzada a intensificar sus operaciones; y junto con la altitud de

10. Op. cit., t. VII, pág. 200, nota al pie nro. 19.

su libido aumenta su sobrestimación sexual, que en su cabal medida sólo tiene valimiento para la mujer que se rehúsa, que desmiente su sexualidad. Y más tarde, cuando por fin el acto sexual es permitido, el clítoris mismo es excitado, y sobre él recae el papel de retransmitir esa excitación a las partes femeninas vecinas...”¹¹

Si la teoría freudiana fuera liberadora de la sexualidad se levantaría contra la represión clitoridiana. Por el contrario, la potencia al separar el clítoris de la vida sexual femenina y adjudicarlo a la masculina. Propugna la ablación psíquica, elevando aún más la represión del goce sexual de la mujer.

A partir de su interpretación de la anatomía, Freud otorga un basamento supuestamente científico a una ideología discriminatoria, reforzando la prohibición de disfrutar de la sexualidad a las mujeres.

“Así, hay personas que nunca superaron la autoridad de los padres y no les retiraron su ternura o lo hicieron sólo de modo muy parcial. Son casi siempre muchachas: de tal suerte, para contento de sus progenitores, conservan plenamente su amor infantil mucho más allá de la pubertad. Y resulta muy instructivo encontrarse con que a estas muchachas, en su posterior matrimonio, se les ha quebrantado la capacidad de ofender a sus esposos lo que es debido. Pasan a ser esposas frías y permanecen sexualmente anestésicas”¹².

Dejemos para otro momento el vínculo con los progenitores y detengamos la atención en lo siguiente: “ofender (...) lo que es debido”. El deseo queda fuera de cuestión. Se trata de lo que la mujer le debe al esposo. El deber ser y la frialdad constituyen una dupla inseparable.

Respecto de la metamorfosis de la pubertad, Freud dirá que el desarrollo sexual del hombre es más claro; en cambio, en el del sexo opuesto se presenta hasta una suerte de involución.

El sadismo y el masoquismo también fueron tratados en el mismo artículo, ambos quedan vinculados a lo masculino y lo femenino en el sentido psicoanalítico, o sea, lo activo y lo pasivo.

Aquí, como en muchos otros momentos de su obra, este autor encuentra en el campo de lo biológico la explicación de ciertas tendencias. Por lo general la va a enlazar a los aportes de la biología, a los de la embriología, la anatomía y la fisiología. Así, la agresividad y la actividad que manifiestan los varones

11. Op. cit., t. VII, pág. 201.

12. Op. cit., t. VII, pág. 207.

obedecen, desde lo biológico, a la necesidad de vencer las resistencias del objeto (mujer). Apoderarse, poseer, son otra forma del cortejo.

En otras producciones vincula a la agresividad, también, con la destrucción o autodestrucción. Estas dos significaciones caminan por un borde en el que se arriesga legitimar la agresividad y la objetalización del otro al ser poseído.

A pesar de que no lo desarrollaremos, en función de no desviarnos de nuestro trabajo, merecen un párrafo aparte las fantasías que operan como estimuladoras sexuales y que llevan a la representación de una violación, de un acto de prostitución, de una escena entre amo y esclavo. En suma, expresan la cosificación de los participantes, simples autómatas que actúan un guión ya trazado.

6) Sobre las teorías sexuales infantiles (1908)

“La primera de estas teorías se anuda al descuido de las diferencias entre los sexos, que al comienzo de estas consideraciones destacamos como característico del niño. Ella consiste en *atribuir a todos los seres humanos, aun a las mujeres, un pene*, como el que el varoncito conoce en su cuerpo propio. Justamente en aquella constitución sexual que nos vemos precisados a reconocer como «normal», el pene es ya en la infancia la zona erógena rectora, el principal objeto sexual autoerótico, y es lógico que la alta estima de que goza se refleje en la incapacidad para representarse sin ese esencial ingrediente a una personalidad parecida al yo. Si el varoncito llega a ver los genitales de una hermanita, sus manifestaciones evidencian que su prejuicio ya ha adquirido fuerza bastante para dobligar a la percepción; no comprueba la falta del miembro, sino que *regularmente* dice, a modo de consuelo y conciliación: «Ella tiene... pero todavía es chiquito; claro es que cuando ella sea más grande le crecerá». La representación de la mujer con pene retorna aun más tarde en el soñar del adulto: en estado de excitación sexual nocturna derriba a una mujer, la desnuda y se dispone al coito, pero de pronto la visión del miembro plenamente formado en lugar de los genitales femeninos interrumpe el sueño y la excitación. Los numerosos hermafroditas de la Antigüedad clásica son fiel reflejo de esta representación infantil antaño universal; se puede observar que ella no ofende a la mayoría de los hombres normales, mientras que las formaciones hermafroditas de los genitales realmente admitidas por la naturaleza casi siempre excitan el máximo horror”¹³.

13. Op. cit., t. IX, pág. 192.

Freud insiste: “La anatomía ha discernido el clítoris, dentro de la vulva femenina, un órgano homólogo al pene, y la fisiología de los procesos sexuales ha podido agregar que ese pene pequeño, y que ya no crecerá, se comporta de hecho en la infancia de la mujer como un pene genuino y cabal, se convierte en la sede de unas excitaciones movidas al tocarlo, su estimulabilidad presta al quehacer sexual de la niña un carácter masculino, y hace falta una oleada represiva en la pubertad para que, por remoción de esta sexualidad masculina, surja la mujer. Enseña también la ciencia que muchas mujeres tienen menoscabada su función sexual porque esa excitabilidad del clítoris persiste tenazmente, la cual las vuelve anestésicas en el coito, o porque la represión ha sido hipertrófica, de suerte que su efecto es cancelado en parte por una formación sustitutiva histérica; nada de esto refuta la teoría sexual infantil de que la mujer, como el hombre, posee un pene.”¹⁴

La amenaza de castración, dirá el autor, cobra efecto por el valor superlativo del placer sexual que provee el pene y gravita en la interpretación de la que le ha sucedido a la mujer. Ella ha sido castrada, de su pene queda un muñón. Se instala el horror a la visión de los genitales femeninos. Y el menosprecio a la mujer, también.

Por otro lado, cuando Freud habla de las representaciones hermafroditas, ¿olvida que el hermafroditismo alude al sexo femenino y también al masculino?

7) La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna (1908)

En este texto, Freud retoma la perversión como el positivo de la neurosis y observa que “en una misma familia el hermano es un perverso sexual, en tanto que la hermana, dotada de una pulsión sexual más débil en su calidad de mujer, es una neurótica (...). En muchas familias los varones son sanos pero inmorales en una medida indeseada para la sociedad, mientras que las mujeres son nobles e hiperrefinadas, pero... sufren una grave afección de los nervios”¹⁵.

En este mismo artículo aportará sus elucubraciones con respecto a la abstinencia, el quehacer masturbatorio y el matrimonio y los medios anticonceptivos de la época. En todos los casos su valoración es negativa.

14. Op. cit., t. IX, págs. 193 y 194.

15. Op. cit., t. IX, pág. 172.

Afirma que "...la experiencia también muestra que las mujeres, a quienes, en su condición de portadoras genuinas de los intereses sexuales del ser humano, le es concedido en menor grado el don de sublimar la pulsión, y a quienes les basta, sí, el lactante (...) como sustituto del objeto sexual..."¹⁶.

Al referirse a los genuinos intereses sexuales, alude a la perpetuación de la especie, y dice: "La conjunción de los genitales, cuando la organización sexual llega a la adultez, tiene como fin la reproducción"¹⁷.

"Las mujeres... prefieren entre sus pretendiente a quienes ya se han acreditado como hombres ante otras mujeres"¹⁸.

"La educación (...) evita la tentación del individuo femenino que madura manteniéndolo en una total ignorancia en lo que se refiere al papel que le está destinado"¹⁹.

Habla, también, de las mujeres anestésicas, "(...) que conciben sin placer, muestran luego escasa disposición a parir el fruto con dolor"²⁰.

"La conducta sexual de un ser humano suele ser arquetípica respecto de todos sus otros modos de reacción en el mundo. (...) En el género íntegro de las mujeres puede comprobarse con facilidad. (...) La educación les deniega el ocuparse intelectualmente de los problemas sexuales, para los cuales, empero, traen congénito el máximo apetito de saber (...). Ello las disuade de pensar en general, les desvaloriza el saber. (...) Opino, en cambio, que el hecho indudable de la inferioridad intelectual de tantísimas mujeres debe reconducirse a la inhibición de pensar que se requiere para sofocar lo sexual"²¹.

¡Cuánta reduplicación proveniente del sentido "común" imperante en el marco de una cultura que lo instaló! ¡Cuántas contradicciones flagrantes!

Pulsión sexual más débil, pero, a la vez, menor capacidad de sublimación, neurótica, portadora de los intereses sexuales de los seres humanos -perpetuación de la especie, madre versus mujer-. Hasta tal punto ignorada que se vuelve

16. Op. cit., t. IX, pág. 174.

17. Ídem.

18. Op. cit., t. IX, pág. 176.

19. Ídem.

20. Op. cit., t. IX, pág. 177.

21. Op. cit., t. XI, págs. 177 y 178.

condenable su renuencia a parir con dolor. Además, sin duda alguna, aquellas mujeres “hiperrefnadas” también son inferiores intelectualmente.

Invitamos a quien así lo desee a cotejar los ejemplos dados a través de las libretas de casamiento, los diccionarios, la literatura, los preceptos falangistas, etc. con los conceptos vertidos por Freud y que trate de encontrar alguna diferencia.

Invitamos a los psicoanalistas a demostrar en la clínica las supuestas debilidad pulsional, dificultad de sublimar e inferioridad intelectual de las mujeres.

Invitamos a observar nuestro alrededor sea en una sala de cine, en un taller artístico, en una universidad, en resumen cualquier actividad cultural y constataremos la participación y el rendimiento femenino, Extendamos nuestra mirada al campo laboral y hagamos la misma observación.

¿Es que las mujeres cambiaron la estofa con que están hechas? Obviamente no. Las que descollaron y descollan lo demuestran, así como también los millones de anónimas sepultadas en el silencio intencional.

Si escucháramos a las más variadas “minorías” del mundo nuestra mente adquiriría una amplitud inesperada. Ciertas minorías, artistas y pensadores aportan enfoques reveladores que nos, llenan de entusiasmo, nos sorprenden y nos permiten darnos cuenta que quizás, sin ellos, jamás habríamos arribado a algunas conclusiones que por sí mismas nos llenan de regocijo.

Algo más: la concepción del hombre con su pulsión sexual siempre alta, siempre dispuesto, es responsable de desajustes evitables y del consumo indiscriminado de medicamentos orientados a encubrir la realidad. El hombre queda atrapado en esta falsedad imaginaria, tan imaginaria como que el Sol gira alrededor de la Tierra,

queda condenado a poder; de lo contrario, su virilidad, su potencia, se vuelve dudosa. Es por eso que del climaterio (una de las variadas consecuencias de la disminución de testosterona propia de la edad) apenas se habla. La baja del deseo sexual así como las dificultades de cualquier índole no le están permitidas al varón, se tornan humillantes para él: suele, en muchos casos, preferir, antes que hacer una consulta, atribuirle a su partenaire, la causa de la pérdida de su deseo debido a que su atractivo se desvaneció²².

22. Queda así inaugurado un camino doloroso para la pareja. Planteado en estos términos, no encontrará solución alguna.

8) Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909)

“Más tarde he puesto de relieve que el período de desarrollo sexual en que se encuentra nuestro pequeño paciente se singulariza por tener noticia de *un* genital solamente, el masculino; a diferencia del futuro período de la madurez, no hay aquí un primado genital, sino un primado del falo”²³.

*La palabra falo es utilizada indistintamente a pene. La singularidad de la etapa fálica es, entonces, que se reconoce un solo genital. Se lo tiene o no. Falo versus no Falo. Una vez más, ubica en este primado la causa de depreciación de la mujer y, agrega, del antisemitismo (debido a la ejecución de la circuncisión)*²⁴.

9) Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910)

“La inclinación a tomar en la boca el miembro del varón para mamarlo, que la sociedad civilizada incluye entre las más aborrecibles perversiones sexuales, se presenta empero con mucha frecuencia entre las mujeres de nuestra época -y, como lo prueban antiguas obras plásticas, también de épocas anteriores- y en el estado del enamoramiento parece perder todo carácter repelente. El médico encuentra fantasías basadas en esa inclinación aun en mujeres que no han tomado conocimiento de la posibilidad de una satisfacción sexual de esa clase a través de la lectura de la *Psychopathia Sexualis* de Von Krafft-Ebing [1893] o de alguna otra comunicación. Al parecer, a las mujeres les resulta fácil crear por sí mismas esas fantasías de deseo. Y la posterior investigación nos enseña, además, que esa situación tan mal vista por las costumbres imperantes admite la más inocente derivación. No es sino la refundición de otra en que todos nosotros nos sentimos antaño confortados, cuando de lactantes («essendo *io in culla*») {«estando yo en la cuna»} [cf. *pág. 77, n. 1*] tomamos en la boca, para mamarlo, el pezón de nuestra madre o nodriza. La impresión orgánica de este nuestro primer goce vital ha dejado en nosotros un sello indeleble; cuando luego el niño conoce la teta de la vaca, que por su función se asemeja a un pezón, pero se parece a un pene por su forma y su ubicación en el bajo vientre, ha adquirido el estadio previo para la posterior formación de una chocante fantasía sexual”²⁵.

23. Op. cit., t. X, pág. 90.

24. Op. cit., t. X, pág. 32, nota al pie nro. 14.

25. Op. cit., t. XI, pág. 81.

Otra afirmación temeraria.

En la clínica diaria encontramos su desmentida: el acto de “mamar” puede aparecer como una acción espontánea que gozan los partenaires o, frecuentemente, como respuesta a una demanda masculina. A la inversa, también se evidencia la búsqueda y el placer que se manifiesta para los participantes en la práctica de “mamar” los genitales femeninos.

No nos detendremos en la fantasía que Freud construye y califica de “chocante”.

10) El motivo de la elección del cofre (1913)

“(…) Y las grandes divinidades maternas de los pueblos orientales parecen haber sido, todas ellas, tanto engendradoras como aniquiladoras, diosas de la vida, de la fecundación, y diosas de la muerte (…).”²⁶

“(…) los tres vínculos con la mujer, para el hombre inevitables: la paridora, la compañera y la corrompedora. O las tres formas en que se muda la imagen de la madre en el curso de la vida: la madre misma, la amada, que él elige a imagen y semejanza de aquella, y por último la Madre Tierra, que vuelve a recogerlo en su seno. El hombre viejo en vano se afana por el amor de la mujer, como lo recibiera primero de la madre; sólo la tercera de las mujeres del destino, la callada diosa de la muerte, lo acogerá en sus brazos”²⁷.

Desde la visión freudiana el hombre busca una madre; queda así cristalizado en una posición infantil, Toda mujer será una versión materna. Aun la madre tierra lo abrazará en su seno y lo corromperá. Eterno niño, no podrá otra cosa que competir con sus hijos, no podrá asumir su paternidad: será un hijo más, celoso de sus hermanos.

Quien es diosa de la vida inexorablemente será diosa de la muerte. Nuevamente, lo imaginario prepondera. El embarazo y el parto, por patentizar la visualización de la participación femenina en la procreación, hacen que la mujer en tanto madre sea venerada (es la que da la vida). El genitor queda invisibilizado. Las apariencias tapan el papel del hombre en la concepción de esa vida. Históricamente, la mujer ha sido lo sublime (madre), lo temido y hasta lo odiado (la que dio la vida puede quitarla, es dueña del destino).

26. Op. cit., t. XII, pág. 315.

27. Op. cit., t. XII, pág. 317.

Diosa posesiva frente a la cual (según la teoría freudolacanianiana) el hombre debe imponer la prohibición del incesto, debe impedir que reintegre su producto. A la vez, y paradójicamente, se subrayará que la diada madre-hijo no logrará romperse si esa mujer no permite la entrada del padre o de una terceridad que cumpla esa función (lo que produciría la psicotización de ese sujeto en formación).

En esta formulación la teoría reduplica la neurosis. El hijo pretenderá ser todo para la madre y el “adulto” dirigirá la misma aspiración hacia aquella que es simple sustituto de la madre.

¿Será por eso que Freud se queja de que el hombre no recibe el tratamiento de sus esposas que sí logran los hijos?

¿Será por eso que a muchos hombres se les vuelven intolerables los deseos de sus mujeres? La profesión, los hijos, la familia de origen, las amistades, se tornan fuentes de reproches.

¿Desde dónde se afirma que todo lo que es necesario, suficiente y da plenitud a una mujer es el hijo, en especial, si es varón? ¿Alguien se lo preguntó a ellas?

Nuevamente, no perdamos de vista que las generalizaciones omiten las singularidades.

Si alguien así lo desea, podría releer el mito de Edipo interpretado por Freud. Si lo hace, quizás se podría preguntar por qué no hay una profundización de la orden del genitor con respecto al hijo; tampoco la hay en la diferencia entre los padres biológicos y los adoptivos (simbólicos), ni en los motivos que impulsan a unos y a otros. Ni en el pensamiento determinista (¿para que se cumplan las escrituras?) que conduce, ciegamente, a Edipo al infierno. A poco de pensar en el tema, no podemos dejar de ver una justificación -indirecta- de la orden impartida por Layo, a la vez que se invierten los acontecimientos, dado que fue el padre el que envió a matar al hijo. ¿Y Yocasta? ¿Cuál es su lugar en este mito? ¿Por qué no se le da la gravitación que se merece al intento de Edipo de salvar al que fue su padre, su auténtico padre?

Podrá responderse sobre el saber inconsciente, sobre la realidad del inconsciente. Sobre el desdoblamiento de la figura paterna (en términos lacanianos, padre imaginario-padre simbólico. En términos freudianos, padre de la horda-padre de la ley). Es sólo una parte de la verdad que nos habita; hay tanto más que se torna inabarcable.

La humanidad tiene “vías regias al inconsciente”; entre otras, los mitos y las religiones. Si a lo que ellas dicen sumamos otras expresiones, acciones, y no

dejamos de lado que la conciencia existe, estaremos ante una complejidad muy intrincada a la que podremos aproximarnos sólo parcialmente. Las sentencias apodícticas se develan como simplificaciones pueriles, superficiales.

Volvamos a los griegos. Recojamos las versiones de lo que Urano, Zeus y Cronos reservaron para sus hijos. Encontramos allí, en los dichos, en todo lo que emerge desde lo fantasmático, una riqueza enorme para reflexionar sobre los lazos de sangre, los de adopción, en el desdoblamiento de padre y madre, tan claramente visible en los cuentos, en los lugares o el lugar, en lo generacional, en la sucesión, en el hijo como personificación de un futuro que los padres no vivirán.

En los mitos mencionados algunos padres no admiten un más allá de ellos, no desean hijos. Tratan de retener el poder, las riquezas, la herencia. Allí se dan hijos, mujeres y vínculos que complementan el círculo. Simultáneamente, esos mismos dioses u otros, en sus diversas versiones (poco importa dónde), le abren el paso a los hijos deseados.

El tema de la muerte y con él la sucesión en el hombre es un punto complejo que no deberíamos descuidar.

11) Introducción del narcisismo (1914)

“Las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas son vivenciadas a remolque de funciones vitales que sirven a la autoconservación. Las pulsiones sexuales se apuntalan al principio en la satisfacción de las pulsiones yoicas, y sólo más tarde se independizan de ellas; ahora bien, ese apuntalamiento sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son, sobre todo, la madre o su sustituto. Junto a este tipo y a esta fuente de la elección de objeto, que puede llamarse el tipo del *apuntalamiento* [tipo anaclítico], la investigación analítica nos ha puesto en conocimiento de un segundo tipo que no estábamos predispuestos a descubrir.

Hemos descubierto que ciertas personas, señaladamente aquellas cuyo desarrollo libidinal experimentó una perturbación (como es el caso de los perversos y los homosexuales), no eligen su posterior objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de: su persona propia. Manifiestamente se buscan a sí mismos como objeto de amor, exhiben el tipo de elección de objeto que ha de llamarse *narcisista*. En esta observación ha de verse el

motivo más fuerte que nos llevó a adoptar la hipótesis del narcisismo”²⁸.

“La comparación entre hombre y mujer muestra, después, que en su relación con el tipo de elección de objeto presentan diferencias fundamentales, aunque no, desde luego, regulares. El pleno amor de objeto según el tipo del apuntalamiento es en verdad característico del hombre. Exhibe esa llamativa sobrestimación sexual que sin duda proviene del narcisismo originario del niño y, así, corresponde a la transferencia de ese narcisismo sobre el objeto sexual.

Tal sobrestimación sexual da lugar a la génesis del enamoramiento, ese peculiar estado que recuerda a la compulsión neurótica y se reconduce, por lo dicho, a un empobrecimiento libidinal del yo en beneficio del objeto. Diversa es la forma que presenta el desarrollo en el tipo más frecuente, y con probabilidad más puro y más genuino, de la mujer. Con el desarrollo puberal, por la conformación de los órganos sexuales femeninos hasta entonces latentes, parece sobrevenirle un acrecimiento del narcisismo originario; ese aumento es desfavorable a la constitución de un objeto de amor en toda la regla, dotado de sobrestimación sexual. En particular, cuando el desarrollo la hace hermosa, se establece en ella una complacencia consigo misma que la resarce de la atrofia que la sociedad le impone en materia de elección de objeto. Tales mujeres sólo se aman, en rigor, a sí mismas, con intensidad pareja a la del hombre que las ama. Su necesidad no se sacia amando, sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les colma esa necesidad. La importancia de este tipo de mujer para la vida amorosa de los seres humanos ha de tasarse en mucho. Tales mujeres poseen el máximo atractivo {*Reiz* = estímulo} para los hombres, y no sólo por razones estéticas (pues suelen ser las más hermosas); también, a consecuencia de interesantes constelaciones psicológicas. En efecto, con particular nitidez se evidencia que el narcisismo de una persona despliega gran atracción sobre aquellas otras que han desistido de la dimensión plena de su narcisismo propio y andan en requerimiento del amor de objeto; el atractivo del niño reside en buena parte en su narcisismo, en su complacencia consigo mismo y en su inaccesibilidad, lo mismo que el de ciertos animales que no parecen hacer caso de nosotros, como los gatos y algunos grandes carniceros; y aun el criminal célebre y el humorista subyugan nuestro interés, en la figuración literaria, por la congruencia narcisista con que saben alejar de sí todo cuanto pueda empequeñecer su yo. Es

28. Op. cit., t. XIV, págs. 84 y 85.

como si les envidiásemos por conservar un estado psíquico beatífico, una posición libidinal inexpugnable que nosotros resignamos hace ya tiempo. Pero al gran atractivo de la mujer narcisista no le falta su reverso; buena parte de la insatisfacción del hombre enamorado, la duda sobre el amor de la mujer, el lamentarse por los enigmas de su naturaleza, tienen su raíz en esta incongruencia [entre los dos tipos] de la elección de objeto.

No es ocioso, quizá, que lo asegure: nada más lejos de mí, en esta pintura de la vida amorosa femenina, que la tendencia a menospreciar a la mujer. Prescindiendo de que soy ajeno a cualquier tendenciosidad, sé que estas conformaciones en direcciones diversas responden a la diferenciación de funciones dentro de una trabazón biológica en extremo compleja; además, estoy dispuesto a conceder que un número indeterminado de mujeres aman según el modelo masculino y también despliegan la correspondiente sobrestimación sexual”.

Un refrán popular dice: “A confesión de parte, relevo de pruebas”. Más de una vez Freud se defiende de la posibilidad de ser visualizado como alguien que menosprecia a la mujer, se declara ajeno a toda tendenciosidad: he ahí un obstáculo epistemológico que al no ser reconocido se vuelve irrompible. Más adelante aclarará que no hay que olvidar que la mujer es un ser humano. Trata de justificarse, confirmando en ese acto, la rigidez de su percepción. La mujer que hace una elección de objeto anaclítica es porque ama al modo masculino, verdadera y única forma del amor pleno. Nuevamente, la valoración, la jerarquización.

Juntamente con la apreciación de que las mujeres aman narcisísticamente, el autor considera que buscan ser amadas más que amar.

¿Podemos excluir a la elección de tipo anaclítico como no narcisística? ¿Acaso no se elige siguiendo el modelo de la madre o sustituto, en síntesis, de quien nos amó y nutrió? Ese primer objeto se constituye en amado en tanto fue el que nos brindó protección. Así pensado, los sucedáneos de la madre o sustitutos son amados en tanto representan a quién nos amó. Son formas distintas de narcisismo, pero narcisismo al fin. ¿Hay otra posibilidad?

En nuestra praxis cotidiana encontramos esta situación señalada por Freud, pero, de ninguna manera, la predominancia ni la exclusividad que le confiere.

Es parte de esta cultura encuadrar a la mujer embargada y embarcada en los vericuetos amorosos, así como a los hombres en las cuestiones laborales, el hombre proveedor. Los costos son altísimos para los dos.

En los desvelos de ambos se juega “el ser alguien”, que pasa por cumplir con lo que la cultura les ha señalado como su destino en el mundo.

Cuando Freud habla del enamoramiento parece desconocer la cantidad de mujeres que (lamentablemente) inundan los consultorios con sus lágrimas.

En muchas oportunidades, en el enamoramiento, es observable el empobrecimiento libidinal yoico en favor del objeto.

“Aun para las mujeres narcisistas, las que permanecen frías hacia el hombre, hay un camino que lleva al pleno amor de objeto. En el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto. Y todavía hay otras que no necesitan esperar el hijo para dar ese paso en el desarrollo desde el narcisismo (secundario) hasta el amor de objeto. Antes de la pubertad se han sentido varones y durante un tramo se desarrollaron como tales; y después que esa aspiración quedó interrumpida por la maduración de la feminidad, les resta la capacidad de ansiar un ideal masculino que es en verdad la continuación del ser varonil que una vez fueron”.

Aquí Freud reconoce la posibilidad en las mujeres de amar anaclíticamente, pero, una vez más, es por la persistencia de un resto masculino y siempre como forma superior del amor. Dirá que el objeto devenido extraño cobra valor en tanto parte del cuerpo propio de la mujer. Sin embargo, albergar en su seno a un hijo no lo transforma en parte de su cuerpo. Es muy impactante observar en este autor la imaginarización de toda explicación en este tema.

“Un sucinto panorama de los caminos para la elección de objeto nos sugeriría estas observaciones indicativas: se ama

1. Según el tipo narcisista:

- a. A lo que uno mismo es (a sí mismo),
- b. A lo que uno mismo fue,
- c. A lo que uno querría ser, y
- d. A la persona que fue una parte del sí-mismo propio.

2. Según el tipo del apuntalamiento:

- a. A la mujer nutricia, y
 - b. Al hombre protector
- y a las personas sustitutivas que se alinean formando series en cada uno de esos caminos...”.

Según el tipo de apuntalamiento, todo amor es endogámico, aunque intermediado, en tanto que reenvía a la mujer nutricia (en general, la madre o sustituto) o al hombre protector (en general, el padre o sustituto), lo que nos reconduce a la indiscriminación con el amor filial.

Reconocemos el valor intrínseco que juegan en las elecciones y las identificaciones los rasgos del modelo parental. En todo caso, lo que cuestionamos es la gravitación que les da Freud en su teoría. Pensamos que, así planteada, la única relación posible y repetida en sus distintas formas es la filial.

En sus diferentes escritos, Freud sostendrá que la elección narcisística es resultado de una insuflación yoica.

“La importancia de la elección narcisista de objeto para la homosexualidad del hombre es algo que nos queda para considerar en otro contexto”.²⁹

12) Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico (1916)

“No queremos abandonar las «excepciones» sin apuntar que la pretensión de las mujeres a ciertas prerrogativas y dispensas de tantas coerciones de la vida descansa en el mismo fundamento. Como lo averiguamos por el trabajo psicoanalítico, las mujeres se consideran dañadas en la infancia, cercenadas de un pedazo y humilladas sin su culpa, y el encono de tantas hijas contra su madre tiene por raíz última el reproche de haberlas traído al mundo como mujeres y no como varones”³⁰.

Podríamos decir, dañadas desde la infancia. ¿No lo eran? ¿No lo son? ¿La discriminación no daña? Para Freud, el sentir de las mujeres deriva de un supuesto cercenamiento de un pedazo. Omite que es cercenada en sus deseos de estudiar, de elegir, de ser activa y destinada a ser objeto del otro. El enfoque freudiano es reduccionista y da por ciertas especulaciones que no reparan en el conjunto de variables en juego.

Desde la escucha en el consultorio, podemos verificar que la relación con ambos progenitores es compleja, singular e influida por los roles asignados en la sociedad que se habita.

Por otro lado, para el discriminado, sea cual fuere el motivo invocado, le es muy dificultoso no auto-discriminarse y, con ello, a los que están en su situación.

29. Op. cit., t. XIV, págs. 85 a 87.

30. Op. cit., t. XIV, pág. 322.

13) *El tabú de la virginidad* (1917) (“Contribuciones a la psicología del amor”, III)

“(…) La exigencia de que la novia no traiga al matrimonio el recuerdo del comercio sexual con otro hombre no es más que la aplicación consecuente del derecho de propiedad exclusiva sobre una mujer; es la esencia de la monogamia: la extensión de ese monopolio hacia el pasado”³¹.

“El primero que satisface la añoranza de amor -larga y penosamente contenida- de la doncella, superando así las resistencias que los influjos del medio y de la educación le habían erigido, es tomado por ella en una relación duradera cuya posibilidad ya ningún otro tiene. Sobre la base de esta vivencia se establece en la mujer un estado de servidumbre que garantiza su ulterior posesión sin sobresaltos y la vuelve capaz de resistir a nuevas impresiones y tentaciones provenientes de extraños”³².

“(…) De hecho, esa medida de servidumbre sexual es indispensable para mantener el matrimonio cultural y poner diques a las tendencias polígamas que lo amenazan; en nuestra comunidad social se cuenta con este factor”³³.

“En consonancia con ello, la servidumbre es incomparablemente más frecuente e intensa en la mujer que en el varón, aunque en este último es más común en nuestro tiempo que en la antigüedad”³⁴.

Propiedad, monopolio, posesión, servidumbre. Palabras que remiten a lo económico en las sociedades capitalistas: el detalle es que se está hablando de personas, no de mercancías.

“Toda vez que el primitivo ha erigido un tabú es porque teme un peligro, y no puede negarse que en todos esos preceptos de evitación se exterioriza un horror básico a la mujer. Acaso se funde en que ella es diferente al varón, parece eternamente incomprensible y misteriosa, ajena y por eso hostil. (...) Nada de esto ha caducado, sino que perdura entre nosotros”³⁵.

31. Op. cit., t. XI, pág. 189.

32. Ídem.

33. Ídem.

34. Ídem.

35. Op. cit., t. XI, pág. 194.

Sin abarcar la significación en su totalidad de lo que aquí escribe, destacamos que aparece uno de los motivos esenciales que conduce al horror, a la discriminación, al repudio: la diferencia. Si dudamos de esta afirmación, echemos una ojeada a la xenofobia, al racismo, por ejemplo.

“Horror básico”, “incomprensible”, “misteriosa”, “hostil”, son generalizaciones freudianas que seguramente dicen más de él que de aquellas a quienes endilga sus presunciones.

“Estimamos como la reacción normal tras el coito que la mujer, en el ápice de la satisfacción, abraza al varón oprimiéndolo contra sí; vemos en ello una expresión de su agradecimiento y una promesa de duradera servidumbre. Pero, bien lo sabemos, en modo alguno es la regla que también el primer comercio tenga por consecuencia esa conducta; hartas veces no significa más que un desengaño para la mujer, que permanece fría e insatisfecha, y de ordinario se requiere largo tiempo y la frecuente repetición del acto sexual para que este produzca la satisfacción también en la mujer. Desde esos casos de frigidez meramente inicial y muy pasajeros, una serie continua lleva hasta el desagradable resultado de una frigidez permanente que ningún empeño tierno del varón consigue superar. Creo que todavía no se ha llegado a entender bien esa frigidez de la mujer, y por eso reclama -salvo en los casos que pueden imputarse a la insuficiente potencia del varón-ser esclarecida, en lo posible a través de los fenómenos de que se rodea”³⁶.

“El primero que satisface la añoranza de amor larga y penosamente contenida de la doncella, superando así las resistencias que los influjos del medio y de la educación le habían erigido, es tomado por ella en una relación duradera cuya posibilidad ya ningún otro tiene. Sobre la base de esta vivencia se establece en la mujer un estado de servidumbre que garantiza su ulterior posesión sin sobresaltos y la vuelve capaz de resistir a nuevas impresiones y tentaciones provenientes de extraños”³⁷.

Repetimos este párrafo porque entra en conflagración con el anterior: ¿no había una añoranza larga y penosamente contenida? ¿Agradecimiento tal que conduce a la servidumbre? Entonces ¿Dónde queda? el desengaño, la insatisfacción, ¿la única posibilidad de algo en la que el varón tenga participación es la impotencia?

36. Op. cit., t. XI, pág. 196.

37. Op. cit., t. XI, pág. 189.

“El motivo del deseo sexual temprano parece dar razón de la costumbre de los primitivos que encarga de la desfloración a un anciano, sacerdote u hombre sagrado, es decir, un sustituto del padre (cf. *supra* [págs. 191-2]). Creo que desde aquí un camino recto nos lleva hasta el tan mentado *jus primae noctis* del señor feudal de la Edad Media. A. J. Storfer (1911) ha sustentado esta misma concepción y, además, interpretado la muy difundida institución de las «bodas de Tobías» (la costumbre de abstenerse las tres primeras noches) como un reconocimiento de los privilegios del patriarca; ya antes de él, C. G. Jung (1909) había opinado en el mismo sentido. Por lo dicho, responde en un todo a nuestra expectativa hallar también la imagen de los dioses entre los subrogados del padre encargados de la desfloración. En muchas comarcas de la India, la recién casada debía sacrificar su himen al *lingam* de madera, y según el informe de San Agustín, en el ceremonial nupcial romano (;de su época?) existía la misma costumbre, claro que atemperada, pues la joven esposa sólo tenía que sentarse sobre el gigantesco falo de piedra de Priapo”³⁸.

Huelgan las palabras, más de lo mismo. Pero con el agregado de que el autor bordea un precipicio: el de legitimar (cómo en el caso de la violación) el abuso hacia la mujer, distintivo de toda sociedad patriarcal, aunque tomando diferentes formas.

“Ahora bien, tras esta envidia del pene sale a la luz el encono hostil de la mujer hacia el varón, nunca ausente del todo en las relaciones entre los sexos y del cual proporcionan los más claros indicios los afanes y producciones literarias de las «emancipadas»”³⁹.

Incontestable tamaño descalificación a las mujeres en general, y, en particular, a las luchadoras que han puesto su cuerpo, su alma, su inteligencia, en la búsqueda del respeto a sus derechos.

14) Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal (1917)

“(…) Es como si estas mujeres hubieran entendido -desde luego, eso no pudo haber actuado en calidad de motivo- que la naturaleza le ha dado a

38. Op. cit., t. XI, pág. 199.

39. Op. cit., t. XI, pág. 200.

la mujer el hijo como sustituto de lo otro que se vio precisada a denegarle. En otras mujeres, aún, se averigua que ambos deseos estuvieron presentes en la infancia y se relevaron el uno al otro. Primero quisieron tener un pene como el varón y en una época posterior, siempre dentro de la infancia, apareció en su remplazo el deseo de tener un hijo”⁴⁰.

“Podemos indicar el destino que experimenta ese deseo infantil del pene cuando en la vida posterior están ausentes las condiciones de las neurosis. Se muda entonces en el deseo del varón; el varón es aceptado como un apéndice del pene”⁴¹.

Desde la visión freudiana, las mujeres tienen una única motivación en su vida: la obtención de un pene o su equivalente; de alguna manera, de una u otra forma, han de conseguirlo. Así, cuando una mujer desea un hombre, no es a él sino a su pene, lo tiene que aceptar como el apéndice inevitable del pene. En el mismo sentido, parece querer tener un hijo cuando en realidad lo quiere en tanto sustituto del pene. Lo único que ansía la mujer es ser un hombre y se consume tratando de lograr lo imposible.

La realidad es una construcción, ésta es la que hizo Freud.

15) Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina (1920)

“Era en verdad una feminista, hallaba injusto que las niñas no gozaran de las mismas libertades que los varones, y se rebelaba absolutamente contra la suerte de la mujer”⁴².

¿No será éste el verdadero trasfondo del malestar femenino? Si Freud hubiese podido escucharla...

“La bibliografía sobre la homosexualidad no suele distinguir con nitidez suficiente el problema de la elección de objeto, por un lado, y el del carácter y la actitud sexuales, por el otro, como si la decisión sobre uno de esos puntos se enlazara necesariamente con la decisión sobre el otro. Pero la experiencia muestra lo contrario: Un hombre con cualidades predominantemente viriles, y que exhiba también el tipo masculino de vida amorosa, puede, con todo eso, ser un invertido con relación al objeto, amar sólo a hombres,

40. Op. cit., t. XVII, pág. 119.

41. Ídem.

42. Op. cit., t. XVIII, pág. 161.

no a mujeres. Un hombre en cuyo carácter prevalezcan de manera llamativa las cualidades femeninas, y aun que se porte en el amor como una mujer, en virtud de esa actitud femenina debería estar destinado al varón como objeto de amor; no obstante, muy a pesar de eso, puede ser heterosexual y no mostrar hacia el objeto una inversión mayor que una persona normal media. Lo mismo vale para las mujeres; también en ellas carácter sexual y elección de objeto coinciden en una relación fija. Por tanto, el misterio de la homosexualidad en modo alguno es tan simple como se propende a imaginarlo en el uso popular: Un alma femenina, forzada por eso a amar al varón, instalada por desdicha en un cuerpo masculino; o un alma viril, atraída irresistiblemente por la mujer, desterrada para su desgracia a un cuerpo femenino.

Más bien se trata de tres series de caracteres:

Caracteres sexuales somáticos

(Hermafroditismo físico)

Carácter sexual psíquico

(Actitud masculina o femenina)

Tipo de elección de objeto que hasta cierto grado varían con independencia unos de otros y se presentan en cada individuo dentro de múltiples permutaciones⁴³.

¡Qué prolegómeno tan substancial aporta Freud a lo que será parte de los estudios de género! A pesar de haber observado algunas de las formas que adquiere la sexualidad humana, cuando trabajó el cambio de objeto o de zona, incluso luego de describir el polimorfismo en el niño, o sobre la definición de la identificación sexual (bisexualidad psíquica), encorseta sus hallazgos en la represión, en la etapa fálica, en el binarismo. Todo lo que rebalsaba ese límite lo estigmatizó, lo patologizó.

16) La organización genital infantil (1923)

“El carácter principal de esta «organización genital infantil» es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel *un genital*, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del *falo*”⁴⁴.

43. Op. cit., t. XVIII, págs. 162 y 263.

44. Op. cit., t. XIX, pág. 146.

“Por desdicha, sólo podemos describir estas constelaciones respecto del varoncito; carecemos de una intelección de los procesos correspondientes en la niña pequeña”⁴⁵.

“No carece de importancia tener presentes las mudanzas que experimenta, durante el desarrollo sexual infantil, la polaridad sexual a que estamos habituados. Una primera oposición se introduce con la elección de objeto, que sin duda presupone sujeto y objeto. En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no cabe hablar de masculino y femenino; la oposición entre *activo y pasivo* es la dominante. En el siguiente estadio de la organización genital infantil hay por cierto algo *masculino*, pero no algo femenino; la oposición reza aquí: *genital masculino, o castrado*. Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con *masculino y femenino*. Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad. La vagina es apreciada ahora como albergue del pene, recibe la herencia del vientre materno”⁴⁶.

Masculino, pene, actividad, sujeto. Femenino, vagina, pasividad, objeto. La vagina, albergue del pene, “herencia del vientre materno”.

17) *El problema económico del masoquismo (1924)*

“Volvamos al masoquismo. Se ofrece a nuestra observación en tres figuras: como una condición a la que se sujeta la excitación sexual, como una expresión de la naturaleza femenina y como una norma de la conducta en la vida (*behaviour*). De acuerdo con ello, es posible distinguir un masoquismo *erógeno*, uno *femenino* y uno *moral*. (...) En cuanto al masoquismo femenino, es el más accesible a nuestra observación, el menos enigmático, y se lo puede abarcar con la mirada en todos sus nexos”⁴⁷.

“De esta clase de masoquismo en el varón (al que me limito aquí, en razón del material disponible) nos dan suficiente noticia las fantasías de personas masoquistas (y a menudo por eso impotentes), que o desembocan en el acto onanista o figuran por sí solas la satisfacción sexual. (...) [E]l contenido manifiesto es el mismo: *ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente, azotado, maltratado de cualquier modo, sometido a obediencia*

45. Ídem.

46. Op. cit., t. XIX, págs. 148 y 149.

47. Op. cit., t. XIX, pág. 167.

incondicional, ensuciado, denigrado. Es mucho más raro que dentro de este contenido se incluyan mutilaciones; cuando sucede, se les impone grandes limitaciones. La interpretación más inmediata y fácil de obtener es que el masoquista quiere ser tratado como un niño pequeño, desvalido y dependiente, pero, en particular, como un niño díscolo. (...) es fácil descubrir que ponen a la persona en una situación característica de la feminidad, vale decir, significan ser castrado, ser poseído sexualmente o parir. Por eso he dado a esta forma de manifestación del masoquismo el nombre de «femenina» (...)»⁴⁸.

“Ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente, azotado, maltratado de cualquier modo, sometido a obediencia incondicional, ensuciado, denigrado”. Intencionalmente remarcamos este párrafo dado que “supuestamente” la condición de mujer implica estas “preferencias”.

Hemos mencionado este tipo de fantasías cuando trabajamos el tercer ensayo; no negamos que se hacen presentes y frecuentes, también, en mujeres. Pero, Freud, apoyándose en su visión de la feminidad, las adscribe a ellas, aun cuando las extrae del “material” con el que cuenta a partir de hombres.

Es interesante a dilucidar cuánto del sometimiento de la mujer a través de los siglos ha producido un goce hijo de la esclavitud. La pregunta que nos formulamos es cuánto de la opresión lleva al oprimido a la desinvertidura de su carnadura humana, deseante. Y esto incluye a los hombres que caen bajo el peso de su pseudo-libertad y privilegio.

18) *El sepultamiento del complejo de Edipo (1924)*

“Nuestro material se vuelve aquí incomprensiblemente mucho más oscuro y lagunoso. También el sexo femenino desarrolla un complejo de Edipo, un superyó y un período de latencia. ¿Puede atribuírsele también una organización fálica y un complejo de castración? La respuesta es afirmativa, pero las cosas no pueden suceder de igual manera que en el varón. La exigencia feminista de igualdad entre los sexos no tiene aquí mucha vigencia; la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico. Parafraseando una sentencia de Napoleón, «la anatomía es el destino»⁴⁹.

48. Op. cit., t. XIX, págs. 167 y 168.

49. Op. cit., t. XIX, pág. 185.

Nuevamente, la diferencia morfológica: “la anatomía es el destino”.

Ya nos posicionamos al respecto y dijimos que la diferencia anatómica puede ser interpretada de muy diversas formas, distintas a lo planteado por Freud. El hombre y la mujer son diferentes entre sí. No hay un humano igual a otro. Sin embargo, los derechos para cada uno deben ser idénticos. El descubrimiento de las diferencias, la interpretación y las consecuencias que se desprenden pueden, quiérase o no, funcionar al servicio de legitimar la inequidad.

“Excluida la angustia de castración, está ausente también un poderoso motivo para instituir el superyó e interrumpir la organización genital infantil (...) La menor intensidad de la contribución sádica a la pulsión sexual, que es lícito conjugar con la mutilación del pene, facilita la mudanza de las aspiraciones directamente sexuales en aspiraciones tiernas de meta inhibida. Pero en conjunto es preciso confesar que nuestras intelecciones de estos procesos de desarrollo que se cumplen en la niña son insatisfactorias, lagunosas y vagas”⁵⁰.

¿Menor pulsión sádica porque no tiene un pene que le permita penetrar?

19) *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos (1925)*

“En lo que sigue comunico un resultado de la investigación analítica que sería muy importante si pudiera demostrarse su validez universal. ¿Por qué no pospongo la publicación hasta que una experiencia más rica me brinde esta prueba, si se la puede producir? Porque en las condiciones de mi trabajo ha sobrevenido un cambio cuyas consecuencias no puedo desmentir. Yo no me he contado entre quienes son incapaces de reservarse durante algún tiempo una novedad conjeturada, a la espera de su corroboración o rectificación. Antes de publicar *La interpretación de los sueños* (1900a) y «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905e) (el caso de «Dora») esperé, si no los nueve años que recomienda Horacio, entre cuatro y cinco años; pero en esa época veía por delante un tiempo de extensión ilimitada -«*oceans of time*», como dijo un amable poeta-, y el material me fluía con tanta abundancia que casi me abrumaban las nuevas experiencias. Por añadidura, era el único trabajador en un nuevo campo, y mi reserva no significaba peligro alguno para mí ni perjuicios para otros.

50. Op. cit., t. XIX, pág. 186.

(...) Ahora todo eso ha cambiado. El tiempo que tengo ante mí es limitado, ya no lo aprovecho completamente en el trabajo, y por eso no son tan abundantes las oportunidades de hacer nuevas experiencias. Cada vez que creo ver algo nuevo, dudo si me es posible esperar su corroboración (...). Un grupo de diligentes colaboradores está dispuesto a sacar partido aun de lo inacabado, de lo discernido sin seguridad, y puedo confiarles la parte del trabajo de que yo mismo me habría encargado en otras circunstancias. Por eso me siento con derecho, esta vez, a comunicar algo que urgentemente requiere prueba antes de que pueda discernirse su valor o disvalor⁵¹.

El tiempo y el acercamiento inexorable de la muerte producen en el autor una urgencia comprensible pero que no se condice con una actitud científica.

Lo cierto es que lo que aquí expondrá no difiere en nada de las convicciones que manifestó desde un principio, sin otra experiencia que lo avale más que una visión exterior, parcial, monádica, interpretada desde lo que su propio imaginario le dictaba.

“Ya he dicho lo esencial que tenía para decir, y aquí me detengo para echar una ojeada panorámica sobre los resultados. Hemos obtenido una intelección sobre la prehistoria del complejo de Edipo en la niña. Lo que pueda corresponderle en el varón es bastante desconocido. En la niña, el complejo de Edipo es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración le preceden y lo preparan. En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. *Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último.* Esta contradicción se esclarece si se reflexiona en que el complejo de castración produce en cada caso efectos en el sentido de su contenido: inhibidores y limitadores de la masculinidad, y promotores de la feminidad. La diferencia entre varón y mujer en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella; corresponde al distinguo entre castración consumada y mera amenaza de castración. Entonces, nuestro resultado es en el fondo algo trivial que habría podido preverse⁵².”

51. Op. cit., t. XIX, págs. 267 y 268.

52. Op. cit., t. XIX, págs. 274 y 275.

Freud va repasando sus postulados sobre el desarrollo sexual en el varón y la niña. Se referirá a la fase fálica, al descubrimiento de la presencia o ausencia del pene, lo que desembocará en el complejo de castración: según los sexos, angustia de castración o envidia al pene, determinaciones inevitables en el discurrir del complejo de Edipo.

Agregaré que la envidia al pene se trasmutará y pervivirá en los celos, más intensos, como un rasgo de carácter y que la “inferioridad del clítoris” provocará que la mujer soporte peor la masturbación, práctica masculina, y una contracorriente opuesta al onanismo precursora de la oleada represiva de la pubertad. La afrenta narcisista sería la causa de su aversión al onanismo y la competencia perdida con el varón.

Pensamos que dentro del cuadro de consecuencias que adjudica a la diferencia, adquiere una gran relevancia la que se refiere a la formación del superyó.

“En la niña falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo. La castración ya ha producido antes su efecto, y consistió en esforzar a la niña a la situación del complejo de Edipo. Por eso este último escapa al destino que le está deparado en el varón; puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la mujer. Uno titubea en decirlo, pero no es posible defenderse de la idea de que el nivel de lo éticamente normal es otro en el caso de la mujer. El superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón. Rasgos de carácter que la crítica ha enrostrado desde siempre a la mujer -que muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón, y menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida; que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles- estarían ampliamente fundamentados en la modificación de la formación -superyó que inferimos en las líneas anteriores. En tales juicios no nos dejaremos extraviar por las objeciones de las feministas, que quieren imponernos una total igualdad e idéntica apreciación de ambos sexos; pero si concederemos de buen grado que también la mayoría de los varones se quedan muy a la zaga del ideal masculino, y que todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición {constitucional} bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad

y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto”⁵³.

(...) Me inclino a conceder valor a las elucidaciones aquí presentadas acerca de las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos, pero sé que esta apreciación sólo puede sustentarse si los descubrimientos hechos en apenas un puñado de casos se corroboran universalmente y demuestran ser típicos. De lo contrario no serían más que una contribución al conocimiento de los múltiples caminos que sigue el desarrollo de la vida sexual”⁵⁴.

Subrayemos: menos sentimiento de justicia.

20) *Inhibición, síntoma y angustia* (1925)

“Cuando en un pasaje anterior de estas indagaciones tropezamos con la significatividad de la angustia de castración para más de una afección neurótica, nos habíamos advertido a nosotros mismos no sobreestimar este factor, puesto que en el sexo femenino -sin duda, el más predispuesto a la neurosis- no podría ser lo decisivo. [cf. pg. 117.]. Ahora vemos que no corremos el peligro de declarar a la angustia de castración como el único motor de los procesos defensivos que llevan a la neurosis. En otro lugar he puntualizado cómo el desarrollo de la niña pequeña es guiado a través del complejo de castración hasta la investidura tierna del objeto. Y precisamente, en el caso de la mujer parece que la situación de peligro de la pérdida de objeto siguiera siendo la más eficaz. Respecto de la condición de angustia válida para ella, tenemos derecho a introducir esta pequeña modificación: más que la ausencia o la pérdida real del objeto, se trata de la pérdida de amor de parte del objeto”⁵⁵.

21) *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926)

“(…) Acerca de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esta diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un *dark*

53. Op. cit., t. XIX, págs. 276.

54. Ídem.

55. Op. cit., t. XX, pág. 135.

continent {continente negro} para la psicología. Pero hemos discernido que la niña siente pesadamente la falta de un miembro sexual de igual valor que el masculino, se considera inferiorizada por esa falta, y «esa envidia del pene» da origen a toda una serie de reacciones característicamente femeninas”⁵⁶.

Paradójicamente, es la mujer (ese continente negro) la que más ha poblado los consultorios psicoanalíticos. El desconocimiento ¿se debe a un velamiento eficaz que hace la mujer o porque los paradigmas culturales impiden mirarla, escucharla?

22) *El porvenir de una ilusión* (1927)

“Como usted sabe, se dice y se repite que las mujeres en general sufren la llamada «imbecilidad fisiológica» es decir, tienen menor inteligencia que el varón. El hecho mismo es discutible, su explicación es incierta, pero he aquí un argumento que indicaría la naturaleza secundaria de esta mutilación intelectual. Las mujeres están sujetas a la temprana prohibición de dirigir su pensamiento a lo que más les habría interesado, a saber, los problemas de la vida sexual”⁵⁷.

O sea, imbecilidad sí, pero no innata. Ya en el Medioevo se discutía si la mujer poseía alma. La historia abunda en ejemplos en los que, por cuestiones de poder y conveniencia, se negaba humanidad al diferente, y se pretendía fundamentarlo en interpretaciones malintencionadas de descubrimientos científicos. (Es necesario admitir que hay y ha habido científicos que ponen sus conocimientos al servicio de ciertos intereses, ya sea por cuestiones ideológicas o por búsqueda de financiación).

23) *El malestar en la cultura* (1929)

“Por consiguiente, la convivencia de los seres humanos tuvo un fundamento doble: la compulsión al trabajo, creada por el apremio exterior, y el poder del amor, pues el varón no quería estar privado de la mujer como objeto sexual, y ella no quería separarse del hijo, carne de su carne”⁵⁸.

56. Op. cit., t. XX, pág. 199.

57. Op. cit., t. XXI, pág. 47.

58. Op. cit., t. XXI, págs. 98 y 99.

Más adelante, agrega: “Además, las mujeres, las mismas que por los reclamos de su amor habían establecido inicialmente el fundamento de la cultura, pronto entran en oposición con ella y despliegan su influjo de retardo y reserva. Ellas subrogan los intereses de la familia y de la vida sexual; el trabajo de cultura se ha ido convirtiendo cada vez más en asunto de los varones, a quienes plantea tareas de creciente dificultad, constriñéndolos a sublimaciones pulsionales a cuya altura las mujeres no han llegado. Puesto que el ser humano no dispone de cantidades ilimitadas de energía psíquica, tiene que dar trámite a sus tareas mediante una adecuada distribución de la libido. Lo que usa para fines culturales lo sustrae en buena parte de las mujeres y de la vida sexual: la permanente convivencia con varones, su dependencia de los vínculos con ellos, llegan a enajenarlos de su tarea de esposo y padre. De tal suerte, la mujer se ve empujada a un segundo plano por las exigencias de la cultura y entra en una relación de hostilidad con ella”⁵⁹.

Subrayemos “Lo que usa para fines culturales lo sustrae en buena parte de las mujeres y de la vida sexual: la permanente convivencia con varones, su dependencia de los vínculos con ellos, llegan a enajenarlos de su tarea de esposo y padre”.

*¿La hostilidad es hacia la cultura o hacia hombre esposo y padre ganado por el sistema y sin resto libidinal para el sexo y el amor? ¿En dónde queda el mito del hombre siempre dispuesto y la mujer siempre renuente?*⁶⁰.

En esta argumentación freudiana la mujer produciría un influjo de retardo cultural llevada por sus necesidades pulsionales (que no padecerían entonces de la debilidad que se les atribuía). La mujer, disminuida en su capacidad de sublimar, quiere aquello de lo que, según Freud, el hombre queda enajenado.

24) Sobre la sexualidad femenina (1931)

“(…) la bisexualidad, que según nuestra tesis es parte de la disposición {constitucional} de los seres humanos, resalta con mayor nitidez en la mujer que en el varón. En efecto, éste tiene sólo una zona genésica rectora,

59. Op. cit., t. XXI, pág. 101.

60. *Sabemos que históricamente se ha reprochado a la mujer un supuesto rechazo o escaso interés sexual: “Hoy no, querido, estoy cansada”; “Hoy no, me duele la cabeza”.*

un órgano genésico, mientras que la mujer posee dos de ellos: la vagina, propiamente femenina, y el clítoris, análogo al miembro viril”⁶¹.

(...) Ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad, pero también se revuelve contra esa situación desagradable. De esa actitud bi-escindida derivan tres orientaciones de desarrollo. La primera lleva al universal extrañamiento respecto de la sexualidad. La mujercita, aterrorizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clítoris, renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como a buena parte de su virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos. También este «complejo de masculinidad» de la mujer puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesta. Sólo un tercer desarrollo, que implica sin duda rodeos, desemboca en la final configuración femenina que toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo. Por lo tanto, el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración, sino creado por él; escapa a las intensas influencias hostiles que en el varón producen un efecto destructivo, e incluso es frecuentísimo que la mujer nunca lo supere. Por eso son más pequeños y de menor alcance los resultados culturales de su descomposición. Probablemente no se yerre aseverando que esta diferencia en el vínculo recíproco entre complejo de Edipo y complejo de castración imprime su cuño al carácter de la mujer como ser social”⁶².

El complejo de Edipo, la castración determinan el lugar social la mujer. O sea, lo social es secundario a lo anatómico y sus supuestas consecuencias.

Al párrafo anterior lo comenta una nota al pie, que transcribimos: “Se puede prever que los feministas entre los hombres, pero también nuestras analistas mujeres, discreparán con nuestras puntualizaciones. Difícilmente dejarán de objetar que tales doctrinas provienen del «complejo de masculinidad» del varón y están destinadas a procurar justificación teórica a su innata tendencia a rebajar y oprimir a la mujer. Sólo que semejante argumentación

61. Op. cit., t. XXI, págs. 229 y 230.

62. Op. cit., t. XXI, págs. 231 y 232.

psicoanalítica recuerda en este caso, como en tantos otros, a la famosa «vara de dos puntas» de Dostoievski. En efecto, a su vez los oponentes de quienes sostengan tales asertos hallarán muy comprensible que el sexo femenino no quiera aceptar algo que pueda contradecir su igualación al varón, cálidamente ansiada. Es evidente que el uso del psicoanálisis como instrumento polémico no lleva a decidir las cuestiones⁶³.

A pesar de lo que Freud afirma, utiliza su teorización para polemizar con todo aquel que tenga una visión diferente. Toma como ciencia sus especulaciones. Y en este párrafo le da a la diferencia un carácter especular, como si se tratara de una pulseada.

Sin embargo nos había dicho que se trata de un tema desconocido, sujeto a futuras comprobaciones, que sólo será válido si se comprueba típico y universal y no el resultado de la observación de un puñado de casos. Evidentemente, no pudo ser coherente con tal formulación: le adjudicó la validez que él mismo reconoció que no tenía.

Nosotros podemos responder a la convocatoria de Freud e intentar dilucidar si lo que señala es otra de las múltiples formas de la sexualidad humana o es universal.

25) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1932).

“31ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica

“El único órgano considerado de hecho inferior es el pene atrofiado, el clítoris de la niña⁶⁴.”

26) “32ª conferencia. Angustia y vida pulsional”

“(…) el interés por la vagina, que despierta más tarde, es de origen anal-erótico. No es asombroso, pues la vagina misma, según una feliz expresión de Lou Andreas-Salomé [1916], ha «tomado terreno en arriendo» al ano⁶⁵.”

27) “33ª conferencia. La feminidad”

“El enigma de la feminidad ha puesto caviloso a los hombres de todos los tiempos:

63. Op. cit., t. XXI, pág. 232.

64. Op. cit., t. XXII, pág. 61.

65. Op. cit., t. XXII, págs. 93 y 94.

«Cabezas con gorros jeroglíficos,
cabezas de turbante, otras de negra birreta,
cabezas con peluca, y millares
de pobres, traspiradas cabezas humanas... ».

Tampoco ustedes, si son varones, estarán a salvo de tales quebraderos de cabeza, de las mujeres presentes, no se espera que sean tal enigma para sí mismas⁶⁶.

Es llamativo lo que aquí dice porque las mujeres presentes que cuestionaban sus opiniones eran ironizadas, descalificadas por él.

“(…) Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculino y en esto otro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. No es posible dar *ningún* contenido nuevo a los conceptos de masculino y femenino. Ese distingo no es psicológico; cuando ustedes dicen «masculino», por regla general piensan en «activo», y en «pasivo» cuando dicen «femenino». Es cierto que existe una relación así. La célula genésica masculina se mueve activamente, busca a la femenina, y el óvulo permanece inmóvil, aguardando de manera pasiva. Y aun esta conducta de los organismos genésicos elementales es paradigmática para el comportamiento de los individuos en el comercio sexual. El macho persigue a la hembra con el fin de la unión sexual, la apresa y penetra en ella. Pero así habrán reducido ustedes, para la psicología, el carácter de lo masculino al factor de la agresión. Y empezarán a dudar de haber dado con algo esencial si piensan que en muchas clases de animales las hembras son las más fuertes y agresivas, y los machos son activos exclusivamente en el acto de la unión sexual⁶⁷.

Cuando Freud se pregunta por lo femenino y lo masculino, recurre a la fisiología de la reproducción y concluye que la pasividad queda del lado de la mujer (óvulo) y la actividad, del lado del hombre (espermatozoide). Esta concepción es propia del Medioevo. El autor traza una analogía del comportamiento del óvulo y el espermatozoide en el camino a la reproducción con el comportamiento de los sexos: aun admitiendo y continuando esta forma analógica de pensamiento, advertimos una flagrante inexactitud. Freud era médico y no desconocía que

66. Op. cit., t. XXII, pág. 105.

67. Op. cit., t. XXII, pág. 106.

el óvulo no permanece inmóvil en el ovario sino que migra y se encuentra -o no- con el espermatozoide en la trompa de Falopio.

Por otra parte, cuando se refiere al “comercio sexual” en términos del interjuego actividad-pasividad, ignora sus propias observaciones en otras partes de su obra. La mujer debía diferenciarse de las “indecentes”. En la conquista amorosa, en el juego sexual, había pautas a seguir, lo que no implicaba pasividad, sino otra forma de actividad.

“También en el campo de la vida sexual humana notarán enseguida cuán insuficiente es hacer corresponder conducta masculina con actividad, y femenina con pasividad. La madre es en todo sentido activa hacia el hijo (...). Y mientras más se alejen del ámbito estrictamente sexual más nítida se les volverá esa «falta de correspondencia». Las mujeres pueden desplegar gran actividad en diversas direcciones, y los varones no pueden convivir si no desarrollan un alto grado de docilidad pasiva. Si ahora me adujeran que justamente estos hechos contendrían la prueba de que tanto varones como mujeres son bisexuales en sentido psicológico, yo inferiría que se han decidido de manera tácita a hacer coincidir «activo» con «masculino» y «pasivo» con «femenino». Pero se los desaconsejo. Me parece inadecuado y no aporta ningún discernimiento nuevo.

Lo mismo podría intentarse caracterizar psicológicamente la feminidad diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas, desde luego, esto no es idéntico a la pasividad; puede ser necesaria una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva. Quizás ocurra que desde el modo de participación de la mujer en la función sexual se difunda a otras esferas de su vida la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva, en extensión variable según el imperio limitado o vasto de ese paradigma que sería su vida sexual. No obstante, debemos cuidarnos de pasar por alto la influencia de las normas sociales, que de igual modo esfuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas”.

En este escrito, plagado de contradicciones, Freud oscila entre lo producido por las normas sociales y algo así como una esencia intrínseca, endógena, de lo masculino y lo femenino, determinada por lo biológico. Se trataría de “preferencias”, “predilecciones”. Continúa:

“Todo esto es todavía muy oscuro. No descuidaremos la existencia de un vínculo particularmente constante entre feminidad y vida pulsional. Su

propia constitución le prescribe a la mujer sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone; esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas, susceptibles de ligar eróticamente las tendencias destructivas vueltas hacia adentro. El masoquismo es entonces, como se dice, auténticamente femenino. Pero si, como ocurre con tanta frecuencia, se topan ustedes con el masoquismo en varones, ¿qué otra cosa les resta sino decir que estos varones muestran rasgos femeninos muy nítidos? Ahora ya están preparados para que tampoco la psicología resuelva el enigma de la feminidad. Ese esclarecimiento, en efecto, tiene que venir de otro lado, y no se obtendrá hasta que no averiguemos cómo ha nacido, en general, la diferenciación del ser vivo en dos sexos (...). Entretanto, tenemos abundante materia de estudio en los individuos humanos que por la posesión de los genitales femeninos se caracterizan como pertenecientes a ese sexo de una manera manifiesta o predominante. Pues bien, el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer -una tarea de solución casi imposible para él- sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual. Algo hemos averiguado sobre esto en los últimos tiempos, merced a las circunstancias de que varias de nuestras distinguidas colegas han comenzado a elaborar esta cuestión en el análisis. La discusión sobre ella cobró particular atractivo en virtud de la diferencia misma entre los sexos; en efecto, cada vez que una comparación parecía resultar desfavorable a su sexo, nuestras damas podían exteriorizar la sospecha de que nosotros, los analistas varones, no habíamos podido superar ciertos prejuicios hondamente arraigados sobre la feminidad y lo pagábamos con el carácter parcial de nuestra investigación. Y a nosotros nos resultaba fácil, situándonos en el terreno de la bisexualidad, evitar toda descortesía. No teníamos más que decir: “eso no es válido para ustedes; son una excepción, más masculinas que femeninas en este punto”⁶⁸.

“También surgen diferencias en la disposición pulsional, que permiten vislumbrar la posterior naturaleza de la mujer. La niña pequeña es por regla general menos agresiva y porfiada, se basta menos a sí misma, parece tener más necesidad de que se le muestre ternura, y por eso es más dependiente y dócil”⁶⁹.

68. Op. cit., t. XXII, págs. 107 y 108.

69. Op. cit., t. XXII, pág. 109.

Atribuye a esta característica el que se la pueda educar más pronto en el control de esfínteres y prosigue:

“También se recibe la impresión de que la niña pequeña es más inteligente y viva que el varoncito de la misma edad, que se muestra más solícita hacia el mundo exterior, y que sus investiduras de objeto poseen mayor intensidad que las de aquél. No sé si este adelanto en el desarrollo se ha comprobado mediante observaciones exactas, pero lo cierto es que no puede atribuirse a la niña un retraso intelectual. Sin embargo, esas diferencias entre los sexos no cuentan mucho, pueden ser contrarrestadas por variaciones individuales. Para nuestros propósitos individuales podemos dejarlas de lado”⁷⁰.

“Los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal. Habría podido esperarse que ya en la fase sádica-anal se exteriorizara en la niña pequeña un rezago de agresión, pero no es así. El análisis del juego infantil ha mostrado a nuestras analistas mujeres que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en materia de diversidad y violencia. Con el ingreso en la fase fálica, las diferencias entre los sexos retroceden en toda la línea ante las concordancias. Ahora tenemos que admitir que la niña pequeña es como un pequeño varón. Según es sabido, esta fase se singulariza en el varoncito por el hecho de que sabe procurarse sensaciones placenteras de su pequeño pene, y conjuga el estado de excitación de este con sus representaciones de comercio sexual. Lo propio hace la niña con su clítoris, aún más pequeño. Parece que en ella todos los actos onanistas tuvieran por teatro este equivalente del pene, y que la vagina, genuinamente femenina, fuera todavía algo no descubierto para ambos sexos”⁷¹.

A continuación, escribirá sobre los efectos que en la niña va a producir el descubrimiento de la diferencia morfológica. Describe lo que ya hemos reseñado, en el análisis que estamos haciendo de su producción. Freud menciona cuestiones que desmienten sus afirmaciones, opuestas a lo observable: agresividad, vida pulsional, actividad, pasividad, pero las desestima. La solución que encuentra es adjudicar a un sexo y al otro, determinado atributo y termina definiendo qué es la mujer a partir de un único e ineluctable desarrollo para devenir mujer.

70. Ídem.

71. Ídem.

“El deseo de obtener al fin el pene anhelado puede prestar todavía su contribución a los motivos que llevan a la mujer madura al análisis, y lo que razonablemente le cabe esperar de este último (p. ej., la aptitud para ejercer un oficio intelectual) es discernible a menudo como una metamorfosis sublimada de ese deseo reprimido”⁷².

“Es grande la dicha cuando ese deseo del hijo halla más tarde su cumplimiento en la realidad, y muy especialmente cuando el hijo es un varoncito, que trae consigo el pene anhelado”.

“(…) Pero quizá debiéramos ver en este deseo del pene, más bien, el deseo femenino por excelencia”⁷³.

El deseo en toda mujer tiene nombre y apellido, es uno y unívoco, según este autor. Sólo desea, anhela, quiere un pene y su vida es la lucha por obtenerlo; todo lo demás es un sustituto de aquél, un triste premio consuelo, que la agosta y envejece prematuramente.

“(…) además, no siempre es fácil distinguir qué debe atribuirse al influjo de la función sexual y qué a la domesticación social. Adjudicamos a la feminidad, pues, un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar. En la vanidad corporal de la mujer sigue participando el efecto de la envidia del pene, pues ella no puede menos que apreciar tanto más sus encantos como tardío resarcimiento por la originaria inferioridad sexual. La vergüenza, considerada una cualidad femenina por excelencia, pero fruto de la convención en medida mucho mayor de lo que se creería, la atribuimos al propósito originario de ocultar el defecto de los genitales. No olvidemos que ha tomado luego sobre sí otras funciones. Se cree que las mujeres han brindado escasas contribuciones a los descubrimientos e inventos de la historia cultural, pero son tal vez las inventoras de una técnica: la del trenzado y tejido. Si así fuera, uno estaría tentado a colegir el motivo inconsciente de este logro. La naturaleza misma habría proporcionado el arquetipo para esa imitación haciendo crecer el vello pubiano con la madurez genital, el vello que encubre los genitales. El paso que aún restaba dar consistió en hacer que adhieran unos a otros los hilos, que en el cuerpo pendían de la piel y sólo estaban enredados. Si ustedes

72. Op. cit., t. XXII, pág. 116.

73. Op. cit., t. XXII, pág. 119.

rechazan esta ocurrencia por fantástica, y consideran que es una idea fija mía la del influjo de la falta de pene sobre la conformación de la feminidad, yo quedo, naturalmente, indefenso”⁷⁴.

Es verdad, indefenso y expuesto. Lo aquí afirmado no es más que una síntesis de su horror y menosprecio a la mujer. El repaso sucinto que hemos hecho de mujeres que descollaron habla por sí solo. Como dice Jung, la teoría es válida porque toda teoría representa a una parcela de la humanidad pero no a toda.

La sociedad patriarcal ha alimentado esta visión de la mujer. La violencia resulta de una prédica que ha llevado a las “mayorías” a creer que la mujer es un objeto y que, si no cumple con su función, su dueño lo puede ofender, insultar, descalificar, tirar, pisar golpear, romper, matar.

Así sigue:

“Sólo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción irrestricta, es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas (...). El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido hacer de su marido también su hijo, y actuar {*agieren*} la madre respecto de él”⁷⁵.

“(...) la ligazón pre-edípica tierna es la decisiva para el futuro de la mujer; en ella se prepara la adquisición de aquellas cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual y costeará sus inapreciables rendimientos sociales. En esa identificación conquista también su atracción sobre el varón, atizado hasta el enamoramiento la ligazón- madre edípica de él. Sin embargo, con harta frecuencia sólo el hijo varón recibe lo que el varón pretendía para sí”⁷⁶.

¿Quién habla aquí? En el psicoanálisis, la voz que se escucha es la del hijo, un hijo que pretende ser todo para la madre. Y que permanece eternamente hijo.

Agreguemos algunos detalles:

“El hecho de que sea preciso atribuir a la mujer escaso sentido de la justicia tiene íntima relación con el predominio de la envidia en su vida anímica, pues el reclamo de justicia es un procesamiento de la envidia, indica la condición bajo la cual uno puede desistir de esta. También decimos

74. Ídem.

75. Op. cit., t. XXII, pág. 124.

76. Ídem.

acerca de las mujeres que sus intereses sociales son más endebles que los del varón, así como es menor su aptitud para la sublimación de lo pulsional. Lo primero deriva sin duda del carácter disocial que es rasgo inequívoco de todos los vínculos sexuales. Los amantes se bastan uno a otro y aun la familia es reacia a su inclusión en asociaciones más amplias. La aptitud para la sublimación está sujeta a las máximas variaciones individuales. En cambio, no puedo dejar de mencionar una impresión que se recibe una y otra vez en la actividad analítica. Un hombre que ronde la treintena nos aparece como un individuo joven, más bien inmaduro, del cual esperamos que aproveche abundantemente las posibilidades de desarrollo que le abre el análisis. Pero una mujer en la misma época de la vida nos aterra a menudo por su rigidez psíquica y su inmutabilidad. Su libido ha adoptado posiciones definitivas y parece incapaz de abandonarlas por otras. No se obtienen vías hacia su ulterior desarrollo; es como si todo el proceso estuviera concluido y no pudiera influirse más sobre él desde entonces; más aún: es como si el difícil desarrollo hacia la feminidad hubiera agotado las posibilidades de la persona. Como terapeutas lamentamos ese estado de cosas, aunque consigamos poner término al sufrimiento mediante la tramitación del conflicto neurótico”⁷⁷.

“Eso es todo lo que tenía que decirles acerca de la feminidad. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato. Pero no olviden que hemos descrito a la mujer sólo en la medida que su ser está comandado por su función sexual. Este influjo es sin duda muy vasto, pero no perdamos de vista que la mujer individual ha de ser además un ser humano”⁷⁸.

Es, por lo menos, impactante esta aclaración: “(...) la mujer individual ha de ser además un ser humano”. ¡Cuánta similitud guarda esta frase con las discusiones acerca de si los aborígenes eran humanos! Es posible que Freud haya necesitado decirselo a sí mismo. No es ocioso recordar que en épocas previas se dudaba que la mujer tuviera alma. En los hechos, suele considerársela menos que humana; de ahí la violencia verbal, la violencia psicológica y gestual que la tiene por destinataria.

77. Op. cit., t. XXII, págs. 124 y 125.

78. Op. cit., t. XXII, pág. 125.

28) *Análisis terminable e interminable* (1937)

“(…) en cambio, de esa fuente provienen estallidos de depresión grave, por la certeza interior de que la cura analítica no servirá para nada y de que no es posible obtener remedio. No se le hará injusticia si se advierte que la esperanza de recibir, empero, el órgano masculino que echa de menos dolidamente fue el motivo más intenso que la esforzó a la cura”⁷⁹.

“A menudo uno tiene la impresión de haber atravesado todos los estratos psicológicos y llegado con el deseo del pene y la protesta masculina, a la «roca de base» y, de este modo, al término de su actividad. Y así tiene que ser, pues para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente”⁸⁰.

Claramente, el autor define el papel determinante de lo biológico para lo psíquico, sin advertir que lo biológico cobra un sentido según quién lo interpreta: en sí mismo no posee ningún significado. Ejemplifiquemos: allí donde Freud ve una atrofia, un muñón con tremendas consecuencias, otros pueden ver el pene como una hipertrofia y otros, una simple diferencia. Además, toma la superficie corporal y la piensa como una realidad a la que los seres humanos tenemos acceso.; Sin embargo, hemos perdido esa posibilidad con el lenguaje.

La palabra es a la vez nuestra posibilidad y nuestra cárcel. Intentamos con ella expresarnos, “comunicarnos”, pero, a la vez, nos divorcia irremediablemente del contacto sin mediación con nuestro cuerpo, con nuestro entorno. Como dice el poeta, “Las palabras no entienden lo que pasa”. La relación entre significantes, tampoco. Pero... estamos inmersos en el lenguaje. Pasa como con la conciencia: somos conscientes de... pero, a la vez y por eso mismo, permanecemos exteriores al mundo, a la vida, a la muerte. Sólo accedemos a ellos a través de los registros de nuestro psiquismo.

79. Op. cit., t. XXIII, pág. 253.

80. Op. cit., t. XXIII, pág. 253.

OTROS CUESTIONAMIENTOS

El recorrido realizado previamente a la transcripción de las afirmaciones freudianas sobre la feminidad, nos provee del marco necesario para contextualizarlas. Hemos visto cuáles eran las ideas predominantes que precedieron a Freud, lo acompañaron y llegaron hasta el presente. Sin embargo, como ya lo subrayáramos, ese mismo recorrido nos demuestra que no eran las únicas vigentes, ni en las representaciones ni en la experiencia.

Afirmamos, una vez más, que las palabras no son neutras. Lo ejemplificado con el diccionario lo revela. Podrán variar los contenidos, pero siempre reflejarán las representaciones del período en que están inmersas.

Freud pudo trascender, por lo menos en parte, la visión imperante sobre la homosexualidad. Si bien, como ya lo señaláramos, las palabras “perversión” y “transgresión” (transgresiones con respecto al objeto y a la zona) generaron una estigmatización del homosexual desde la ciencia. Pero aún así pudo valorar y admitir que, dentro de la población homosexual, los rendimientos artísticos y científicos, la fineza y brillantez de los que trascendieron el anonimato, guardaban absoluta paridad con los hombres heterosexuales. Aquellos que alcanzaron notoriedad le proveyeron los elementos necesarios para hacer extensiva su observación a todos los homosexuales.

Además, pudo dar la adecuada gravitación a la cultura en relación con la apreciación que se hace de este tipo de elección sexual. Tomó a los griegos de la Antigüedad para ejemplificarlo: en su cúspide civilizatoria, los hombres elegían libremente como objeto sexual a los de su propio sexo. Demuestra cómo en la sociedad griega esta elección fue por entero normal. La censura pasaba por las posiciones amatorias estatuidas, según la jerarquía social. Con esas aseveraciones sale al encuentro de quienes consideraban la homosexualidad una enfermedad o de carácter degenerativo.

No podemos desconocer las contradicciones que quedaron expresadas en muchas partes de su obra con respecto a la homosexualidad. A modo de ejemplo, la generalización que hace del tipo de elección de objeto, devenida de una “*perturbación del desarrollo libidinal*”¹. Asimismo, interpreta esta elección como un resultado determinado por el descubrimiento de la

1. Op. cit., t. XIV, págs. 84 y 85. El destacado es nuestro.

castración en un contexto desfavorable para el infante del que sus educadores -en especial, la madre- son partícipes necesarios. Desde esa óptica, la homosexualidad queda fuera del campo de la normalidad y dentro de las perversiones, conceptualizadas como el desvío de la meta que es “la conjunción de los genitales con el fin de la reproducción”. Sin embargo, y a pesar del desvío aludido, Freud diferencia entre homosexuales neuróticos y homosexuales perversos.

Como vemos existe un Freud *versus* Freud: en algunos tramos de su obra, los homosexuales se enmarcan dentro de la normalidad sexual en los humanos; en otros, quedan contenidos en un cuadro patológico².

Evidentemente, hubo grietas significativas en el decir de Freud. Entraba y salía de lo consensuado en su época. Las contradicciones son esperables en el desarrollo de una obra y honran al pensador que en ellas denota una permanente elaboración. Nos toca a sus lectores reconocerlas.

La sucinta reseña de sus textos tuvo como objetivo demostrar que métodos utilizados por el autor en el análisis de otros temas son dejados completamente de lado cuando de la feminidad se trata.

¿Por qué lo decimos? Observemos que alude a los efectos que tienen en la mujer la educación y las convenciones sociales. Admite la provisoriedad de sus explicaciones, incluso la insuficiente casuística que poseen; a pesar de ello, sus conclusiones son taxativas, no deja lugar para la duda y excluye cualquier reparo.

Freud conoció e interactuó con mujeres brillantes. La Historia y el discurrir social lo dotaron de múltiples ejemplos que contradecían sus aseveraciones. No desconocía esta realidad: discutía con “*las*” y “*los*” *feministas* y con todo aquel que se opusiera a su teoría; para ello recurría a una nada sutil descalificación y a una “fundamentación” antojadiza. A pesar del protagonismo femenino visible y conocido en diversas áreas, del vuelco a las aulas universitarias, de las luchas en las que participaron, de los liderazgos que asumieron, Freud no vaciló en afirmar que el mayor aporte a la cultura que ofrendaron las mujeres fue la técnica del tejido.

Estas mujeres que descollaron o fueron vanguardia no fueron consideradas (a diferencia de lo que sí hace en el tema de la homosexualidad) para

2. La línea que divide lo normal de lo patológico es riesgosa. Lo que puede ser de carácter estadístico, determinado por la cultura que lo traza, termina marginando socialmente al diferente del grupo dominante.

reformularse sus teorías o cuestionar el “sentido común”. No vaciló en su concepción sobre la mujer. La pensó desde la certeza, desde el preconcepción. Las sobresalientes quedaban crucificadas porque sus logros eran resultado de su anhelo de pene. No lo llevaron a replantearse la feminidad y hacerla extensiva al resto de las mujeres. Por el contrario, las mujeres más agostadas, más tronchadas, fueron tomadas como modelo de todo el resto: ellas eran la esencia de la feminidad.

Las mujeres brillantes no fueron para la feminidad lo que los griegos o los hombres lúcidos homosexuales para la homosexualidad. Sencillamente, “las ignoraba”, las omitía, o resolvía el tema desde la bisexualidad psíquica. A cualquier mujer que no respondiera al estereotipo que la cultura propiciaba y que él “legitimaba”, le atribuía su diferencia a la persistencia de la masculinidad en su constitución: “en eso son masculinas”.

El descubrimiento de la diferencia sexual la configuración anatómica de los genitales determinaba una única consecuencia psíquica, un único desenlace: horror en los hombres, envidia en la mujer.

Así, observamos que se aparta de la multicausalidad que sostiene cuando habla, *a posteriori*, de la sobredeterminación, o de las formas de funcionamiento del inconsciente: el desplazamiento y la condensación. La condensación implica la convergencia, por la vía del desplazamiento, de las cargas provenientes de distintas representaciones en una, y que, desde allí, parten hacia múltiples representaciones.

En las huellas mnémicas (Hm) del inconsciente se reúnen percepciones provenientes de los sentidos, intero y exteroceptivas. Las huellas se asocian por simultaneidad en el tiempo, por contigüidad en el espacio o por causalidad. Se crea así un entramado de rasgos, retazos que forman una especie de *collage*. Es lo que de la cosa queda, restos heteróclitos de la “realidad”. Pensemos en algunas de las características del inconsciente. ¿Qué nos propone Freud? Nos señala que en él conviven los opuestos, el sí y el no, sin contradicción, sin desgaste (atemporalidad del inconsciente). Entendemos que la tesis falo-no falo, pene-castración, o pene-no pene, no tendría por qué promover los afectos de los que nos habla este autor.

¿Existe o no existe el principio de contradicción? Falo *versus* castración implica oposición: estaríamos aplicando el principio de contradicción, que es más propio de la lógica binaria y perteneciente al campo de la conciencia. Lógica consciente imperante y preciada en la modernidad.

Según él, la envidia al pene se desata ante la visión de los genitales masculinos; la niña “comprende”, por comparación (clítoris-pene), que está desfavorecida, inferiormente dotada. El fundamento esencial se basa en una cuestión de tamaño. ¿Cómo pensar los efectos en el varoncito de la visión del pene paterno, o de un hermano, o de un compañerito de juegos mayor que él?

Freud explicita la asimilación del clítoris a la masculinidad, por lo que debe ser anulado para así alcanzar la feminidad. A los labios mayores, a los menores, a la vagina, los homologa a la nada misma. Niega todo tipo de sensaciones o, en última instancia, las minimiza hasta la insignificancia. Parecería así que la mujer se reduce a un receptáculo reproductor (gineceo) carente de sexualidad. La única chance que tendría de cierto goce sexual estaría dada por las sensaciones que el recto presta a la vagina.

Es evidente cómo Freud hace depender lo psíquico de lo anatómico. Pero de lo anatómico imaginizado. Se apuntala en el desarrollo embrionario para sostener la presencia rudimentaria del otro sexo en cada ser humano. Ello lo lleva a conclusiones apuradas.

Es sintomático que un órgano en funcionamiento, dispensador de placer sexual en la mujer, sea conceptualizado por Freud como masculino y que por la vía de la represión deba ser abandonado. Ya lo dijimos, ¿ablación psíquica? La mujer y su sexualidad siempre ha sido un tema conflictivo, en especial en las sociedades patriarcales; en ellas se las entroniza en tanto madres y se las limita a una única función: la materna. El clítoris no interviene en la reproducción, en la maternidad.

Así planteada la problemática, el camino de la feminidad es el que conduce a la maternidad y a “ofrecer al esposo lo que le es debido”.

No es poco importante que el autor insista en que el hombre aspira, inútilmente, a recibir de su mujer las mismas atenciones que ella dirige al hijo, en que la base del enamoramiento masculino está dada por la proximidad del objeto de sus amores a la madre edípica, y a la vez, en que el vínculo tierno de la hija con el padre será la interferencia indeseable con la que se topará el esposo. Estos planteos llevan implícitos que los únicos vínculos plenamente satisfactorios son los del hijo/madre, hija/padre.

De este modo, los consortes serán un simple y siempre fallido sustituto de las figuras primarias, a saber, la madre y el padre. El humano desde este punto de vista, hombre o mujer, será un niño eterno disfrazado de

adulto. Si un esposo aspira a que su esposa tenga las atenciones, que reserva para su hijo, con él nos encontramos frente a un hombre que busca una mamá, no una compañera. Compite con sus hijos y se transforma en un hermano celoso. Lo mismo vale para la esposa que busca en su marido la protección, el cuidado paterno.

Retomando el tema del desarrollo embrionario, notamos que en las postulaciones freudianas, la bisexualidad biológica tiene su correlato en la bisexualidad psicológica pero, en su lectura, sólo causará estragos en los seres del sexo femenino. ¿No existirán otros motivos distintos a los invocados por Freud que lleven a la mujer a ese sentimiento de injusticia, de inferioridad? ¿Cuáles eran las condiciones sociales de la mujer en aquel entonces?³

En nuestra opinión, estamos frente a una representación social. Freud nos ofrece una representación de mujer y de hombre: ¿se separa del sentido común de su época? En ella encontramos que el percepto se confunde con el concepto (proceso de objetivización, según Moscovici)⁴. En la realidad, a la mujer no le falta el pene, no le falta nada, su cuerpo es distinto al del hombre. La diferencia que es percibida se conceptualiza, se imaginaria en el órgano pene.

Pensamos que los factores culturales llevan a Freud a hacer un recorte selectivo y valorativo. Los fenómenos observables en la clínica son interpretados con un sentido impuesto.

Freud hace afirmaciones opuestas en cuanto a la agresión en la mujer y no parece advertirlo (constitucionalmente menos agresiva *versus* agresividad de la niña que no le va a la zaga a la del varoncito; constitucionalmente la pulsión sexual más débil *versus* imposición social). Para él, del desarrollo sexual de la mujer se deriva en un mayor montante de celos y envidia que en el hombre; así como también es el causante de la frigidez sexual. La envidia al pene lo que la conducirá al análisis: allí tendrá que lograr (y conformarse con) sublimar el deseo de pene en un oficio intelectual.

La mujer freudiana parece reducirse a un único deseo: tener el pene; esto compromete su vida social, cultural, afectiva. Dicta sus amores y sus odios. Se ama a sí misma (recordemos el diccionario: “espejo de Venus”)

3. Recordemos, nuevamente, la visión que nos entregaban el diccionario, las libretas de matrimonio, los manuales escolares, etc.

4. Moscovici, S. *Psicología Social*, op. cit., pág. 481.

y a su hijo (carne de su carne) en tanto portador del objeto soñado. La maternidad tiene como finalidad resarcirla de esta enorme afronta narcisística y hasta el marido encontrará su lugar cuando se convierta en hijo: mientras no será más que el molesto apéndice portador del pene.

Freud nos recordará que, después de todo, la mujer es un ser humano. Algo le indica que lo dicho en sus escritos puede llevar a la conclusión de que hay seres (la mujeres) no o menos humanos que otros.

EL SER Y LA DETERMINACIÓN

Ya lo dijimos pero volvemos a decirlo: a partir del nacimiento, a la criatura, según sea hombre o mujer, se le atribuye un modo de ser masculino o femenino (es lo que hoy se conoce como asignaciones de género)¹. Tales quedaron patentizadas, entre otras muestras, en los diccionarios de 1947, 1985 y 2004, la mujer y el hombre quedaban determinados, en el ser, a partir de su aparato genésico. Del mismo modo Freud carga de contenido a la conformación externa de los genitales y mantiene la misma visión de la biología imaginarizada. En diversos materiales, mostramos cómo aparecían los “atributos” de ambos sexos según los cuales una mujer es femenina o un hombre, masculino. La atribución de rasgos -por ejemplo, la maternidad, la dependencia- es naturalizada. Parece natural lo que en realidad es una construcción de la cultura.

Desde la naturalización del problema, la envidia al pene de la mujer es una reacción del psiquismo frente a lo que la naturaleza le negó. Llena de resentimiento, la “castrada” buscará culpar a alguno de su “falta” (según Freud, en especial a la madre) y ser resarcida de alguna manera.

Simone de Beauvoir responde a esta interpretación: “(...) la niña sólo envidia el falo como símbolo de privilegios acordados a los varones; el

1. Con los avances en los estudios de género, comenzó a vislumbrarse que los modelos a los que se esforzaban por responder ambos actores los dejaban aprisionados por igual. Sería interesante detenerse a pensar en el sistema en sí, ya que en tanto tal sus elementos se interrelacionan en un circuito de retroalimentación, conformando un complejo y vasto entramado.

lugar que ocupa el padre en la familia, la preponderancia universal de los machos, la educación; todo la confirma en la idea de la superioridad masculina”². Nosotros diríamos: allí donde aparece, es efecto de cultura. Podríamos conjeturar que el deseo de ser hombre es impulsado por la observación de los “privilegios” que conlleva. En la clínica se patentiza que muchas identificaciones (pero no todas) tienen relación con la valoración del que logra mayor comodidad en la vida. Es interesante seguir los hilos que conducen al narcisismo. Está claro que, la mayoría de las veces, las facilidades lo son sólo en la superficie, engañosas para el observador y aun para el que cree “gozarlas”.

La fijación y la determinación del ser por el sexo conforman una concepción opuesta a la que sostiene Sartre desde el existencialismo. Para este autor la existencia precede a la esencia, el ser del hombre no es dado ni puesto y eso lo diferencia de una piedra o una mesa. En consonancia con él, pensamos que no hay una esencia de lo femenino ni de lo masculino. La biología no determina una esencia inmutable. Si fuera así, no habría sujeto, no habría deseo, ni cambios posibles.

En la teoría freudiana el hombre queda del lado del sujeto. Agreguemos que el alcance que tiene el sujeto en esta apreciación se reduce a actividad, a amar, a actuar, al que se introduce en la cultura e introduce en la cultura al cachorro humano. De manera complementaria, la mujer queda de lado del objeto, o sea, es pasiva, busca ser amada, está a la espera, es naturaleza. Como señala Simone de Beauvoir, pareciera que toda posibilidad de subjetividad se cierra para ella por tener útero y ovarios; según Freud, fundamentalmente por no tener pene. Coincidimos con esta autora y por ello nos hacemos eco de sus palabras cuando dice: “(...) en el existente hay una búsqueda del ‘ser’ más original; la sexualidad no es más que uno de sus aspectos”³. Nuevamente: la sexualidad es uno de sus aspectos pero no está determinada por la morfología anatómica y su interpretación.

El sujeto no tiene sexo; es deseo.

Al categorizar en hombres y mujeres, en femenino y masculino, olvidamos la singularidad, olvidamos que la clasificación y la universalización pueden tener fines ordenadores, instrumentales, pero de ninguna manera

2. Beauvoir, Simone de. *El segundo sexo*, vol. I, Siglo XX, Buenos Aires, 1987, pág. 66.

3. Op. cit., vol. I, pág. 68.

recubren el fenómeno. En ese sentido suscribimos a Jean-Paul Sartre cuando señala que el hombre (entendido genéricamente) será según “se haya hecho”⁴.

Como psicoanalistas reconocemos el peso de la historia, ya sea la singular como la del mundo. Pero no la transformamos en un absoluto, en un determinante que encarcela, aprisiona y deja inerme al sujeto.

El devenir, los movimientos producidos en el discurrir histórico, social, cultural y en cada uno de los que poblamos esta tierra, desmienten cualquier tipo de inmovilidad, de imposibilidad absoluta. Como dijera Galileo “Sin embargo se mueve”.

Sartre reconoce al hombre una dignidad que lo diferencia de las cosas y asume que este existente es un proyecto que se vive subjetivamente. Recordemos que para este autor la conciencia puede ser reflexiva o irreflexiva, siendo este último estado el más frecuente. Asimismo, diferencia el querer ser, que es una decisión consciente y, en general, posterior, de lo que ha hecho el existente de sí mismo, decisión más original y espontánea. Cuando habla de la libertad, la elección y la responsabilidad, queda claro que no hay excusas: sólo se puede asumir las propias decisiones.

En las postulaciones freudianas sobre sexualidad femenina, el sujeto, en tanto deseante, queda barrido (posición contraria a la que sostiene en otros tópicos de su obra). Por nuestra parte, creemos que el inconsciente es lo que motoriza al psiquismo, es lo que hace que el deseo emerja. Preferimos hablar del deseo (efímero, pulsátil, como dice Lacan); aunque esa emergencia, dure lo que dura un instante, he ahí la suprema libertad.

A Sartre podríamos objetarlo con razones que expliquen que hay restricciones para la libertad, que no todo es indeterminación.

A Freud, en cambio, deberíamos recordarle que sus teorías (en el campo específico del que estamos hablando) se oponen al deseo que busca realizarse: repetir aquella primera experiencia de satisfacción, mítica, inefable, intangible, anterior a toda diferenciación de los sexos. Nos referimos al primer modelo del aparato psíquico que propuso en *La interpretación de los sueños*.

Cuando Freud enuncia la búsqueda del pene como única causa del deseo de la mujer, no solamente enuncia un determinismo absoluto sino

4. Sartre, Jean Paul. *El existencialismo es un humanismo*, Ediciones Quinto Sol, México D.F., 1994, pág. 33.

también mono-causal, en contradicción con el de principio de sobredeterminación que siempre sostuvo. Siguiendo a Sarte, la mujer y el hombre son en el siendo.

Al referirse a esta problemática, Cornelio Castoriadis afirma: “(...) (Mientras que hasta los términos masculino/ femenino, en tanto términos sociales y no biológicos, son socialmente instituidos y de distinta manera en distintos sitios). En todos los casos, uno queda íntegramente e ingenuamente preso no sólo de la lógica de conjuntos, sino también del contenido material específico de ésta, socialmente instituida, el de la sociedad y la época del investigador”⁵. Para este autor, la lógica de conjunto es la lógica identitaria, es la de la determinación del ser, la de la atemporalidad, y es la que caracteriza a la representación social.

Queremos especificar que consideramos a los conceptos de masculinidad y feminidad como constructos que responden a la demanda proveniente de lo económico, el cual necesita de un entretejido en lo social y cultural que le sea funcional. Desechamos cualquier idea de con-naturalidad asociada al sexo biológico. Ese argumento, indefectiblemente y más allá de las intenciones de quienes lo esgriman, precipita en el racismo. La lógica que utiliza es la binaria: en ella la conjunción no tiene cabida y sí la disyunción y las jerarquías. Así logra sostenerse que hay una parte de la humanidad menos humana y “el resto” queda lisa y llanamente expulsado de su seno. Si sustrajéramos de la totalidad del conjunto humano a todos los discriminados por ser diferentes a ese hombre “alto, blanco, rubio, de ojos claros, racional, fuerte, poderoso, heterosexual y rico”, la enorme mayoría de los habitantes de la Tierra caería en los confines del vacío.

Mediante la observación y la reflexión del fenómeno que estamos tratando, percibimos de inmediato que los roles atribuidos a cada género se imponen como “condición objetiva” a sus protagonistas. Retomamos esta expresión, utilizada por Memmi, porque se trata de una imposición tanto al oprimido como al opresor⁶. Por su parte, Max Weber⁷, en relación

5. Castoriadis, C. *La Institución imaginaria de la sociedad*, op. cit., vol. II, pág. 106.

6. Albert Memmi (nacido en 1920). Filósofo escritor y ensayista franco-tunecino. Citamos Memmi, A. *Retrato del colonizado*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1969.

7. Max Weber ((1864-1920). Este intelectual alemán poseía una amplia formación: fue historiador, sociólogo, economista, filósofo, jurista y politólogo.

con el patriarcalismo, explicita que no es producido por individuos. En definitiva, ambos autores nos remiten a un sistema que involucra a los individuos pero que es supra-personal.

En las sociedades nadie queda por fuera de la cultura en la que vive. Cuando Lévi-Strauss, en su libro *Antropología estructural*⁸ investiga la sociedad shamánica, demuestra que en ella todos participan de la creencia. Si el shaman predijo la muerte de alguien, indudablemente sucederá. En el conjunto de los integrantes de esa sociedad y en el individuo sentenciado se desencadenan mecanismos que llevan al cumplimiento de la profecía. El autor nos advierte que el shamán no es un farsante sino que participa de la misma fe que el resto. La pertenencia al mismo mundo simbólico (del shamán, del enfermo, de la población en su conjunto) permite la efectividad del sistema de creencias establecidas.

Traemos estas afirmaciones de Lévi-Strauss dado que son asemejables a lo que se nos devela a partir de analizar al dominador y al dominado. Como dice Memmi, ambos son parte de una misma maquinaria que los excede y les trae consecuencias indeseables de degradación y dependencia. Esto es así a pesar de los posibles beneficios secundarios que puedan darse -“privilegios”, “comodidad”-.

Hasta aquí, venimos enfocando nuestra mirada en la mujer. Detengámonos por un momento en la población masculina. Tomemos algunos ejemplos tradicionales: un hombre llega a su casa y, supuestamente, goza de paz, descanso, todo dispuesto para “su conveniencia”. Pero, en caso de que se produzca algún riesgo en cualquier ámbito, la repuesta automática es: “primero las mujeres, los ancianos y los niños”. Durante los conflictos bélicos, es el hombre el que va a la guerra (en la mayor parte del mundo y en la mayoría de los casos). Enorme cantidad de hombres se encuentran esclavizados tras la fama, el éxito y el dinero como únicas formas de “ser alguien”; de no poseerlos, se sienten unos “fracasados”. Convencidos de que cumplen con su deber para con los suyos, terminan faltándoles de una u otra forma, incluso perdiéndolos (disfrutarlos suele quedar fuera de toda consideración). Se esfuerzan en cumplir con lo que se le ha asignado: ser el proveedor, el protector, cualquier insatisfacción femenina la viven como una falla de ellos.

8. Cfr. Lévi-Strauss, C. *Antropología estructural*, cap. IX.

¿Y las mujeres? A ellas se las educa para “princesas”: sólo deben esperar la llegada de su “príncipe salvador”. Él las rescatará de su propia tontera, él posibilitará que sus vidas adquieran un sentido, él les permitirá cumplir con su misión. Si es buena hija, buena madre y mejor esposa, la mujer se puede dar por realizada en la vida.

A ellos se los educa para superhéroes. Cuando crezcan, serán jefes del hogar. Tendrán que hacer cumplir sus “órdenes”. Debido a su nivel de inteligencia y racionalidad, saben lo que les conviene a cada uno de los suyos. Deberán desarrollar la capacidad de crítica y control para corregir cualquier desvío de lo correcto”, o sea, de todo aquello que no sea “a su manera”.

Finalmente, estos superhéroes devienen simples y mortales hombres, sin capa, sin espada, sin bastón de mando. Las princesas acaban siendo “Cenicientas” o poco más (decretadas inferiores y subalternas al hombre, se resistirán a ocupar ese lugar. Se rebelarán).

La división de papeles, los estereotipos, están jaqueados. Las necesidades y, con ellas, las formas sociales cambian. Sin embargo, permanece la opresión y también la creencia de los integrantes de las distintas sociedades en la autonomía en las decisiones⁹.

La cuestión del poder repta subrepticamente en todas las sociedades; siempre está presente, cualquiera sea el tópico que se aborde. En consecuencia, también afecta al tema de la pareja.

Los desencuentros pueden caracterizarse como luchas de poder, como resultantes de la falta de control sobre las propias vidas, como efecto de lo que los mandatos sociales han producido. Nuestra propuesta es no hacer recaer en los sujetos, devenidos objetos sin saberlo, el peso de la historia de siglos. Lo que acontece excede ampliamente a los individuos y proviene de mandatos ancestrales.

Zygmunt Bauman¹⁰, en su libro *Modernidad líquida*, desarrolla las formas actuales de organización, con sus correspondientes fenómenos económicos y sus correlativas consecuencias sociales e imposiciones cultu-

9. Una de las causas esenciales de esta situación es el contexto socio-económico: el capitalismo, que ha adquirido al presente la forma del capital financiero, donde la tecnología sustituye la mano de obra humana.

10. Zygmunt Bauman (nacido en 1925, Polonia). Sociólogo, filósofo y ensayista.

rales. Plantea que se ha llevado al individuo a sentirse responsable, culpable; por ejemplo, culpable de ser un desocupado, de tener un bajo sueldo, de no ser famoso; en síntesis, de ser “un fracasado” según los parámetros vigentes. Formas del darwinismo social. Claramente, existe y gravita la constelación singular, pero, una vez más, no olvidemos la banda de Moebius.

Hemos hablado de patriarcalismo, de sometimiento, de dominación. Retomemos a Max Weber, quien, en su libro *Economía y Sociedad: esbozo de una sociología comprensiva se refiere a “lo estatuido”*¹¹. Allí puntúa tipos de pactos: libre, de otorgamiento, de imposición, de sometimiento. Más adelante, define el poder: “probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad”¹².

Nosotros nos concentraremos y ahondaremos en tres tópicos: imposición-dominación-sometimiento, los cuales se complementan entre sí y se relacionan íntimamente con el poder.

Weber conceptualiza la dominación como “(...) la probabilidad de encontrar obediencia a un mandato de determinado contenido entre personas dadas; la disciplina es encontrar obediencia (...) para un mandato por parte de un conjunto de personas que, en virtud de actitudes arraigadas, sea pronta, simple y automática”¹³. Ahonda en el tema y agrega:

“(...) El concepto de dominación tiene, por eso, que ser más preciso y sólo puede significar la probabilidad de que un mandato sea obedecido”¹⁴.

“El concepto de disciplina encierra el de una «obediencia habitual» por parte de las masas sin resistencia ni crítica”¹⁵.

“La situación de dominación está unida a la presencia actual de alguien mandando eficazmente a otro (...). Una asociación se llama de domina-

11. Weber, M. *Economía y Sociedad: esbozo de una sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1992, parágrafo 13, págs. 40 y 41.

12. Op. cit., parágrafo 16, pág. 46.

13. Op. cit., pág. 43.

14. Ídem.

15. Ídem.

ción cuando sus miembros están sometidos a relaciones de dominación en virtud del orden vigente”¹⁶.

En el capítulo III habla de los tipos de dominación según la “legitimidad” sobre la que se asientan; así, diferencia entre la racional, la carismática y la tradicional. Dos de ellas son la gerontocracia y la patriarcal, a las que Weber define de manera muy clara. El patriarcalismo es “(...) la situación en que dentro de una asociación, las más de las veces primariamente económica y familiar, ejerce la dominación (normalmente) una sola persona de acuerdo con determinadas reglas hereditarias fijas. No es rara la coexistencia de gerontocracia y patriarcalismo. Lo decisivo es que el poder de los gerontes como el de los patriarcas, en el tipo puro, está orientado por la idea mantenida por los dominados («compañeros») de que esta dominación es un derecho propio tradicional del imperante, pero que se ejerce, «materialmente», como un derecho preeminente entre iguales y en su interés, y no es, por tanto, de libre apropiación por aquél”. “(...) dependiente de la voluntad de obediencia de sus iguales, cuanto que carece de un «cuadro» administrativo. Los compañeros son todavía sus «iguales» y no sus «súbditos». Pero son «compañeros» por la fuerza de la tradición... Deben obediencia al imperante, pero no a normas positivas estatuidas. Y, desde luego, únicamente según tradición. El imperante, por su parte, está rigurosamente vinculado por esta tradición”¹⁷.

Lo que Weber denomina «voluntad de obediencia» nosotros lo interpretamos como sometimiento inconsciente, de ambos protagonistas, al orden instituido, al orden vigente, a la tradición. Y que conlleva a una gran infelicidad. Puesto en términos metafóricos, la punta de ese iceberg que es el patriarcado cada vez se está haciendo más visible. Pero, a pesar de ello, la mayor parte aún está sumergida y enraizada en los estratos inconscientes.

Como ya lo mencionáramos, Albert Memmi, en *Retrato del colonizado*, habla de “la situación de colonización” y analiza el hecho de que la colonia se impone “como condición objetiva” a sus protagonistas. Este autor traza los perfiles del colonizado y del colonizador. Esos perfiles coinciden ampliamente y se corresponden punto a punto con los del hombre y la mujer en una sociedad patriarcal.

16. Ídem.

17. Op. cit., pág. 184.

Este autor caracteriza al sistema remarcando la complementariedad de los protagonistas, la denigración, la dependencia y el perjuicio para todos ellos. Hemos sostenido que lo que señala Memmi es aplicable a cualquier situación de opresión: la colonización no es solamente la ocupación de un territorio, sino que, por extensión, se trata de cualquier forma de opresión: es también, y con las más graves consecuencias, la ocupación-dominación psíquica del colonizado u oprimido.

Memmi señala que, en el oprimido, las situaciones de opresión traen aparejadas el rechazo hacia sí, el amor hacia el opresor y la adopción de sus valores¹⁸.

Memmi observa que el colonizado (oprimido) es tomado como objeto, lleva la marca del plural -las mujeres, los negros, los judíos, los homosexuales...-. El oprimido debe estar en función del opresor, ser su objeto. El opresor, por su parte, termina por aceptar la imagen mistificada de sí mismo y contribuye a ese retrato.

Muchos hombres se ven como dueños y señores de su vida y de sus mujeres. También oprimidos, son objetos dentro de un sistema que los enajena de sus deseos. Así se arma el engranaje de un escenario en el cual sus víctimas son las grandes columnas que lo sostienen.

El (supuesto) amo necesita del esclavo. Se torna dependiente de sus cuidados. A causa del vínculo que se establece y la consecuente dependencia, las mujeres se vuelven necesarias para el hombre, a la vez que por eso mismo se le antojan odiosas, temibles, extorsivas, controladoras, mal intencionadas...). Las ven tal cual lo aprendieron: irracionales, impredecibles. Estos sentimientos y sensaciones aparecen con nitidez en los chistes o en los enojos; en lo cotidianeidad, se expresan en conductas controladoras, en desautorizaciones, son intentos la más de las veces no conscientes de reenviarlas a “su lugar”.

Por otra parte, recordemos la cantidad de mujeres que se desprecian a sí mismas y a sus iguales. Están las que eligen deliberadamente no acudir a un profesional de su sexo. Las que hablan desde un “nosotras” o un “todas” que las aúna y uniforma y asimila al perfil que Freud y la sociedad patriar-

18. Existen trabajos de investigación estadística que demuestran que la piel negra o cetrina es desvalorizada por los que la poseen. El ideal de belleza se asocia a la piel blanca, los ojos claros y el cabello rubio. Así, infinidad de mujeres -y, en los últimos tiempos, también muchos hombres- cambian el color de su pelo.

cal trazó para el sexo femenino. Estas mujeres respetan, admiran y temen al hombre; se encuentran identificadas al modelo patriarcal. Circulan por el circuito trazado.

Memmi analiza que al oprimido se le supone una carencia que lo constituye y lo inferioriza. Ésta puede ser biológica, psicológica o ética: se la institucionaliza, y posiciona desfavorablemente al que la porta. Recordemos la afirmación freudiana que le supone a la mujer una carencia: “no tienen pene” “son castradas”, y las consecuencias que hace derivar de ello. Esta argumentación es una forma de racismo, “fundado” en la diferencia biológica que “explicaría” la inferioridad de la mujer.

Por su parte, Memmi aporta otra mirada, que nos permite entender ciertas indiferencias. El oprimido queda fuera de la historia, fuera del gobierno, de la capacidad de decidir. Con ello cae en el desinterés contribuyendo a su des-inserción.

Logrado el sufragio “universal”, se silenció que de universal no tenía nada. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que la mujer pudo votar? Todos los que quedaron fuera de lo “universal” permanecieron bajo el manto de la inexistencia, no fueron parte del universo.

Memmi advierte que el colonizado-oprimido, desesperanzado, transmite a los hijos las supuestas carencias de las que padece, ayudando de esa forma a la continuidad del sistema. Pensemos en la crianza que nosotras damos a nuestros hijos según sean varones o mujeres y entenderemos con mucha claridad este concepto.

Este autor fijó sus principios: “(...) estoy incondicionalmente contra todas las opresiones, veo en la opresión el flagelo mayor de la condición humana, que invierte y vicia las mejores fuerzas del hombre, tanto del oprimido como del opresor; como se verá más adelante: si la colonización destruye al colonizado, por otro lado pudre al colonizador”¹⁹. Sin duda Primo Levy suscribiría estas líneas. No olvidemos que estamos hablando de la opresión y sus pares antagónicos.

Pensar el orden instituido más allá de los individuos nos permite romper con el imaginario de suponer seres maquiavélicos y omnipotentes que nos imponen un sistema perverso. Ser conscientes de que como sociedad tenemos la posibilidad de romper con un engranaje que degrada a todos sus componentes, nos arranca de la inermidad ante lo establecido.

19. Memmi, A. *Retrato del colonizado*, op. cit., pág. 18.

ESA INEFABLE EXPERIENCIA: EL DESEO

Ya hablamos de que, para Freud, la mujer queda despojada de todo deseo o fijada a un único imposible: tener un pene. Que si es uno, no es deseo, es fijación. Éste es otro de los puntos en los que podemos observar un Freud *versus* Freud.

En *La interpretación de los sueños*, el autor teorizó lo que llamó la “primera experiencia de satisfacción”, la única, irrepetible, inefable. Allí habló de la alucinación en la búsqueda de la repetición, y de la imposición de la realidad que posibilita la aceptación de otras experiencias adaptativas y necesarias para vivir pero que dejan un resto de insatisfacción.

Llamó “deseo” al intento de encontrarse nuevamente con lo perdido. En la obra de Freud, deseo y pulsión quedan, muchas veces, como términos intercambiables.

Al referirse a la pulsión, señala la falta de un objeto específico para satisfacerla; allí aparece otra vez un remanente que mantiene en la búsqueda, de algo que la sacie, al aparato psíquico.

Freud afirma que los grandes logros culturales de la humanidad están asociados a la pulsión sexual que carece de un objeto específico que la satisfaga lo que motoriza al aparato psíquico en búsqueda de esa satisfacción. De esos grandes logros Freud excluye a la mujer (en ellas, el hiato entre lo encontrado y lo buscado es dirigido a la obtención del pene). A la insatisfacción el hombre responde con una paleta multicolor; la mujer, no. Si la mujer queda por fuera de los logros de la humanidad, si queda con un deseo que deja de serlo en tanto coagulado, si es un simple objeto, ¿qué tiene de humana?

Pensando en esa primera experiencia que Freud propuso, la asociamos al paraíso perdido, ése en el que los premios de la vida no existían y la finitud tampoco.

Las religiones, la filosofía, el arte, la ciencia..., se ocupan de la trascendencia, de traspasar la barrera del ciclo inexorable; de diversas maneras, lo que se busca es derrotar a la muerte. Las grandes angustias humanas pasan por la confrontación de una verdad: la vida individual no es eterna.

Ernst Jünger, en su libro *La emboscadura*¹, sostiene que todo temor es, en el fondo, temor de muerte. Durante el desarrollo del tema, retoma la exclamación de Prometeo: “¿Y qué habrá que haga temer a quien por su sino no pueda morir?”. Para éste autor, los hombres superan el temor a la muerte cuando encuentran en su interior lo que de eterno tiene el hombre.

Julio Cortázar escribe en una de sus cartas²: “(...) En el fondo todo es una nostalgia de Dios (...) Por eso el Vedanta (...) resuelve ingeniosamente el problema. Cada uno es Dios, desde que cada uno es el centro del mundo, la Conciencia que crea el mundo. (Hegel también vio la cosa como buen zorro que era)”.

También Lacan se refiere al tema de la muerte. Teoriza sobre el objeto “perdido”, el que en realidad nunca existió y, sin embargo, es objeto causa de deseo, el “*petit a*”, y lo relaciona con las carencias que se instauran en el sujeto. Desarrolla una primera carencia vinculada con el significante, que es la dependencia del sujeto, dado que está en primer lugar en el campo del Otro. “Esta carencia viene a proseguir la otra carencia, que es la carencia real, anterior, que hay que situar en el advenimiento del ser vivo, es decir en la reproducción sexuada. La carencia real es lo que el ser vivo pierde, por su parte de ser vivo, al reproducirse por la vía sexuada. Esta carencia es real porque se refiere a algo real, ya que el ser vivo, al estar sujeto al sexo ha caído bajo el peso de la muerte individual”³. “Es la libido, en tanto puro instinto de vida, es decir, de vida inmortal, de vida irreprimible, de vida que no tiene necesidad de ningún órgano, de vida simplificada e indestructible. Esto es precisamente lo sustraído al ser vivo...”⁴. A lo mítica e inexorablemente perdido, los humanos nos empeñamos en darle una realidad pretérita. Así es como surge la búsqueda permanente, incansable, enriquecedora, vital.

1 Ernst Jünger (1895-1998). Historiador, filósofo y novelista alemán. Cfr. Jünger, E. *La emboscadura*, 3ª ed., Tusquets, Barcelona, 2002, pág. 43.

2 Julio Cortázar (1914-1984), nacido en Francia y radicado en la Argentina, fue un notable escritor y traductor. Cortázar, J. *Cartas a los Jonquières*, Alfaguara, Buenos Aires, 2010, pág. 89.

3 Lacan, J., *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barral, Barcelona, 1964, pág. 211.

4 Lacan, J., op. cit., pág. 202.

Cada uno hace su interpretación de la pérdida; cada uno trata de encontrar su respuesta. Jung desarrolla el tema de la religiosidad. Cortázar dice “nostalgia de Dios”. Lacan escribe “Dios es inconsciente”⁵.

En otro sentido, Freud también toma el tema de la muerte en varios de sus escritos. Dos ejes resultarán de sus postulados: 1) en el inconsciente no hay inscripción de la propia muerte y 2), su última teoría de las pulsiones. Allí contraponen dos fuerzas: la pulsión de muerte *vs* la pulsión de vida. La primera consistiría en una tendencia, presente en el ser vivo, a la búsqueda de reducir toda tensión, a la vuelta a lo inorgánico. Son temas muy complejos y ricos a trabajar pero no es hacia allí dónde nos dirigimos.

Dios es eternidad. Los seres humanos nos ilusionamos pensando que nuestras obras nos mantendrán vivos, vigentes, que iremos más allá de la biología. Es cierto que los grandes creadores (científicos, intelectuales, estadistas, etc.) son invocados después de muertos. Este trabajo lo patentiza. Ahora bien, cuando mencionamos al que descolló en otros tiempos, el individuo no está, no se entera de los reconocimientos, tampoco de las calumnias. No siente más, no continúa pensando, no sabe nada de lo que fue posterior a él. Sin embargo, su obra importa por la donación que significa a la humanidad. Su obra, no el individuo. Es probable que a seres muy altruistas esto les baste, aunque son los menos; los objetivos en esta sociedad occidental (otra no conocemos) son narcisísticos. Asimismo, buscamos la quimera de la eternidad individual, nuestra continuidad en los hijos. Ellos no prolongan nuestra vida pero sí la eternidad de la vida.

Si no existiera la muerte, ¿qué nos movilizaría? Somos los humanos quienes marcamos el tiempo. Es desde la Conciencia que registramos el mundo y el pasaje de nosotros por él. El tiempo no pasa; pasamos nosotros. Si no fuera así perderíamos la mayor motivación para vivir intensamente.

Ejemplifiquemos con una experiencia: cuando una persona se encuentra “sin tiempo para nada”, sueña con tener espacios libres y realizar viejas añoranzas. Paradójicamente (o quizás no tanto), suele observarse que, cuando por diferentes circunstancias de la vida “le sobra el

5 Lacan J., *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barral Editores, Barcelona, 1977, pág. 69.

tiempo”, esa misma persona, que clamaba por un rato para sí, cae en la inactividad, está “como perdida”, no sabe qué hacer, no concreta sus viejas añoranzas. El tiempo se vuelve pegajoso, inacabable, una página en blanco, indiferente: da lo mismo hoy que mañana. Lo mismo pasaría con la vida si no existiera la muerte.

En la clínica, en los consultorios, escuchamos, observamos conductas que tratan de esquivar esta realidad real, la de la muerte. Intentos desesperados por lograr que el otro sepa tanto de él, como si fuera él mismo (ser de dos uno); las postergaciones perpetuas, que niegan que su tiempo no es infinito sino acotado, el que le dure la vida (“A mí no me va a pasar”, “La muerte es para los demás”); la búsqueda de la fama -que trata a través de empujar las fronteras de la soledad, el anonimato, lo efímero, encontrar la trascendencia, un verdadero espejismo.

Buena parte del psicoanálisis ha tomado como prescripción de una omisión, la afirmación freudiana de que no hay inscripción de muerte en el inconsciente. Lacan, en cambio, retoma el tema y lo vincula con el objeto causa del deseo. Repitamos y destaquemos: objeto que nunca existió, pero que causa el deseo.

Si bien no a todos, ¿qué nos pasa a algunos analistas que dejamos casi intocado el tema de la muerte, de la carencia real, de la angustia y soledad frente a ella?

¿Qué nos sucede que seguimos estancados en falo y castración? ¿No sería conveniente y un aporte para el psicoanálisis que establezcamos un diálogo con el fundador del psicoanálisis? Un diálogo a la manera en que Freud mismo lo propició respecto de diversos temas, polemizando, encontrando una nueva vuelta. Es necesario que no endiésemos a ningún pensador y nos atrevamos a disentir. Lo mismo podemos decir de Lacan y de tantísimos autores; ellos lo hicieron. Si lo hacemos, quizás lograremos que el psicoanálisis no quede perimido y continúe con sus aportes al patrimonio cultural.

EPÍLOGO

Pasaré a la primera persona. Lo que continúa son algunas conclusiones sobre mi recorrido personal.

Soy mujer y soy psicoanalista.

Debo reconocer que hay momentos en que me quedo azorada del grado de sometimiento, complicidad y tácticas (propias del oprimido, diría Memmi) que he desarrollado para no aplicar aquello con lo que no acordaba.

Hace años que empecé a darme cuenta de que quería expresar mi verdad y, lo que es más importante, que tenía una deuda conmigo misma y con quien quisiera escucharme, estuviese de acuerdo o no.

¿Por dónde pasaron mi sometimiento, mi complicidad y mis tácticas? Por el silencio. En no abordar ciertos temas por temor al superyó del entorno analítico y sus posibles consecuencias, imaginarias o no.

He tenido intercambios apasionados con mi compañero de toda la vida, también psicoanalista; he dejado entrever mis disensos con mis hermanos (inclusive con el psicoanalista) y con algunos y algunas profesionales cuya amplitud de criterios me parecía que les iba permitir no “crucificarme” -así lo vivía-. En parte, quizás, desplazamiento de mis vivencias infantiles. Digo esto y no lo acepto totalmente; Sartre diría “mala fe”, no soy tan dura.

Simple y verdadero temor; nunca condené el temor. Temor al látigo de la palabra “fálica” o “castradora”, a la discriminación, al maltrato. Lo que sí logré fue no llevar a la práctica lo que me parecía iatrogénico. Mis pacientes pueden corroborarlo.

Nunca fui freudiana ortodoxa, siempre disentí con su teoría sobre la sexualidad. Así como con las fórmulas de la sexuación de Lacan. Sin embargo, partes esenciales de sus teorías me parecen de un enorme valor en la clínica.

A pesar de mi heterodoxia en la praxis, de la que me congratulo, no logro concebir que haya leído lo que fui transcribiendo en este trabajo, lo haya soportado y silenciado.

Evidentemente, el sistema se apropió de mi -ocupación psíquica-: aún me encuentro luchando. Y creo que será así hasta el último momento lúcido que tenga. Lucho contra la penetración que tiene en mí, en cada uno de nosotros y que se adueña de cada fibra de nuestro ser. Hubo un analista en especial que me ayudó a comenzar a desarraigar el patriarcalismo que me dominaba.

En el consultorio escuché, en algunos casos, lo que Freud y Lacan sostuvieron en relación con los temas falo-castración. En otros parecía pero al seguir escuchando lo que emergía distaba de la interpretación de estos autores. Muchos otros analizantes presentaban otras problemáticas. No los uniformé, los escuché.

Insisto: mi desacuerdo es con la generalización, con el determinismo absoluto. El binarismo falo-castración lleva a la mono causalidad, a interpretar la consecuencia como causa, a convertir al viviente en una mónada y desde la epistemología se advierte que lo que parece y actúa como si fuera ciencia es ideología.

Nadie puede negar que las propuestas de abstención, de atención flotante del analista, (Freud), o el deseo de análisis del analista, (“hacer el muerto”, “*semblant* del objeto a” de Lacan), funcionan como ideal utópico. Sólo queda caminar hacia ese horizonte.

No todos coinciden en que ése sea el lugar de un analista; pero ése ya es otro tema.

En la medida en que seguí avanzando, busqué y encontré a psicoanalistas investigadoras de los temas de género. Me sentí feliz de leer y escuchar a autoras con las que coincidía: hallaba en ellas mucho de lo silenciado por mí. Claro que en la diversidad emergen diferencias: bienvenidas sean. En estos espacios, entre coincidencias y acuerdos, crecí, profundicé, sistematicé.

Las diferencias son, y así debe ser, tema de trabajo intelectual y clínico. Me parece que es perentorio debatir abiertamente, hacernos dueños de nuestro pensamiento, de nuestra palabra, dejar de lado la actitud reverencial hacia autores, lo que no los excluye sino todo lo contrario. Privilegiemos el avance de la teoría, de nuestra praxis.

Posteriormente, encontré psicoanalistas que también estaban pensando las problemáticas aquí planteadas. Otras no, pero podían escuchar. Fui abriendo mi posición sin interesarme en posibles consecuencias.

Seguramente la apertura también se fue produciendo en el medio psicoanalítico. Antes y ahora había y hay, en él, muchas más mujeres que hombres. Durante mucho tiempo la dirección de las instituciones era ejercida por los varones, en la actualidad esto se ha ido modificando.

El día que este libro vea la luz habré logrado desasirme en parte de cualquier pertenencia parroquial.

Tratemos desde nuestra utopía que la ideología no se confunda con la ciencia. La idea es ir rompiendo obstáculos epistemológicos, ir desbrozando, hasta donde nos sea posible, ciencia e ideología.

AUTORES CONSULTADOS

Bachelard, Gaston - Bauman, Zygmunt - Beauvoir, Simone de -
Castoriadis, Cornelius - de Saussure, Ferdinand - Engels, Friedrich -
Foucault, Michel - Freud, Sigmund - Heisember, Werner - Hobsbawm,
Eric - Husserl, Edmund - Jung, Carl G. - Jünger, Ernst - Kuhn, Thomas
S. - Lacan, Jacques - Levi, Primo - Lévi-Strauss, Claude - Weber, Max -
Memmi, Albert - Morín, Edgard - Moscovici, Serge - Piaget, Jean - Sartre,
Jean Paul - Watzlawick, Paul.



EDITORIAL

COLECCIONES

Libros Digitales

Autores Hoy

Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

Fichas para el siglo XXI
